

Amén

Antiguo testamento

Víctor Manuel Pérez Torres
Iván José Mejías Gombao

Capítulo 1: Amarás a Dios sobre todas las cosas.

Madrid, doce años en el futuro...

El bramido de la lluvia encuentra respuesta en la muralla exterior del imperial edificio conocido como “Palacio Real”. Una inhóspita noche parece albergar malos augurios en sus ráfagas de aire, que podrían ser perfectamente confundidas con ahogados lamentos de condena. La luna hace rato que desapareció tras la tiranía de la oscuridad, y parece que la ciudad estuviera atravesando un infierno en su transcurso hacia el nuevo día.

A escasos metros, la catedral de La Almudena contempla la escena con aire sereno, mientras recibe su propia ración de tortura ante los elementos. Sin embargo, no es la tormenta su mayor azote, pues tras su impenetrable figura recortada en el horizonte, sus entrañas están siendo sobrecogidas.

Dentro, en su nave central, una cruenta y desigual batalla toca a su fin. Tras eternos minutos de fragor, cuerpos golpeando el suelo y habilidades no conocidas por ser humano alguno, ahora el silencio vuelve a apoderarse paulatinamente del recinto. Después de que la esbelta y casi perfecta figura del guerrero caiga terriblemente herida por un ataque imposible de evitar, entre un enorme montón de seres derrotados, ahora yace jadeante sabedor de su trágico destino.

Más de veinte deformes criaturas con aspecto entre demoníaco y humano se vanaglorian del desenlace, prestas a abalanzarse en un último y definitivo envite. De pronto, una voz las detiene desde el fondo de la estancia y desde las sombras surge una figura. Un hombre de mediana edad. Su vestimenta le define inequívocamente como un Obispo. De complexión fuerte y oronda, cabello escaso, cano y pequeños ojos inmisericordes... Lentamente, pero con paso firme, avanza hasta colocarse a unos metros del caído.

—Ya está, Gabriel. Deja las armas, pues el tiempo de combatir ha finalizado.

El guerrero sostiene una centelleante espada. Centelleante, pues la hoja es una llamarada que brota de la empuñadura compuesta por oro, marfil y nácar. Un arma de otro mundo. Una maravilla no conocida por ningún mortal salvo en fantásticas leyendas ancestrales. El arma propia de quien es el guerrero de los cielos por derecho propio. El Arcángel San Gabriel.

El azote del Señor. El anunciador. La Palabra de Dios defendida a sangre y fuego ante todos los enemigos que pretendiesen silenciarla. Gabriel ha sido eso y mucho más. Sus grisáceas pupilas podrían contar tantas batallas que la memoria se queda demasiado corta para poder registrar. Sus músculos, auténticas rocas que tornean su cuerpo de color caoba, hoy sin embargo sienten que no van a poder proporcionar el impulso necesario como para sumar una nueva victoria. Sabe que, al menos, dos huesos de su brazo se han quebrado, una pierna ya no responde a las órdenes de su cerebro, y la visión comienza a tornarse alarmantemente borrosa.

No es la primera derrota en su vida, pero sabe que se apresta a ser la última. Un error, un maldito error mientras buscaba su objetivo le ha hecho caer en una trampa que se revela como mortal. El dolor del fracaso es aún más tormentoso que el de su cuerpo exhausto. “Maldito sea por incapaz”, piensa, mientras se aferra a su arma como medio de expiación ante la muerte.

Lo hace con ambas manos bañadas en su propia sangre. A modo de respuesta sólo jadea tratando de encontrar un resuello que se le escape. A su alrededor, la muerte en forma de monstruos ataviados con hábitos religiosos esperan una sola y definitiva señal.

Si hubiese un modo de describir a semejantes criaturas, sin duda contendría el adjetivo “fétido”. Como surgidas de las peores pesadillas, sus rostros conforman el perfecto híbrido entre bestia y ser humano. Colmillos afilados, movimientos casi simiescos, glóbulos oculares de color negro, sin ningún signo de vida. Ansían el gesto de su amo para finalizar la tarea que les ha sido encomendada. Sin embargo, deben contener sus instintos durante un poco más de tiempo. Un auténtico tormento cuando están a tan escasos centímetros de

destronar literalmente a su enemigo... Su obsesión.

Y entre toda esta terrorífica escena, la voz del prelado:

—Te conozco desde hace demasiados años. Has sido un rival formidable y eso es algo que el Sumo Pontífice tiene en cuenta —prosigue el Obispo—. Así, llegados a este punto, dar la orden final y acabar con tu derrotada existencia, sería una pérdida de lo más absurda...

Sin esperar interpelación alguna, el religioso continúa.

—Conoces bien la situación. Sabes que eres el último bastión divino, y que después de ti no hay nada ni nadie. Por eso te propongo un último trato de infinita misericordia.

Dando un último paso hacia delante, siempre cuidándose de mantenerse a una distancia prudencial, el obispo, extiende el brazo derecho y tiende una rechoncha mano hacia el arcángel.

—Únete a nosotros, Gabriel. Hazte y haznos invencibles.

Por un momento, el gesto del guerrero se mantiene impasible. Tal parece que estuviese sopesando la oferta. Sería tan fácil... Esquivar una muerte segura, pertenecer al bando que ahora mismo se eleva como claro vencedor. Comandar la conquista del propio Universo.

Los segundos parecen horas, mientras el Obispo abre completamente sus inquisidores ojos en espera de la respuesta del guerrero. Por un momento casi puede imaginarse contando con semejante arma hecha ser, y su sentimiento de ambición no encuentra límites.

El silencio es tan intenso que las paredes sólo reflejan el eco de la acelerada respiración de Gabriel. Entonces, un profundo suspiro, una exhalación profunda y el tiempo parece reanudarse.

Alza su cabeza, clava los ojos en su interlocutor con un desafiante y admirable orgullo y comienza a hablar.

—Unirme —verbaliza con voz ahogada, y antes de que nadie pueda pretender responderle, su tono se hace tan firme como un trueno—. ¿A qué precio? ¿A cambio de vender lo que fui y lo que soy? ¿De cerrar los ojos cuando sigan cayendo inocentes? ¿Acaso creéis que ignoro los métodos que tenéis para lograr vuestros objetivos?

—¡No seas necio, maldito ángel! —contesta el prelado, contrayendo el puño y lleno de furia—. ¿Tienes idea de lo que nos ha costado conseguirlo todo? ¿Dominar a todo ser? ¿Dominar sin reservas? —Hace una pausa y continúa—. Todo ello en parte gracias a alguien tan inepto como tu superior. Hasta deberíais agradecer nuestra obra porque, de no ser por nosotros, nadie recordaría vuestros nombres.

—Los habéis pervertido —sentencia el arcángel en un susurro, completamente consciente de su fe y de las consecuencias de la misma.

Ante el último desafío, el Obispo se da la vuelta, indiferente, casi ignorante de su rival. Después, relajando el gesto y el tono de voz, sentencia gélidamente:

—Como desees. A lo largo de los siglos has dado muerte a miles de nosotros. Sin ir más lejos, esta misma noche han caído cerca de una treintena...

Y, tras volverse bañado en una mirada diabólica, espeta a modo de colofón:

—Pero. ¿Sabes una cosa? Aún somos muchísimos más y tú sólo uno —Sonríe—. Si es tu voluntad, es la

voluntad de un obcecado pero, ¿quién soy yo para cuestionar los designios del Señor?

Volviendo sobre sus pasos, el prelado comienza a retirarse lentamente. Tras él, no sin esfuerzo, el guerrero amenaza por última vez.

—Tu existencia acabará antes de lo que crees.

Ante lo cual, el Obispo contesta sin detenerse:

—En cualquier caso no será esta noche... Tú, sin embargo, no puedes decir lo mismo... ¡Arrancadle la cabeza!

Las criaturas reciben la orden que llevaban ansiando desde el momento en que fueron contenidas. Todas al unísono se lanzan descarnadamente sobre el guerrero, que no terminará de caer sin llevarse a varios con él. Las paredes parecen cobrar vida ante el reflejo de la hoja en llamas. Varias criaturas no volverán a abrir los ojos tras ser prácticamente carbonizadas y partidas en dos mitades. Tal y como si fuese una coreografía, la brutal danza de sangre, muerte y fuego consigue mantener su esplendor durante varios instantes más, hasta que la luz comienza a desaparecer paulatinamente.

Finalmente el ataque es tan feroz que sólo se advierte una amalgama de gruñidos demoníacos. Ya no quedan más fuerzas, más luz, más esperanza... Llega el momento y el paladín expira angustiosamente, haciéndolo sin expresar el más mínimo gesto de dolor, finalizando su existencia con el mismo orgullo con el que la vivió. Entregándose en oración a su señor.

Las paredes recobran su tono grisáceo y, como si de un anochecer se tratara, de pronto hace frío. De esa clase de frío que puede penetrar los ropajes y se siente directamente en los huesos. Un ahogado lamento, prácticamente imperceptible, llega desde el confín de los tiempos, donde se advierte que el llanto es desgarrado y sincero.

Tras detenerse a escucharlo como el artista que echa un último vistazo a su obra recién finalizada, El Obispo abandona definitivamente la escena, dejando en el aire el eco de su epitafio:

—Qué desperdicio...

Capítulo 2: No dirás el nombre de Dios en vano.

La luz besa suavemente La Ciudadela en gesto perenne desde el principio de los tiempos. El origen de todo lo conocido y desconocido. El enigma primigenio que recibió tantos nombres a lo largo de su historia se agita de manera inusitada por primera vez en su eterna existencia. Cielo, Edén, Empíreo... El reino no construido y sin embargo existente, se torna bullicio ante el debate que suscita la reacción a las noticias que llegan desde La Tierra. La habitual quietud ha dejado paso a un sinfín de comentarios y opiniones entre los celestiales habitantes de tan singular paraíso.

Separada del resto de La Ciudadela por un vacío de profundidad infinita, la colina más elevada de todas sostiene la morada del responsable de todo lo demás. El Altísimo, Dios, Padre... También él ha recibido tantos apelativos que sería imposible reproducirlos todos de una vez. Un aura de paz y sosiego rodea su lugar de descanso. Como ha sido siempre y como siempre será, sin importar la magnitud del problema que pueda acechar.

En condiciones normales, nadie cruzaría el puente de fino hilo ornamentado que une este sagrado lugar con el resto del reino. Sin embargo, en esta ocasión el pueblo ha decidido enviar un representante - el más preparado - a entrevistarse con su Todopoderoso. Y así, Pedro avanza sin descanso hasta alcanzar las puertas de su destino. Una sacra construcción tan ostentosa como humilde, tan real como imaginaria, tan lejana como presente.

Simón Pedro, príncipe de los Apóstoles. Nacido pescador, de su importancia da fe que su nombre hace referencia a la primera piedra donde se edificó la Iglesia de Jesucristo. De aspecto sabio. No excesivamente mayor pero sí suficientemente curtido por años de servicio, primero en la Tierra y ahora en el cielo. Barba abundante, cabello grisáceo y figura imponente. Sus marrones ojos albergan bondad y sabiduría a partes iguales. Sujetando su toga, exigiendo un paso acelerado a sus propias sandalias, sabe que es mensajero de terribles nuevas, por lo que sus pensamientos se encuentran terriblemente turbados al detenerse frente a la casa del Señor.

Las puertas se abren. Una voz, que no es voz, recibe al visitante.

—Adelante, Pedro. Pasa.

El Apóstol avanza con caminar inseguro. Ingresa en el recibidor, y al instante las puertas se cierran suavemente tras él sin emitir sonido alguno. Unos pasos más adelante, al fondo, se distingue la presencia de un ser totalmente inenarrable. De apariencia perfecta y bondadosa, como ser que aglutina toda la sabiduría, paz y amor de la creación.

El Señor se muestra ante sus ojos como un aura de luz vigorosa que rodea a un ser humano sin forma ni rostro reconocible. Aunque lo sabe, Pedro termina de experimentar una vez más cómo es posible que el reino esté bañado siempre por esa misma luz inconsumible y ese halo de quietud que ahora le invade, tranquilizándole en parte... Pero sólo en parte.

—Mi Señor. Gabriel ha... —Se atreve finalmente a decir.

—Caído, Pedro. Lo sé —Escucha a modo de respuesta.

—Perdóname, Maestro. Debería saber que siempre conoces...

—Nos enfrentamos a la crisis más terrible que hayamos sufrido nunca, mi buen amigo. —Comienza ahora a decir El Todopoderoso con un gesto de indulgencia—. Una preocupación totalmente justificada, pues todo apunta a que esta vez estamos a un paso de caer. Y no sólo nosotros, pues toda La Creación está mortalmente

amenazada.

—Señor...

—Y debe sobrevivir, Pedro, pues en ocasiones ha sido capaz de actos que han superado mis expectativas más optimistas. Aún merece la pena luchar por ella y por lo que representa.

—Padre, es culpa nuestra... Enviamos a Gabriel allí. Creíamos que era la localización correcta. Estábamos convencidos de que podría cumplir la misión y traer de vuelta a casa...

—No basamos nuestra existencia en culpas, hijo mío —interrumpe el Todopoderoso —Todos obramos de buena fe y creyendo que hacemos lo correcto. Ha sido un terrible error que, en todo caso, debería atribuirse-me a mí por no haber tomado la responsabilidad que me correspondía en primera persona.

El apóstol se encuentra sobrecogido. Como leal discípulo a lo largo de tantas eras, sabe que no es habitual semejante pesimismo por parte del Creador. Sus minuciosas palabras provocan un sentimiento de tristeza y preocupación más hondo, si cabe, que el que soportaba al dirigirse hacia allí.

Quisiera decir algo para mejorar la situación, pero su impotencia le dice que debe callar y escuchar. Aunque nadie le hubiese preparado suficientemente bien para lo que está a punto de serle revelado.

—Por, todo ello, tratando de enmendar la situación y tomando un pensamiento de raíces esencialmente humanas, me atrevo a afirmar que es momento de aplicar grandes remedios a esta enfermedad que representa el mal que nos asola —Dice el creador.

—Pero, Señor... Tu humilde servidor no comprende —Responde él, confuso.

Y es en ese momento que nota cómo la respuesta se torna clara en su interior. Ni si quiera la oye, sólo la siente:

—Tras la lamentable pérdida de Gabriel, ha llegado el momento de hacer una segunda anunciación, Pedro... Un enviado. Alguien más fuerte que el mismo Arcángel. Alguien capaz de hacer frente a nuestro tormento desde primera línea de batalla.

Las palabras queman como hierro candente en la piel del sorprendido apóstol.

—Aquel cuyas habilidades y poderes fueron y son los más temibles en el mundo, va a convertirse en nuestro último y más poderoso intento.

Confusión. Mil nombres se agolpan en la mente de Pedro, y ninguno responde a las características necesarias. Sin Gabriel. Sin nadie más tan preparado para la batalla, no puede existir ese ser tan poderoso. ¿Quizá el propio Creador?

—No elucubres más, amigo mío. Me refiero a aquel que se equivocó y fue castigado.

Y entonces su alma se llena de un horror como nunca antes había conocido...

Capítulo 3: Santificarás las fiestas.

Madrid.

La ciudad duerme. Algo impensable años atrás en una metrópoli similar a un enorme saco que está a punto de reventar. Sin embargo, vivir la madrugada ahora es algo reservado para representantes de la ley. El resto de aquellos que se atreven a quebrantarla son, en su amplia mayoría, almas atormentadas que no tiene mucho que perder.

Un perfecto exponente de este último caso, se encuentra en El Puente de Vallecas, apurando sus últimos sorbos de un vaso de licor. Ha olvidado el tiempo que lleva en el único bar con el valor suficiente para violar el toque de queda nocturno. Sin embargo, nadie está tan loco como para tensar la cuerda por encima de dónde es posible, por lo que el propietario del establecimiento ya ha hecho la inequívoca señal de que no habrá una nueva copa.

—Muy bien, Luis. Hasta mañana entonces —Dice la turbada figura dejando caer dos monedas en la mesa.

—Buenas noches, ‘Salva’. Trata de dormir —Recibe a modo de despedida junto a una mirada que denota compasión.

Salvador Menéndez González, 46 años. De tez muy morena, cabello alborotado y cejas espesas. Su nariz aguileña resalta aún más, si cabe, por sus pómulos hundidos, dentro de un rostro afilado que ha sido moldeado claramente a peor en los últimos tiempos. Las costumbres no están ayudando en nada a que su delgada figura abandone dicha condición, mientras sus negros ojos, siempre tristes, han dejado ya de ver el mundo como un lugar acogedor.

Caminando diecisiete metros zarandeándose de lado a lado, “Salva” recorre los ocho que le separan de su coche en línea recta. Fuera, la brisa de la noche no recuerda en nada al turbio temporal que agitó la ciudad hace escasas 24 horas y que el parte meteorológico definió como “una intensa tormenta de verano de duración inusual”. Es Agosto y sólo el canto de algún grillo entre los matorrales próximos a un portal y un ruido de coche lejano, rompen el silencio que acuna la ciudad. Entonces sus llaves chocando contra el suelo se unen a la decadente escena, sucedida por un exabrupto ininteligible mascullado entre dientes.

Tras agacharse torpemente, Salva encuentra ante sí unos zapatos que no son suyos. Enseguida da un respingo hacia atrás e instintivamente coloca las manos con intención de apartarse ante un posible peligro. En lugar de ello, descubre ante sí un hombre afable, cuarentón, como él. De pelo alborotadamente rizado y cano.

—¿Tiene un momento, por favor?

De pronto, todo el miedo e interés suscitado en primera instancia, deja paso a la indiferencia. En la mente del ebrio Salvador, parece tomar forma una idea: “Otro como yo, pero más hablador”.

—Mire... Es que voy con mucha... Prisa. Si me per...Perdona —Acierta a contestar.

—Creo que en su estado no le conviene ir deprisa —Responde su interlocutor.

—Oiga... Disculpe... Tengo que irme. No....

E intenta reanudar su torpe caminar. Pero cuando avanza un paso, nota una cálida mano que le coge del hombro por detrás y aquel hombre calmado, dice:

—Espera un momento, Salvador.

El eco de su propio nombre resuena en su cabeza como un martillo. Pasa un segundo que parece una eternidad.

—¿De qué?... ¿De qué me conoce usted?....

—Te conozco como a cada uno de nuestros hijos.

El extraño aún no ha dejado de sonreír pensando en lo apropiado del nombre que acaba de mencionar, y entonces Salvador adopta una postura mucho más agresiva.

—Déjeme en paz... No estoy para bromas y no tengo dinero. V... Váyase.

Con esas palabras, se zafa de la mano que lo sujeta y llega hasta el coche. Abre la puerta torpemente y cuando se introduce en el interior, vuelve a oír tras él:

—Como también conocí y amé a Sonia y a Desiré.

De pronto, su expresión se llena de furibunda sorpresa.

—¿Qué has dicho?

—Que amé a tu mujer y a tu hija hasta el final y lloré lágrimas infinitas cuando aquel desgraciado accidente les apartó de tu lado.

Esas palabras terminan de accionar el resorte. Salvador se da la vuelta y mira a los ojos de su interlocutor mientras espeta:

—¿Quién coño eres? ¿Qué sabes de ellas?... ¿Cómo te atreves a nombrarlas?

Y no espera respuesta alguna mientras se abalanza sobre el sujeto causante de su ira. Un instante después se ve a sí mismo cayendo de bruces contra el suelo, como si acabara de atravesar una sombra fantasmal.

Abjura, emite sonidos ininteligibles y trata de ponerse en pie. Pero antes de que pueda mover un solo músculo más, escucha a sus espaldas:

—No vengo a hacerte daño, a hablarte de tu pasado ni a reprenderte por tu actual conducta. Sé cuánto bien hiciste y cuántas vidas salvaste en tu profesión de bombero... Tanto como sé cuánto desprecias ahora la vida que tienes que vivir sin tu familia —prosigue— Resulta demasiado complejo tratar de explicarte por qué las únicas almas que se te escaparon de los dedos fueron exactamente las que más querías. A veces ciertos designios son simplemente como deben ser.

Aún en el suelo, preso de la emoción, invadido por la furia y ahora por unas lágrimas que anuncian llanto, el embriagado Salvador no puede hacer otra cosa que seguir escuchando.

—Estoy aquí sólo para ofrecerte un trato: Darte la opción de alcanzar la vida eterna junto a tus seres queridos, si a cambio de ello, renuncias a tu actual vida mortal que tanto denuestras.

Las palabras suenan tan veraces como inexplicables.

—Sientes que puedo hacerlo. Ahora eres tú quien tiene que elegir ignorar esta oferta o no. He acudido a ti porque conozco tu firme convicción de que no tienes nada que perder al fin y al cabo... Si decides creer mis palabras, sólo tienes que hacérmelo saber. Di en voz alta que aceptas y cerraremos el trato.

Por un instante, Salvador duda qué hacer. Luego se concentra en el dolor físico y emocional que siente. Éste es demasiado familiar desde el día en que descubrió los inertes cuerpos asfixiados de las dos mujeres de su vida. Fallecidas en un fortuito escape de gas mientras él se hallaba de servicio luchando en otro siniestro... Que ocurría en las antípodas de donde su familia dejaba de existir.

Entonces estalla:

—¡Maldito hijo de puta! ¡Deja... Deja que me levante! ¡Te v.. Voy a matar! ¡¡A mi familia no la nombra n... Nadie!! ¡¡NADIE!!

Y tras levantarse lo más rápidamente que puede, descubre incrédulo que se encuentra totalmente solo en mitad de la calle, gritándole al vacío más absoluto.

Capítulo 4: Honrarás a tu padre y a tu madre.

Inherente a la paz y quietud de la Ciudadela, los tranquilos pasos de Andrés se entrelazan con los del Todopoderoso a modo de una armónica sinfonía. Hasta los últimos acontecimientos, pocas cosas habían inquietado el deambular del tiempo, el cual ni siquiera existe en su concepto mortal dentro de este idílico paraje.

Andrés Apóstol, hermano mayor de Pedro y sinónimo de la fidelidad más absoluta a Dios Padre. Se dice de él que se negó a adorar a otros dioses aun sufriendo lenta crucifixión durante dos días seguidos. Da fe de ello su marcado y torturado cuerpo. De apariencia débil, pero espíritu vigoroso, su tez morena, rictus sereno y brillantes ojos oscuros transmitían una sensación de seguridad incuestionable. Justo lo que la situación requiere en este preciso instante.

Por increíble que pueda parecer, aún existe un recodo más sosegado que todo lo demás en la Santa Ciudad, y éste se encuentra en los sótanos de la morada del Señor. Sótanos que nadie ha pisado durante siglos, y es sólo ahora que la puerta de la Cámara más recóndita del reino de los cielos vuelve a moverse, pesada, sobre sus goznes revelando a la luz secretos que muy pocos conocen... Y tantos temen.

—Gracias, Andrés.

—Tu voluntad es nuestro destino, mi buen Señor.

La sola presencia del creador ilumina de inmediato los rincones del oscuro lugar, sin que sea necesario lámpara o tea alguna para ver perfectamente.

—Siempre has sido un leal y fiel amigo, Andrés. Tu Fe y tu discreción te distinguen de cualquiera, y por eso has sido el encargado de conducirme hasta aquí —prosigue—. Sin embargo ahora debo pedirte que te vayas, pues los acontecimientos que están a punto de sobrevenir pueden ser excesivamente turbadores. Incluso para alguien como tú.

La cara de Andrés alberga un disimulado gesto de sorpresa y temor pero, sin solución de continuidad, y dejando una pregunta en sus pupilas, el creador concluye:

—Ve en paz.

Y Andrés, siempre obediente, retorna sobre sus pasos sin volver la vista atrás. Cierra la puerta de la cámara, no sin esfuerzo, y emprende su largo camino de vuelta sin que nada pueda distraerle de sus profundas y consternadas oraciones.

Mientras tanto, El Creador fija su atención en la tosca urna que se encuentra frente a él apoyada en un pequeño pedestal. Se trata de una artesanía de barro con simbología tallada en su contorno. Símbolos que muy pocos seres sabrían descifrar. De unos 25 o 30 centímetros de altura y formas anguladas, su existencia está ligada a la de la propia cámara que la contiene. Sin ser nada especial, aquel objeto podría hacer que cualquiera fijara su vista en él, al punto de no poder apartarla. Algo turbador... Casi sombrío, parece sostenerla en su soporte, como si flotase en el aire.

Transcurren así unos segundos. El Señor medita en silencio y concluye sus pensamientos con un susurro:

—Es momento de enfrentarse a un destino que ni el mismo poder de un dios podría predecir.

Súbitamente, milenarias palabras que podrían detener planetas emergen de su boca. Los brazos se yerguen hacia el cielo y el poder de un millón de estrellas se concentra en sus manos. El Creador hace su trabajo...

—¡Por mi gracia yo te otorgo la vida, criatura inerte! ¡Por mi gracia yo te rescato del descanso eterno!

—¡Tras siglos sumido en tu letargo, yo te reclamo para que camines en forma espectral aquí y ahora! ¡Por mi gracia yo te ordeno que te alces de nuevo!... ¡Vuelve a la vida, LUCIFER!

Un manto de niebla cegadora envuelve la estancia. Nadie que no fuese el propio Creador podría aguantar con los ojos abiertos. Aguanta impertérrito mientras la condensación de la extraña nube, envuelve la urna y extrae algo que adquiere una forma grotesca, cuasi fantasmal.

Y así, lentamente, la silueta de un extraño ser, mitad humano, mitad bestia, comienza a mostrar signos de vida. Maldad concentrada en una criatura espantosa. Aun en forma espectral, los dos metros y medio de estatura de Lucifer harían temblar de puro horror al más valiente de los mortales.

Cicatrices, marcas... Una piel áspera con recuerdos de todas y cada una de las escaramuzas libradas durante eras. El pelo largo y abundante no puede disimular una espantosa y retorcida cornamenta, tantas veces empapada en sangre. Amenazantes colmillos inquietantemente blancos y siempre a la vista aun con la boca cerrada. Pareciese como si aquel ser pudiese tapar cualquier rayo de luz con su presencia. Mitad humano, mitad animal, las extremidades inferiores son una extraña amalgama entre patas y piernas. Una larga cola finaliza su recorrido en punta, como si pudiese usarse como arma.

Tras esfumarse la niebla, delante de Todopoderoso sólo está ahora el fantasma de su contrario, su enemigo, aquel a quien un día juró no volver a despertar. Lucifer, Belcebú, el Maligno... La personificación del mal permanece inmóvil como una estatua, hasta que, de repente, abre sus diabólicos ojos encarnados y los clava en su resucitador.

Entonces, brama:

—¿¿¿TÚ??!!

—Bienvenido de nuevo a la vida, príncipe de las tinieblas —Contesta calmadamente el Creador, a modo de saludo.

—¿¿Qué clase de juego es éste?? ¿¿Qué coño hago aquí??

—Compruebo que el devenir del tiempo no ha restado un ápice de tus buenas maneras —Responde de nuevo, casi esbozando una sonrisa.

—¡Déjate de sarcasmos y dime qué está pasando aquí! ¿Qué me has hecho?

—Si me das el tiempo necesario, puedo ofrecerte una explicación... ¿Lo tengo?

Lucifer hace una pausa y, de pronto, su furibundo rostro adquiere una mueca de interés desconfiado.

—Habla...

Y sólo entonces El Creador, que durante un segundo ha experimentado lo más cercano que puede sufrir un dios a un escalofrío, comienza a explicarse:

—Sea pues. Aunque quizá debería empezar esta historia, “Tu historia”, por el final. Abordarla en el momento en que el traidor acabó traicionado. ¿Recuerdas el momento de tu caída ante nosotros?

—Hmmm... —Gruñe El Caído tratando de hacer memoria sin éxito.

—Sé que no. Y eso da fe de una maniobra cuidadosamente ejecutada —prosigue El Padre—. Sin embargo,

mi querido enemigo, en esta ocasión nosotros nos limitamos a ser simples beneficiarios de una conspiración pergeñada milenios atrás... Es decir: tus propios vasallos nos ofrecieron tu cabeza en bandeja de plata.

—¿Mis...? ¿Bromeas?

—Sabes que nunca lo hago. Como es habitual, tu mayor error fue tu confiada prepotencia. Creíste que el único que podía renegar de su padre eras tú, como hiciste en el principio de los tiempos...

Y en ese momento, las paredes del Sótano desaparecen, el escenario se vuelve confuso y de pronto los dos protagonistas se encuentran en una sima contemplando los hechos de un tiempo pasado.

—El ángel destinado a ser mi mano derecha. Sin el cual casi ni siquiera hubiese hecho falta contar con más. Un ser casi perfecto que sin embargo resultó ser pretencioso, soberbio y acabó mordiendo la mano que le había otorgado la vida.

Los recuerdos se tornan imágenes en las que ambos observan el nacimiento y ascenso del que un día fue casi tan divino como su padre. Un ascenso que no derivó parabienes, pues el egoísmo fue invadiendo el corazón de aquel ser. Lentamente, poco a poco, hasta aquel fatídico momento en el que decidió estar por encima de su creador, y emprendió una cruel batalla contra él, luego de reclutar un ejército de leales.

—¿Y recuerdas, Lucifer, como fuiste derrotado y confinado fuera de esta ciudad celestial donde ahora te encuentras? ¿Condenado a arder eternamente en un inmisericorde campo de llamas?

Y el Padre se muestra abatido. Ve como su vástago es desterrado hacia su cruel destino. Imagen que se ha repetido en su mente desde entonces con dolorosa frecuencia.

—Sí, sí. Dime algo que no sepa, por favor —Interrumpe el aludido con un desprecio infinito, mientras rasca sus posaderas y olfatea el resultado de su acción.

—Oh, claro que lo sabes, mi buen Lucifer. Tú y los cientos de renegados que conseguiste convencer para unirse a tu fatídica causa rebelde y que sufrieron tu mismo destino, atrapados en formas tan terribles como la tuya. Acababais de crear vuestra propia ciudad en el destierro: ‘El Averno’ —responde Dios Padre. Hace una breve pausa y continúa—. Pero, dime: ¿Cuántas batallas sobrevivieron a partir de entonces? ¿Miles? ¿Cuántos de los tuyos y de los nuestros dejaron de existir en ellas?... Innumerables.

—Fueron buenos tiempos, sin duda —replica Lucifer guiñando un ojo burlonamente.

Ignorando las palabras de quien ya casi no puede herirle, Dios observa como el entorno vuelve a transformarse. Un vasto campo de llamas. Cruentas batallas minando las fuerzas de uno y otro bando... Y, de pronto, una figura humana recién nacida. Un tercer invitado en mitad de la cruel fotografía.

Y llegó el día. ¿Recuerdas? Aquel en que nuestras fuerzas comenzaron a necesitar ayuda, y sólo el ser más evolucionado de la creación, el hombre, pudo unirse a nuestras filas como guerrero, ya fuere en un bando u otro.

Pactamos... Decidimos que el libre albedrío en vida fuese el juez que permitiese a los humanos unirse a unas huestes u otras. Cielo o infierno. Todo dependiendo de su bondad o maldad en el tiempo en que son simples mortales.

—Una cagada, desde luego. A veces llegas a tratos de los que te arrepientes —apunta El Maligno.

—Mejor te hubiese ido si ése hubiese sido tu mayor problema. —replica Dios clavando una fría mirada de desaprobación en su interlocutor. Tras mantenerla absolutamente inmóvil durante unos segundos, retoma su

relato.

—La parte de la historia que tú no recuerdas, sobrevino a partir de esos momentos... Cuando comenzó el cisma en tu misma casa, Satán. Cuando tus demonios empezaron a creer que pactar con el cielo era sin lugar a dudas testimonio de tu decadencia como líder.

Ahora el decorado adquiere una suerte de espacio y tiempo totalmente desconocidos para Lucifer, quien por fin encuentra un motivo real para callar. A ambos lados, ve a sus propios ejércitos comenzando a susurrar y señalarle. Conspiraciones que su ego henchido y su sed de triunfo sobre el cielo le impedían detectar a tiempo.

—La historia es caprichosa y siempre se repite. Tu mundo estaba hecho a tu imagen y semejanza, por lo que la traición no se hizo esperar. Engañado por tus propios hijos y hermanos en los que confiabas ciegamente, no fue difícil encontrar un momento en el que capturarte desprevenido.

Y contempla a sus vástagos hablándole de un lugar donde hallaría la sabiduría suficiente como para convertirse en un ser más poderoso que su padre. Y se ve a sí mismo marchando a su perdición cual inocente cordero, casi obedeciendo. Lo que siempre ha odiado.

Al llegar a los límites de su reino, súbitamente, innumerables ángeles aparecen a ambos lados del camino en una emboscada perfecta. Lucifer se gira y nadie de los suyos le acompaña en su infausto destino. Comienza a luchar sin igual con todos y cada uno de sus enemigos y en su rabia desatada comprende que le han vendido.

Se llevará a decenas, incluso centenas por delante, pero el fin está cada vez más cerca. Y cuando ya casi el final de todo supone un alivio, ante sus sorprendidos ojos ensangrentados no hay un último golpe mortal. Sólo consigue ver entre brumas a una figura tan odiada como familiar y solemne. Luego... La nada.

—Polvo al polvo. Ceniza a la ceniza —sentencia el Padre—. Desde entonces tus restos han permanecido inertes en ese estado. Oculto entre nosotros y custodiado durante siglos y milenios... Hasta hoy.

“Cólera” es un concepto demasiado humano y simple para definir la reacción de Lucifer al contemplar su propia historia.

—¡Traición! ¡Malditos hijos de puta! ¡Les di la vida! ¡Un lugar donde existir! ¡¿Y así me lo pagan?! ¡¿Vendiéndome?! ¡Les voy a arrancar la cabeza a todos! ¡Uno tras otro!

Inicia un caminar decidido hacia la puerta de entrada. Sin embargo, en el segundo paso, una mano le detiene con tanta facilidad como si de robarle la comida a un bebé se tratase.

—Espera, Lucifer... Tú quieres tu venganza y nosotros la necesitamos —dice firmemente El Padre—. Tu némesis puede ser nuestra cruzada, y es el motivo por el que has sido despertado. Lleva a cabo tus planes y al finalizar, te prometo redención ante tu estado actual.

—¡No quiero vuestro perdón! —Brama el traicionado.

—No lo tendrás. Sólo te estoy ofreciendo el libre albedrío sobre tu destino... Tu liberación.

Pasan nuevamente unos segundos sin que nada ni nadie se mueva un centímetro. Se podría decir que el Universo deja de girar para escuchar el desenlace de la conversación....

—¿Y si me niego?

—Volverás al lugar de donde has venido. Tan sólo estás de vuelta en espíritu. Y en ese estado no puedes utilizar tus habilidades.

Lucifer analiza sus opciones, y cuando descubre que éstas no existen, deja escapar un desagradable suspiro.

—Muy bien, ‘papá’. Has conseguido captar mi atención. Toca seguirte el juego.

Y, sólo en sus pensamientos, acaba la frase completamente.

«Por el momento...».

Capítulo 5: No matarás.

Ajenos al incierto destino que se decide a millones de kilómetros de allí, en la ciudad conocida como “Madrid”, la noche despliega sus oscuros dedos hasta el último callejón. Es tiempo de recogimiento y descanso. Aquellos audaces que aún se encuentran en las calles se apresuran hacia el refugio de sus hogares, más temerosos de las propias leyes imperantes que del resto de peligros que pudieran encontrarse. Un edificio en ruinas que un día fue una conocida sala de fiesta, presenta un destartado cartel, asido sólo de un lado, donde a duras penas se lee “Joy Slava”. La construcción puede felicitarse por un destino afortunado, considerando que muchas de estos lugares de ocio fueron burda y apresuradamente reconvertidos en centros de oración, o derribados al objeto de especular con ellos.

Un taxi se detiene en un semáforo durante los últimos minutos de su turno diario. A través de sus ventanillas cerradas se oye una animada voz que proviene de un aparato de radio permanentemente encendido durante toda la jornada.

<<Y hasta aquí la actualidad internacional. A partir de ahora entramos en la tertulia de la madrugada en tu onda habitual, querido oyente. Esta noche debatiremos sobre la decisión del ejecutivo de elevar a seis las asignaturas religiosas de estudio obligatorio en la educación primaria. Es decir: Ampliar las cinco que ya existían...>>.

Si pudiéramos seguir la retransmisión en orden inverso hasta su origen, aterrizamos en los estudios de Radio Nacional de España, localizados en Prado del Rey. Desde hace unos años, el único lugar desde el cual está permitida la difusión de cualquier comunicación audiovisual, siendo propiedad del estado y la Iglesia Católica a partes iguales.

Dentro, uno de los platós radiofónicos, en penumbra, recoge a tres contertulios que se preparan para comenzar un esperado debate. La presentadora Laura Riego Espina conduce su programa como todas las noches desde hace cuatro años, con la maestría y la frescura que ofrece una experimentada juventud. Licenciada en periodismo, de personalidad sagaz y aguda, pocos detalles suelen escaparse a sus enormes y curiosos ojos de tono azul-verdoso. Incluso alguno que otro capaz de hacer surgir ciertas incomodidades entre sus responsables, con quien no termina de comulgar en todas las ocasiones.

Siendo la primera de su promoción, no le fue difícil situarse a la vanguardia del periodismo radiofónico nada más finalizar sus estudios. Esbelta, pelirroja de media melena, tras sus perennes gafas redondas hay siempre una mirada ávida de información. Su carácter inquieto y afiladas opiniones suponen un reto como entrevistadora. Algo que a primera vista oculta su atractivo natural, pero que emerge a los pocos segundos de conversar con ella.

Así, tras una pequeña cuña publicitaria, Laura inicia con voz cómplice su siguiente bloque de programa:

—Tenemos con nosotros al rector de la Universidad Politécnica de Madrid: Don José Torres, miembro del comité regional de educación, quien se muestra contrario a la medida que hoy estamos analizando. Muy buenas noches, señor Torres.

—Hola, muy buenas noches. —contesta el interpelado.

—Asimismo contamos en el plató con la presencia del Obispo Luis Olmedo, quien ejerció además en el pasado como párroco de la Iglesia de nuestra señora de la Encarnación, aquí en Madrid, durante quince años. Buenas noches y bienvenido, Monseñor Olmedo.

—Muy buenas noches, Laura. —Responde quien hace escasos días se encontraba mostrando una apariencia y actitud bien distintas en la catedral de La Almudena.

—Bien, señor Torres, le cedo la palabra. Háganos el favor exponer brevemente su postura. —inquiérese entonces la presentadora.

—Gracias, Laura... Bien. Quizá, a la vista de los años, parece que nos queden muy lejanos algunos de los acontecimientos que, creo, caben reseñar. Sin embargo tampoco me remontaré tanto para recordar que hace más o menos un par de décadas, la asignatura de religión era única, y además de carácter optativo. Incluso tendía a desaparecer como tal en algunos centros...—prosigue— Pero, como bien sabemos, todo cambió tras la llegada del denominado “Día de renacimiento Cristiano”, tras el terrible conflicto desatado entre los países árabes y el mundo occidental en los albores del nuevo siglo. —Toma un segundo de pausa y prosigue— Y no seré yo quien niegue el papel que asumió la Iglesia a partir de ese momento, y que gracias a su actuación se logró por fin el consenso necesario entre las distintas culturas para acabar con las amenazas que suponían el terrorismo o la guerra, siempre tan innecesaria.

La voz de Torres se torna más grave y convincente a partir de aquí.

—Para mí siempre serán incuestionables, sin embargo, los beneficios que obtuvo la propia Iglesia como institución desde entonces. Me parecen excesivas las directrices de reconstrucción dictadas desde el Vaticano después del gran conflicto, declarando la religión Cristiana como único culto a nivel mundial y erradicando al resto.

La postura del otro invitado se yergue bruscamente.

—Disculpe que le interrumpa en su exposición de los hechos.

Torres disimula su gesto de desaprobación y responde:

—No, no se preocupe. Dígame, por favor.

—Creo que no está siendo todo lo objetivo que los oyentes merecerían. Está Vd. Mencionando una época en la cual se extendió sobre el mundo civilizado una amenaza de guerra nuclear y biológica que a punto estuvo de llevarnos a la ruina. El terrorismo se hizo inmanejable y se demostró que tras ese espíritu manifiestamente destructor, se ocultaban religiones obsoletas, restrictivas y opresoras, que tenían su origen en pueblos de bajo nivel cultural como eran los árabes, orientales, africanos... —prosigue— En ese sentido, la Iglesia se limitó a hacer frente a la amenaza, logrando una fuerza de consenso y acabando con las terribles élites que alimentaban esas pobres mentes corruptas. De ahí que se aprobase el tratado de Múnich que Vd. Menciona. Por lo que me permito recordarle que hubo un acuerdo global que alza al Sumo Pontífice como Máximo Líder Mundial para velar por la justicia y la libertad.

—No estoy de acuerdo en esas apreciaciones, Padre Olmedo. ¿Está llamando ‘pueblo de bajo nivel cultural’ a países como... Japón?

—No me sea demagogo, por favor. Una gota no hace océano.

—Mejor no me mencione el tema de la demagogia...

En este punto, con ambos contertulios en estado de evidente tensión, Laura interrumpe, intentando encauzar de nuevo el debate.

—Señores, les ruego tranquilidad. Prosiga, Sr. Torres.

—Gracias, Laura. El caso es que, aun dejando de lado los condicionantes morales que acarrea un ataque a escala mundial, arrasando ciudades y hasta países enteros ‘en nombre de la paz’, parece peligroso negar una

pluralidad de elección en un tema tan espinoso como es la religión o la propia fe. Ahora más que nunca los llamados ‘países civilizados’ controlan el mundo. Pero no sabemos hasta qué punto nuestros líderes mundiales están condicionados por el inmenso poder que posee el Vaticano. Es más, a día de hoy podría ser suficiente como para manejarnos a todos como títeres.

Se oye un crujido. Es la silla de Olmedo al ser arrastrada bruscamente hacia atrás. De pronto, el obispo se encuentra de pie, desafiante.

—¡Protesto enérgicamente, señor Torres! No he venido aquí para escuchar cómo se acusa a la Iglesia Cristiana poco más o menos que de conspiración, de abuso de poder o incluso tiranía. Máxime cuando los hechos nos dan la razón, y todas las potencias mundiales: Alemania, Francia, China o los mismísimos Estados Unidos aprueban su actuación. —continúa sin permitir réplica alguna— Tampoco creo que el espíritu del debate sea hacer interpretaciones personales sobre hechos históricos que pertenecen al pasado.

Con un aplomo encomiable, Torres aguanta estoicamente el ataque de su rival, quien apoya el peso de su cuerpo sobre sus orondas manos encima de la mesa y clava la mirada en sus pupilas. A modo de respuesta, deja pasar unos segundos y entonces responde:

—Padre Olmedo, lo único que trato de destacar es que se necesita contar con el derecho de libertad de elección pura y dura. Le recuerdo que también hablamos de otros cultos o religiones en África o Sudamérica que jamás supusieron ninguna amenaza para la estabilidad mundial.

Ya casi fuera de sí, Olmedo abandona todo intento de intimidar a Torres y encauza su atención hacia la presentadora.

—Señorita Riego. Debo advertirle que si seguimos en esta tesitura, deberé acabar mi participación en la tertulia en este mismo momento. ¡No voy a tolerar semejantes ataques hacia la Santa Madre Iglesia!

Con gesto conciliador, Laura abre las manos y extiende sus palmas hacia los dos hombres, en un claro gesto de solicitud de tranquilidad.

—Señores. Les pido calma y moderación a los dos. Monseñor... Señor Torres... Estamos debatiendo sobre un tema candente y puedo llegar a entender cierta excitación, pero les pido que todos distendamos nuestras posturas y continuemos el diálogo en paz. Les vamos a entender mucho mejor cuanto más calma empleemos en comunicarnos.

Tras un breve y tenso silencio, Laura se dirige al catedrático.

—Prosiga, señor Torres, pero le ruego enconadamente que no entremos en más juicios de valor sobre la actuación de la Iglesia en un pasado y nos ciñamos al epicentro del mismo: La conveniencia o no de aumentar en una las asignaturas de religión para nuestros hijos.

Lentamente, Olmedo vuelve a tomar asiento.

—Mira, Laura —continúa Torres—, nada más lejos de mi intención que ofender o molestar a nadie. Tan sólo pretendo enfocar el debate desde la perspectiva que nos da la situación a la que hemos llegado. Repito que tanto Vd. Como yo hemos estudiado religión como asignatura optativa no hace tantos años, y ahora creo que, habiendo aumentado un 500% la formación religiosa, es de todo punto innecesario añadir una nueva asignatura en detrimento de otras...

—¿Más importantes, señor Torres?... ¿Es eso lo que iba a decir? —interrumpe Olmedo, y antes de obtener respuesta, añade—

No conteste, por favor. Ha prometido tratar de no ofender al pueblo Cristiano, es decir: A toda la audiencia de este programa.

—Padre Olmedo, por favor... —Interrumpe Laura.

—No, señorita Riego. No se preocupe. Prometo no exaltarme de la manera que lo he hecho hace unos instantes.

—Lo celebro —. Sentencia ella con un evidente gesto de incredulidad.

Entonces Monseñor Olmedo comienza una profunda alocución:

—Miren. Con el actual plan de estudios religiosos que comprendían las asignaturas: ‘Teología básica’, ‘Historia del Cristianismo’, ‘Fundamentos de la Iglesia’, ‘Comportamiento cristiano’ y ‘Formación ecuménica’, quedaba patente que había áreas importantes de la religión cristiana insuficientemente tratadas. Para eso nace la nueva asignatura, ‘Interpretación de la Biblia’, que arroja luz donde los estudiantes pueden tener preguntas. En la Biblia están todas las respuestas necesarias para cada una de ellas, pero no siempre se llegan a comprender porque se encuentran escritas desde la perspectiva de La Palabra de Dios. Algo tan trascendente necesita de una buena canalización, que la convierta en sencilla para la mente tan pobre del ser humano — Gira su cabeza y fija la vista en Torres al terminar su afirmación —. En esta situación, creemos que la nueva asignatura refuerza suficientemente la formación moral necesaria que se precisa para adoptar una buena dirección en la vida. Aquella que puede llevarnos por el camino del Señor, y que nos hará llegar hasta él.

Un susurro suficientemente audible brota de la boca de Torres.

—Como a las ovejas...

—¡¿DISCULPE??!

Laura se incorpora de un respingo y prácticamente se convierte en árbitro de un espectáculo pugilístico en el momento de mandar a los contendientes hacia sus rincones.

—No, no, no. Señores. De nuevo, no —vuelve a interrumpir—. Vamos un momento a publicidad, nos calmamos un poco y en un instante seguimos con el programa. No apaguen sus radios de no ser porque el sueño les obligue... Dos minutos y estamos con ustedes.

Capítulo 6: No cometerás actos impuros.

Hace siete minutos...

Un vehículo atraviesa la ciudad a una velocidad eufemísticamente poco recomendable. Rebasa dos semáforos en rojo, demostrando muy poca preocupación hacia las graves consecuencias que puede tener dicha acción. No por el prójimo —de hecho es posible que no haya otro vehículo en varios kilómetros a la redonda— sino por la propia persona que va al volante, profundamente ebria, sobreexcitada además por los últimos acontecimientos que acaba de vivir. Casi como un sueño en la más consciente de las realidades.

Es Salvador, que no puede sacar de su cabeza el encuentro que acaba de vivir.

Gira a la derecha por una ruta que conoce demasiado bien. Sin embargo pocas veces la ha recorrido a tanta velocidad. Quizá en un tiempo pasado... Hace tantos años que parecen doscientos. Entonces sus ropas no eran de civil. Vestía uniforme y luchar contra el tiempo para intentar rescatar alguna vida era su cometido. Hace tanto, tantísimo... De no ser porque el dolor es tan real, diría que lleva durmiendo desde la última vez que salió de su cuartel. La última, también, que ejerció su profesión.

En la radio, un áspero debate al que no presta atención. Parece ser que un tertuliano comenta algo sobre Japón que hace enfurecer a una autoridad eclesiástica. Lo cierto es que hay que tener valor para decir algo así, pero esta noche Salvador no tiene un mínimo de interés en evaluar esta clase de contingencias. De hecho, lo único que su cabeza acierta a sentenciar es: <<Esta ciudad está enferma>>. Sutil divagación que no consigue desviarle del centro de sus pensamientos: <<¿Qué quería ese loco?>> <<¿Cómo podía saber lo de...?>>. Casi ha obviado por completo el hecho de que un tipo acababa de desaparecer como por arte de magia delante de sus narices. Por un momento consigue concluir que el nivel de su borrachera debe ser aún mayor del que creía, y luego culpa a la “maldita tecnología que lo está jodiendo todo”. Eso debe de ser. La misma tecnología que ha permitido a ese “fulano” encontrar la noticia en las redes... <<En su día abrió un telediarrio>>. Recuerda. Y entonces un sentimiento demasiado familiar y una acuosa sensación que conoce bien, comienza a asomar en sus ojos. Parece que una noche más tocará derrumbarse.

—Mierda, ahora no...

Y cada día es más complicado volver a construirse porque no queda cemento para sujetar toda estructura. Ese al que se conoce como “razones”, y sin el que es muy difícil mantener a la cordura de tu parte.

—¡Ahora y siempre, hostia, no hay día en que no se repita! —solloza de una vez en voz alta y cae encima del volante con un llanto imposible de reprimir.

Un nuevo semáforo queda atrás. Nuevamente el rojo era su color. El motor del vehículo comienza a bramar entregando más y más potencia según se le exige. Sin embargo, eso es algo que ahora mismo parece una nimiedad.

—Doce años... Doce años más tres de instrucción... Tres de oposición. Dos medallas, dos ascensos y... ¿Para qué? ¡¡¡Para que el día en que mi propia casa se convierte en una trampa, yo tenga que estar en la otra punta de la ciudad!!! ¿¿¿Para eso???>>>

Apoya los propios codos en el volante y se echa las manos a las sienes. Lágrimas de alcohol, tan amargas como siempre. En su trayecto hasta el bar. En su vuelta a casa. En sus mañanas que ya no existen y en sus despertares con el cerebro taladrado y la necesidad constante de vomitar sin parar. Desde hace unos cuantos meses, Salvador no puede parecerse al hombre que fue, y cada día nota menos retorno en su camino.

—¿Y ahora, seas quien seas?... ¿¿¿Ahora apareces prometiéndome sinsentidos, como enviado de vete a

saber dónde???

El estado de nerviosismo comienza a hacerse notar cada vez más. Salvador habla para sus manos, para el aire, para todo lo que se ponga ante su vista. Enfrente de él, la carretera, la cual hace rato que ha dejado de ser la habitual.

Las ruedas chirrían al tomar la última curva. De haber sido más pronunciada, el automóvil no hubiese podido soportarla. Salvador parece volver mínimamente en sí y se dispone a recuperar el control del coche, cuando alza la vista. De pronto, en el retrovisor puede jurar haber visto fugazmente al extraño hombrecillo causante de esta situación.

Gira la cabeza, mira hacia atrás con los ojos inyectados en locura, pero sólo es capaz de distinguir el asiento trasero de su vehículo... Entonces estalla.

—¡¡NO OS PARECE QUE YA ESTÁ BIEN, ÁNGELES, DIOSES O QUIÉN COÑO SEÁIS?!

Y, tan repentinamente como viene, el grito es sustituido por un hilo de voz ahogada.

—¿Qué queréis que os diga?... ¿Qué esperáis que responda?... —solloza tembloroso.

¿Queréis que me trague esta mierda?... ¿Que asuma que soy un puto demente desesperado como ese ‘menda’ del bar?

Y nuevamente vuelve la firmeza a su voz. Nuevamente nota cómo la sangre hierve dentro de sus venas. Nuevamente hunde el pie inconscientemente en el acelerador, quizá intentando dejar atrás ese mundo, cada vez más ajeno, que queda tras el cristal.

—¡¡Pues lo soy, maldita sea!! ¡¡Sabéis lo que soy... ¡¡ Soy un puto borracho que se deja cada día la pensión en un bar de mala muerte, deseando lo que le es imposible tener!!...

Y es en este punto cuando el automóvil alcanza una velocidad de no retorno. La misma que impedirá de ninguna manera frenar a tiempo para continuar en la calzada.

—¡¡¡Un borracho capaz de aceptar el ofrecimiento de un mendigo para vuestra jodida diversión!!... ¡Así que claro que acepto!

Las ruedas de la derecha circulan pisando la raya continua, ya casi besando la acera. Enfrente del vehículo, un solar abandonado presenta un muro amenazador que debería esquivarse girando a izquierdas. Una señal de tráfico obligaba hace diez metros a reducir a 40km/h para negociar la curva correctamente. El vehículo circula a 115.

—¿¿¿ME HABÉIS OÍDO, MALDITOS CABRONES???

La rueda izquierda delantera pisa la tapa de una alcantarilla y el coche da un bandazo en el momento en que Salvador repite su sentencia.

—¡¡¡ACEPTO!!!

Ocurre un segundo antes de que Salvador vuelva a fijar sus ojos en la carretera y descubra con horror que se dirige sin solución hacia su trágico final. Recupera lo más cercano a un destello de cordura mientras siente como se le huela la sangre de golpe. Así, el hombre que se enfrentado a cientos de edificios en llamas, experimenta por última vez el miedo. Alza las manos para protegerse y grita. Grita con el alma.

El vehículo salta por encima de la acera y levanta sus ruedas delanteras sesenta centímetros por encima del

firme. Se estrella de frente contra el muro, que estalla en mil fragmentos ocupando un área de nueve metros a la redonda. El cuerpo de Salvador —sin cinturón de seguridad—, es catapultado a través del cristal delantero. El impacto es de tal violencia que la víctima queda tendida por un momento encima del motor del coche.

Finalmente, éste vuelca hacia adelante y empotra el cuerpo contra una segunda pared, atrapándole en una trampa de hierro y ladrillos de la que es imposible salir con vida.

Durante un suspiro, Salvador ha sentido el mayor dolor físico que nunca hubiere conocido. Ahora... La nada. Sólo un manto de negrura lo envuelve todo. Como despertarse en mitad de una noche silenciosa dentro de una habitación extraña sin ventanas. No puede moverse porque ya no siente que tenga ningún cuerpo que pueda mover.

La sorpresa aún no ha dejado paso al terror y, sin entender aún muy bien qué es lo que ocurre, entre brumas, inmerso en la oscuridad, distingue dos voces muy familiares.

—Papá...

—Salva...

Y así. Sin palabras, porque no puede pronunciar palabras. De un modo que no podría acertar a explicar, Salvador susurra:

—¿Sonia?... ¿Desiré?...

Capítulo 7: No robarás.

En la Ciudadela, los habitantes ocupan su tiempo en pacíficos quehaceres que son habituales. Para el conocimiento humano, sería muy difícil comprender el concepto de lo que significa “vivir” en ella. Términos como “día”, “semana” o “noche” carecen de sentido en un lugar que basa su propia existencia en el sosiego, la luz y la serenidad. Una luz eterna baña todos y cada uno de sus rincones, y no existe la emoción negativa per sé para cualquiera que more en ella.

Sin embargo, desde hace unos instantes el aura, antes pura, proyecta un halo extraño. Sin poder precisarse la razón causante de tal efecto, parece que algo o alguien está interfiriendo en la quietud habitual del lugar. Ajeno a la causa, si el pueblo conociera lo que realmente está provocando esta sensación, posiblemente se lanzaría a correr despavorido.

¡Sacrilegio! Dentro de la casa de Dios, apoyado en una pared, con aire entre grotesco y desafiante, se encuentra nada menos que El Caído. No sólo como convidado de piedra, sino como parte imprescindible de la reunión entre El Todopoderoso y sus Apóstoles, que se celebra con carácter de plena urgencia, exactamente el que requiere la actual situación.

En un salón tan amplio que podría albergar una buena representación de un ejército, se encuentran sentados: Juan, Pablo y Pedro. Los tres mejores dentro de los siervos de Dios. Ninguno se atreve a hacer ningún movimiento extraño, pues el personaje que se halla a pocos metros de ellos les turba como nada que conocieran jamás. Ahí está Lucifer, siglos, eras después. Tan malvado, tan horrible y tan fétido como de costumbre. Aún en su forma espiritual, consigue emanar una esencia tan tenebrosa que es incapaz de dejar a nadie indiferente.

A nadie excepto al Padre. Es el único que, no sólo se atreve a darle la espalda, sino que camina con total naturalidad. Pasos lentos y cortos mientras reflexiona sobre la situación en La Tierra, que acaban de relatar a su archienemigo. Éste, con brazos cruzados y la planta del pie apoyada en la rugosa pared, muestra un gesto de extrañeza, como tratando de asimilar la información. Entonces habla:

—A ver si lo entiendo... —reflexiona.

—Tras mi repentina “desaparición” y consiguiente cambio de escenario, hace más de dos mil años, decides llevar al mundo un hijo humano para tratar de acercar al hombre hacia la paz (puagh), la serenidad (pffff) y todas esas “chorradas”. Es decir: Hacerlos de tu bando... Para eso, tu criatura: “Jesucristo” se hace con un grupo de doce impresentables como estos, que le ayudan y empieza a sorber “cocos” —prosigue—. Pero mis “bichillos” que son más listos que vosotros, aunque eso no les libraré de la más angustiosa de las torturas, descubren la manera de presentarse en el planeta, también con apariencia humana aunque no lo son en absoluto. De hecho, actúan como cazadores que persiguen a tu “nene” desde su más tierna infancia, camuflados como reyes, gobernantes o incluso uno de sus discípulos... Esos “Herodes”, “Pilatos”... “¿Jodas?”.

—Judas —corrige El Padre con paciencia infinita.

—Perdón. Lo había olvidado —replica Satán guiñando un ojo.

—El caso es que entre todos consiguen acabar con la vida de tu hijo. El paso siguiente es... Adoro la ironía: crear una religión en torno a él pero totalmente distorsionada. Utilizan para ello a los engañados... “¿Apóstoles?”. De manera que son ellos mismos quienes redactan esas tiras cómicas que se conocen como “Sagradas escrituras” —prosigue su interpretación—. Esa religión, el “Cristianismo”, empieza a institucionalizarse y se crean cargos y jerarquías dentro de ella. Todos ellos ostentados por criaturas del infierno que, no olvidemos, tienen apariencia de hombres normales. La humanidad entera es engañada y “La Iglesia”, como la llamáis, se convierte en el auténtico motor de la historia... Hasta hoy: Momento en que os engañan, “revien-

tan” al mismísimo San Gabriel en la Tierra, y la victoria final está a un paso del infierno de mis malnacidos “cabroncetes” como nunca lo estuvo antes —tras una pausa dramática, finaliza—. ¿Es correcto el resumen?

—Así es —dice ahora Pedro, atreviéndose a romper el silencio de los tres Apóstoles.

—Bien, pues... Llegados a este punto, tengo la imperiosa necesidad de... ¡Descojonarme!

Y estalla en una sonora carcajada que hace retumbar la estancia, enfurecer a sus contertulios e incluso extrañarse a más de uno que se encuentra a varios kilómetros de distancia. Lucifer apoya la frente en su mano mientras se carcajea, más burlón que nunca.

Santiago, uno de los preferidos de Jesucristo en vida, es con seguridad el más vehemente de los siervos de Dios. Intransigente con la maldad. De haber dependido de él, El Caído nunca se encontraría ahora mismo ante ellos. Durante las últimas horas ha tenido que tragarse sus pensamientos en aras de la voluntad de su señor, a quien ama por encima de todas las cosas, pero después de aguantar estoicamente el relato satírico de la boca de Satán, el último hilo de su paciencia ha desaparecido con las últimas burlas.

Dice de él la leyenda, que fue fundamental en diversos campos de batalla cristianos, al aparecerse en ellos incluso siglos después de muerto. Lo que es cierto es que su carácter valeroso, su tremenda estampa y sus enormes manos, forman un cuadro temible para cualquiera que ose desafiarle. De cabellos hoscos, pómulos enterrados en una barba infinita de color castaño, nariz prominente y mirada decidida representa todo lo que debe ser la temible figura de un siervo de Dios.

—¡Se acabó! ¡Es lo último que hace este engendro aunque me cueste la vida! ¡Señor, yo mismo llevaré a cabo esta sagrada misión si hace falta, pero antes déjame acabar definitivamente con él! —exclama furioso.

Rápidamente los dos apóstoles restantes reaccionan agarrándole por los brazos. Juan le suplica que recupere la calma, pero es en ese momento cuando interviene El Padre alzando la palma de la mano en clara referencia a que se detengan. Su simple gesto hace que el conflicto frene en seco. Tras lo cual, toma la palabra.

—No, Santiago. Está en su perfecto y patético derecho de reírse. Es cierto que hemos dado motivos para ello durante todo este tiempo.

—Oh, no. Por favor, déjale intentar callarme. —replica Lucifer todavía secándose las lágrimas.

—No te daré esa satisfacción. Y ahora te ruego que retomemos el hilo del tema que nos ocupa.

Rascándose ostentosa y provocativamente un lado de la cabeza, Lucifer recupera paulatinamente lo más cercano que puede ofrecer a la compostura, y entonces, habla.

—De acuerdo, viejo, pero si hablamos en serio, hagámoslo de verdad. ¿En qué condiciones puedo estar yo luchando contra un mundo infestado de demonios cabrones?... Gabriel no pudo y es el único que en su momento pudo aspirar a desafiarlo.

—Precisamente la intención es que no estés solo —contesta enigmáticamente el Padre mientras cede con un gesto la palabra a Pedro, quien la toma obedientemente.

—Lo que ignoras es que el hijo de Dios aún está vivo y en la Tierra, monstruo. Quizá no hayamos conseguido replicar el modo en que “ellos” se infiltran bajo forma humana, pero nosotros tenemos nuestras propias armas en esta lucha. Contrariamente a lo que ocurre con tus vástagos, cuando el hijo de nuestro señor muere en la Tierra, no lo hace espiritualmente, y con la infinita sabiduría de Dios puede ser reencarnado como nuevo ser humano. De forma vuelve a gestarse en el vientre de una madre cuidadosamente escogida.

Ante el nuevo dato aportado, Lucifer muestra un mínimo signo de interés.

—Puedo mentar nombres que a ti no te dirán nada, pero en la historia de la humanidad son figuras históricas que llenan bibliotecas enteras de heroicidad, rebelión y lucha. Todos y cada uno de ellos respondían a una nueva reencarnación de nuestro señor Jesucristo.

—¿Y bien? ¿Por qué entonces no hace nada ahora? —inquire el caído.

—Porque está prisionero en vida —sentencia El Padre con los nudillos apoyados en la mesa y la cabeza gacha.

Sin poder evitar la carga que lleva sobre los hombros, El Creador se yergue de nuevo y camina unos pasos con las manos a la espalda. Luego se detiene, mesa la espesa barba con la que se presenta ante Lucifer, mantiene la mirada perdida en el infinito y continúa su discurso:

—Verás, viejo enemigo, la parte que mis amigos obvian desvelarte por pura lealtad son los defectos que, a lo largo de miles de años de contacto con el hombre, ha contraído mi otrora buen hijo. Quien se engendró puro de corazón, ahora es un ser humano completo, con sus virtudes y defectos. Tan débil como cualquier otro y tan inconsciente como el que más. Parte de su integración se basó siempre en el aprendizaje de las costumbres humanas, y hoy estamos pagando esas consecuencias —prosigue—. Hasta hace unos pocos días, Jesús encabezaba un grupo de resistencia que trataba de mover a la sociedad contra los múltiples abusos de la Iglesia. De hecho, comenzaba a tener cierto éxito cuando sus instintos indefectiblemente humanos le traicionaron de una manera letal, siendo inutilizado y apresado.

—¿Pero qué le pudo hacer perder así la cabeza?—cuestiona ahora Satán tratando de comprender mientras entrecierra los ojos, escudriñando durante unos segundos los de su interlocutor.

De pronto, los abre totalmente cuando descubre la respuesta en su mente con toda claridad.

—¡No! ¡No me digas que...! ¡¿El hijo de Dios traicionado por una vida de libertinaje?! ¡¿Debo imaginarme a un hijo tuyo yéndose de putas?!... ¡¡¡JAJAJAJAJA!!!”.

Y ahora más que nunca, las carcajadas resuenan en paredes y techos. Burlonas, insoportables... Absolutamente desagradables. Santiago hace un nuevo ademán de levantarse, siendo nuevamente contenido por sus hermanos, por lo que tiene que ser una vez más El Creador quien apacigüe los ánimos. Sin embargo, lo hace de la manera más sencilla posible: Susurrando las siguientes palabras:

—Diviértete todo lo que quieras, pero cada minuto que perdemos es tiempo vital que se nos va... Sé lo que ha hecho mi hijo y su comportamiento será corregido a su debido momento, cuando le tenga frente a frente. Mientras tanto, te pido retomar de nuevo de la conversación —dice consiguiendo un silencio absoluto—. La cuestión es que su torpe proceder ha sellado el destino de Gabriel, quien fue enviado a la Tierra para hacer lo que ahora necesito que hagas tú. Mientras hablamos, Jesús está totalmente solo ahí abajo, preso en su actual cuerpo humano. Inducido, por medio de drogas humanas, en un estado de inconsciencia en el que ni siquiera puede poner punto final a su vida mortal para regresar con nosotros.

—O sea, que lo primero sería traerte de vuelta al ‘pichaloca’ para poder tener opciones de hacer frente a esos proto-cadáveres —aclara Lucifer en su versión de libre interpretación.

—Así es. —responde El Padre casi sorprendido por la contundente respuesta de Satán—. Aunque, antes que eso, debes tomar posesión del cuerpo que ocuparás en la Tierra. Adquirirás tu identidad, absorberás los conocimientos que necesitas y te prepararás para el siguiente movimiento: traernos de vuelta a mi hijo.

Lucifer clava sus demoníacos ojos en su antiguo mentor y con una gélida sonrisa inquire.

—Y digo yo... ¿Seguro que no podemos encontrar por ahí abajo a alguien más competente?

Sin un solo instante para la respuesta, Juan se levanta de su asiento. Quizá no sea tan vigoroso como Santiago, pero considera que el límite de su paciencia ha sido traspasado notablemente en los últimos minutos.

—Señor, pido la palabra.

El Padre hace un ademán para que Juan comience su alegato.

—Puede que ni sepas ni te interese esto, Lucifer, pero aun así lo vas a oír: Estoy harto de ver como desde el principio de los tiempos tratas de destruir todo lo que significa bondad. Yo he vivido junto al Maestro Jesucristo, le he acompañado en sus sacrificios y fui el único en quien confió para revelarle el nombre del que, a la postre, sería su traidor: Judas —dice con firmeza—. Puedo asegurarte que se trata de un valeroso guerrero, más fuerte que Gabriel. Alguien que sacrificó su pureza en nombre de la bondad hacia la raza humana. Alguien que no es digno de que un ser infecto como tú luche a su lado —prosigue—. Así que piensa el esfuerzo que tenemos que hacer todos para asignarle como rescatador a semejante despojo como tú.

Si las decididas palabras de Juan han hecho mella en El Malvado es algo que no puede asegurarse a la luz de su impertérrito rostro. Por el contrario, sostiene una desafiante mirada al apóstol durante unos instantes que se hacen eternos. Ni siquiera El Padre puede predecir su reacción y se prepara para que ocurra lo peor.

Entonces. Lucifer suspira, relaja la expresión y habla.

—¿Sabes? Si lo que pretendías era emocionarme o insultarme, no lo has conseguido. Sin embargo hay algo que no puedo soportar, y es que me aburran. Tu sermón lo ha conseguido de tal manera que hasta se me han quitado las ganas de seguir con el chiste.

Ahora, con total desprecio hacia quien considera sus inferiores, torna su semblante fijando la vista en El Padre y continúa.

—Muy bien, incompetente Todopoderoso, dada la situación jugaré con tus reglas. De momento estoy en tu bando y te acabaré trayendo a tu “loverboy”, pero déjame dejarte clara una cosa, y lo digo desde ya: Será a mi modo. Como yo quiera y sin ninguna interferencia por tu parte allí abajo. ¿Está suficientemente claro?

La mirada fija del Señor, deja claro un asentimiento implícito. Obligado pero necesario.

—Sólo asegúrate de cumplir la parte de tu trato: Cuando haya acabado de regar la tierra con los dientes de mis “hijos”, seré totalmente libre.

—Sabes que nunca he mentido —responde El creador, sin poder evitar percibir el horror que provocan esas palabras en sus discípulos—. Y ahora no podemos perder un minuto más. Al acabar nuestra conversación renacerás en un cuerpo humano preparado para tu llegada. Serás mucho más resistente, rápido, inteligente, ágil y fuerte que cualquiera de su especie. Incluso haré la vista gorda ante ciertas “habilidades” que probablemente conserves ocultas a nuestros ojos por ser quien eres. No puedo darte más sin que representes un peligro para nosotros.

Por primera vez desde que empezó la reunión, parece existir la posibilidad de que pueda darse una colaboración que se presentaba como totalmente imposible. El Señor prosigue:

—Cada vez que tu cuerpo humano necesite dormir, tú parte espiritual viajará ante mi presencia como lo haces ahora. En ese momento, podremos hablar sobre los avances que has dado y tus pasos a seguir a partir de entonces. ¿Tienes algo más que añadir?

—Sí... Quiero que te lo grabes en la cabeza: Yo decido los pasos que doy. Tenemos un trato porque no me queda otra salida pero si quieres que funcione, será de esta manera. Además, en ningún momento significa que al acabar la historia tú y yo quedemos ni medio en paz... ¿Está claro?

—Siempre lo estuvo para mí.

El cuerpo de Lucifer empieza a difuminarse a ojos vista. Es el origen de su viaje desde La Ciudadela hacia el incierto destino que le espera en La Tierra. Justo antes de desaparecer completamente, aún tiene tiempo para añadir:

—Ah, eso sí; para que veas que sé reconocer tus méritos: La otra razón por la que hago esto...

Ya tan sólo los ojos y la boca son perceptibles entre la bruma que envuelve al demonio...

—Es porque en millones de años jamás te habías inventado algo tan divertido.

Lucifer desaparece. Nada queda en el hueco que ha ocupado durante todo el diálogo. Nada, excepto una horrenda risa fantasmal que hiela la sangre de sus interlocutores.

Capítulo 8: No darás falsos testimonios.

En la calle Sanz Raso, Madrid, a un paso de la Avenida de la Albufera, un tremendo accidente de tráfico ha roto la quietud de la madrugada. Sin duda alguna, de haber ocurrido durante el día hubiese ocasionado una terrible tragedia. Una gran masa de curiosos se arremolinaría alrededor del incidente, y el revuelo habría sido de los que se comentan durante varios días.

Sin embargo ahora, noche cerrada, toda la ciudadanía se encuentra recogida en sus hogares. Es posible que muchos hayan oído el estruendo, pero pocos van a tener valor suficiente como para descorder las cortinas y descubrir su origen. Si un agente de la autoridad advirtiera a alguien haciéndolo, podría significar un problema para él, y nadie quería tener esa clase de problemas.

Entre los deformados restos del automóvil siniestrado, y por increíble que pudiese parecer, de pronto empieza a percibirse un leve movimiento. Luego una fuerza que desplaza paulatinamente metal y ladrillos. Uno, dos... Tres empujones más y la espalda de un escuálido cuarentón queda al descubierto. Inmediatamente después sus ensangrentados hombros, la cabeza... En el siguiente empujón, el sujeto consigue liberarse totalmente, y trata de recuperar el resuello. En cuclillas, magullado, cortado, herido... Pero inexplicablemente vivo.

—Uhhnn... ¿Dolor? No creo recordar que mencionáramos eso...

Su voz es un hilo. Sin embargo sus heridas, se diría que mortales, comienzan un proceso de cicatrización inhumanamente acelerado. El crujido de huesos rotos recobrando su posición original, se entremezcla con terribles heridas que comienzan a cicatrizar. A todas luces, Salvador ha sobrevivido a un accidente de coche de categoría letal.

Sin embargo, en este punto, si alguien observase sus ojos, en seguida comprendería que no es Salvador el que se encuentra detrás de ellos.

—Serás cabrón...

Arrastrando su propio cuerpo, la figura sale poco a poco del epicentro del impacto. Trabajosamente alcanza la acera más cercana y, una vez allí, se sienta y sacude la cabeza, en un claro intento de aclarar sus ideas. Lucifer está en la Tierra. Se toma estos instantes para absorber los conocimientos del cuerpo que ahora habita y los del entorno que le rodea. También le son convenientes para recuperarse suficientemente a nivel físico.

—Jodido “Altísimo”...

Mientras tanto, la curiosidad y el haber alcanzado según qué edad, a veces otorgan un plus de temeridad que puede salir demasiado caro. Es el caso de Dolores: Viuda desde hace más de una década, ahora su principal ocupación consiste en el espionaje sistemático de su barrio, tarea a la que se dedica con el esmero del mejor de los profesionales. Esta noche, como a toda la vecindad, el ruido del accidente le ha sobresaltado y empujado a la ventana con irrefrenable curiosidad. Incapaz de aguantar un segundo más mordiéndose su octogenaria lengua, asoma su cabeza y modula la voz para aparentar toda la preocupación del mundo.

—Señor. ¿Se encuentra bien?... He oído el golpe y... —dice dignamente anudándose un pañuelo a la cabeza, incapaz de ocultar en su totalidad unos rulos mal ubicados.

—Que te follen.

Un microsegundo de incredulidad...

—Pe... ¡So golfo! ¿Qué maneras son esas de...?

—Señora, o se calla o subo a darle una hostia. ¡Venga para dentro a dormir, a lavar o a lo que coño tenga que hacer!

Intentando asimilar entre balbuceos lo que ha oído, Dolores empieza a sentir una rabia que sube por el cuerpo y se apodera de ella. Toda una digna señora insultada y vejada de esa manera es algo que no va a consentir —siendo ella misma, claro—. Si no fuese por lo inequívoco de los términos, hasta dudaría de haberlos oído.

Entonces estalla furiosa:

—¡Drogadicto! ¡Gamberro! ¿Pero cómo se te ocurre?... ¡Voy a llamar ahora mismo a la policía!

Lucifer se palmea la cara mientras sus cada vez más completos conocimientos de este mundo, le recuerdan a lo que se refiere la anciana.

—No. A la policía, no...

La anciana desaparece dentro de su hogar y Lucifer sabe que ahora tiene mucho menos tiempo para recuperarse del que esperaba. Le pide a sus nuevas piernas que se pongan de pie y éstas responden devolviendo toneladas de dolor. Finalmente erguido y sin dejar de maldecir, arranca partes de su camiseta con sus todavía quebrados dedos y las enrolla lo mejor que puede en un buruño, que introduce trabajosamente en la válvula del depósito de combustible.

Sin dejar de blasfemar, encuentra entre los bolsillos de sus pantalones un mechero. <<Un tiro al aire que ha salido bien>>, piensa. Sin detenerse para auto-felicitaciones, enciende el trapo mientras empieza a oír sirenas acercarse. La ropa comienza a arder.

—Esta huida va a parecer una paraolimpiada —masculla para sí mismo mientras cojea grotescamente hacia la calle más cercana.

Dolores también ha oído las sirenas y se asoma triunfante al balcón para observar su obra. En su carrera, Lucifer tiene tiempo para levantar la cabeza y ver a la culpable de su situación exhibiendo una sonrisa de satisfacción mientras le persigue con la mirada. A modo de respuesta, sacude la cabeza, arrastrando apresuradamente su cuerpo fuera de la zona de peligro, y exclama:

—¡Señora, yo que Vd. Me quitaría de ahí! ¡Me han dado ganas de tirarme un pedo y me da que va a ser de los que suenan!

Sin acabar de asimilarlo, Doña Dolores borra la sonrisa de su cara y tuerce la cabeza hacia el lugar del accidente. Justo en ese momento empieza a entender la situación. Exclama un “Santa María, madre de Dios” que no puede concluir, pues a mitad de la frase vuela por los aires hacia el interior de su casa. Si le hubiera dado tiempo antes de aterrizar inconsciente sobre el aparador, habría pensado en el gran cotilleo que tendría para compartir al día siguiente.

Los ecos de la explosión acaban por alcanzar a Lucifer en mitad de la calle adyacente. Poco a poco continúa casi arrastrándose hasta asegurarse de que hay más de dos manzanas de distancia respecto al suceso. Entonces, ocultándose, rebusca de nuevo entre sus bolsillos hasta encontrar lo que parece una cartera de piel.

—A ver qué pinta tengo —dice con una mueca de desprecio. Extrae el DNI y escudriña:

—Salvador Menéndez González. 46 Años. Jubilado. Y su dirección dice que vive...

Entrecierra los ojos. Sabe entender la fina ironía de su “contrario”. Incluso podría llegar a apreciarla, de no ser por hallarse tan furibundo que sólo desea arrancarle la vida.

—Dice que vive a tomar por culo de aquí.

Sin tiempo para reaccionar, un coche patrulla dobla la esquina a gran velocidad esgrimiendo el habitual espectáculo de luces que identifica que se encuentra en una emergencia. Lucifer se tira al suelo detrás de un contenedor y se mantiene inmóvil. Unos segundos después, el peligro ya ha pasado.

—Definitivamente, tú y yo vamos a tener un intercambio de impresiones cuando volvamos a vernos, Todopoderoso —sentencia.

Cierra la cartera de golpe. La guarda en su bolsillo y continúa caminando.

Quince minutos después...

Un experimentado taxista que responde al nombre de “Carlos” dormita apaciblemente en el interior de su vehículo aparcado en la correspondiente parada situada en la calle “Alto del León”. Se sabe afortunado, pues desde que el año pasado consiguió su licencia de trabajo nocturno, ha doblado su sueldo por trabajar menos de la mitad que antes.

Desde que entrara en vigor, años atrás, la norma del toque de queda al anochecer, servicios como el suyo han quedado para emergencias muy bien remuneradas, y en su zona hace un mes que no le han requerido para más de cuatro. Siendo así, todas las noches sintoniza una emisora de música instrumental y se dedica a dormir las horas que en otros tiempos consumiría trabajando.

Aunque la noche ha empezado más inquieta de lo normal —un molesto ruido de sirenas hacía presagiar que algo había ocurrido unos kilómetros hacia el Sur— el ambiente parece alcanzar ahora la quietud necesaria para poder disfrutar de un clásico sueño reparador.

Y en ese empeño se halla Carlos cuando, de pronto y sin poder explicar cómo, el cristal de su ventanilla ha saltado en mil añicos. Sus ojos intentan fijarse en lo que sea que haya provocado el desaguisado, pero súbitamente nota una mano que le agarra por las solapas de la camisa. En una décima de segundo, consigue ver una figura humana al otro lado de la puerta y entonces su cabeza atraviesa lo que queda de ventanilla arrastrando los restos de cristales con él. Un segundo después, ya no es capaz de notar el impacto de su cuerpo contra el frío suelo.

Antes de que entienda que le acaban de sacar de su taxi por la vía más rápida, se convierte en otro cuerpo inconsciente.

Diez kilómetros más al Norte, en la calle Rafael Herrera, Laura Riego y José Torres descienden al parking subterráneo de la emisora donde minutos antes han mantenido una tensa entrevista. José intenta excusarse por su comportamiento, mientras Laura escucha con una mueca entre distraída y comprensiva. Desde que el Padre Olmedo ha abandonado el plató, el nivel de tensión ha disminuido también significativamente.

—Mire, Sr. Torres. Creo que su postura ha quedado ya clara y no es necesario...

—Insisto, Laura. Lo último que pretendía es ofender a tu audiencia, pero la gente debe saber que este sistema eclesiástico coarta la libertad individual y encubre una gran cantidad de injusticias.

La señorita Riego entonces clava su mirada en los ojos de un sorprendido José.

—Mire, aprecio su valentía, así como la lógica en su exposición. Pero en nombre mío y de tantos creyentes,

creo que es el momento en que reflexione sobre su postura.

—Pero...

—Sin más “peros”. Vd. Crea lo que mejor le parezca, pero le interesa repasar las diferencias entre opinión y blasfemia.

—...

—Que tenga una buena noche, Sr. Torres.

La puerta del ascensor se abre y el taconeo de Laura se pierde pronto entre el eco del cemento dejando atrás a un desalentado José, que no deja de preguntarse anonadado si no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Capítulo 9: No consentirás pensamientos ni deseos impuros.

La noche se transforma lentamente en el amanecer responsable de un nuevo día. En una ciudad que ha dejado de practicar el concepto de improvisación, suena el clásico ajeteo de primera hora del día. A las 7AM, el inequívoco repicar de unas campanas despierta a la comunidad. El sonido es homogéneo porque es prefabricado y digital. Por toda la ciudad abundan altavoces adheridos al alumbrado público, cuya misión es ir marcando los tiempos en los que se moviliza la urbe.

Sin solución de continuidad, el primer “Ángelus” del día es recitado por una voz firme y aséptica. El ritual se repetirá tres veces, haciéndolo coincidir con las pausas para el almuerzo y la hora de irse a dormir. El ruido del transporte público, los vehículos y, por encima de todo, una marabunta de personas, comienzan su rutina diaria casi como si estuvieran programadas para ello. El orden es férreo en los turnos para subir y bajar del metro o los autobuses, también en las entradas de los puestos de trabajo y hasta se puede apreciar cierta mecanización en la forma de caminar y ocupar las aceras.

Dos compañeros mantienen una intrascendente conversación acerca del tiempo. Varios jubilados más pasan cerca de un agente de la autoridad y repiten su saludo de todos los días. Es contenido, sin grandes alardes pero educado. En ningún momento se intenta extrapolar una imagen que denote un exceso de emociones. Podría ser sospechoso, y no se tiene especialmente claro cuál es el destino de aquellos que un día fueron apartados de la sociedad por alborotadores, revolucionarios o simplemente excéntricos.

El porcentaje de funcionariado supera el 75% del mercado laboral. En aras de un mejor control, y siempre utilizando la seguridad como razón principal para ello, el estado es el dueño de la mayoría de las empresas de servicios, aquí y en el resto del mundo. Un estado basado en políticas indisolublemente unidas al culto católico. Las retransmisiones de espacios religiosos comportan el 60% de la parrilla televisiva, dejando el resto reservados para programas infantiles, siempre con trasfondo educativo, eventos deportivos y contenidos de utilidad y aplicación diaria, como cocina y bricolaje.

La moda, la música y la cultura son supervisadas por un comité de censura y comportamiento cristiano, que decide en todo caso lo que es o deja de ser apropiado para la ciudadanía. En este sentido, se evita al individuo el trabajo de decidir qué es o no apropiado para su educación o la de sus hijos.

Tras las horas preceptivas, el momento del almuerzo abarrotta los comedores de aquellas empresas que los contienen. Los que cuentan con menos suerte, esperan su turno en austeros restaurantes, donde el menú del día se convierte en su ritual de lo habitual. Son minutos en los que se oye más el trasiego de cubiertos y platos que animadas conversaciones. En general, la confianza se guarda para la familia más cercana, y se evita compartir opiniones con compañeros de los que no se tiene una certeza de cómo emplearían unas palabras inconvenientes.

El segundo rezo marca el horario de la vuelta a la jornada laboral.

Así, sin más novedades y expectativas, la perezosa tarde toma el relevo durante las siguientes horas, y desemboca casi con desgana en un nuevo anochecer. Es el ocaso del día, donde la marabunta se extiende en sentido contrario a la mañana hasta que las calles vacías se tornan mudos testigos de las pocas almas perdidas que puedan transitar a partir de ese momento.

Una de ellas se llamaba “Salva” hace veintidós horas. Ahora, a las diez de la noche del presente día, es algo mucho más tenebroso que entonces.

Camina desde el Este, silbando distraído y jugando con una tuerca de gran tamaño que lanza al aire para volver a atraparla. Continúa su camino hasta alcanzar la altura de la Calle “Puerto del Monasterio” donde se detiene delante de un escaparate que hace esquina. Exactamente ante una reputada tienda de moda, acceso-

rios y complementos dirigidos al público femenino.

El camuflado Lucifer se encoje de hombros. Sostiene fuertemente la pieza, toma impulso y la lanza contra el escaparate con una fuerza y precisión descomunales. Al punto de que esquivada la reja de seguridad por una de sus oquedades y atraviesa el cristal hacia el interior, haciendo que la zona del impacto estalle en mil pedazos. Un mecanismo de alarma ubicado en la fachada del edificio comienza a zumbear.

<<Silenciosa. Tres minutos>>. Piensa. , mientras usa los conocimientos adquiridos al haber absorbido su nueva personalidad.

Recupera la pieza y coge unas medias de señora del escaparate, a través del cristal quebrado. Se las embute en la cabeza sin prisa, al tiempo que cruza la calle y se sienta en la acera. Lo hace justo entre dos coches estacionados en la oscuridad. Entonces, agacha la cabeza y apoya sus codos en las rodillas flexionadas, esperando...

Un minuto y cincuenta segundos más tarde, el ruido de una motocicleta acercándose entre las calles se intuye cada vez más cerca. Poco a poco, la silueta del conductor revela la figura de un guardia de seguridad que ha acudido al salto de la alarma. Un dispositivo GPS en su moto y un transmisor parpadeante asido a su cinturón han sido sus guías.

Cuidadosamente despliega el soporte lateral de la moto y la apoya sin quitar el contacto. Desmonta cuidadosamente sin querer desprenderse del casco, por su propia seguridad, y se acerca con cautela al escaparate tratando de comprender qué es lo que puede haber ocurrido. El incidente se aleja bastante de una posible gamberrada de unos críos. No a estas horas y algo tan grave. Sabe perfectamente que la pena por algo así puede ser perfectamente la prisión. Ni siquiera la inconsciencia de un niño sería ajena a ello.

Intenta aclarar sus pensamientos cuando, de pronto, una pieza metálica golpea su espalda haciéndole caer de bruces y dejándole sin respiración. Antes de que pueda reaccionar, nota que alguien se ha abalanzado encima de él y le aplasta contra el suelo con sus dos rodillas.

—¡Buenas nocheeee!

Aterrado, el desafortunado agente, intenta zafarse de su agresor. En su lugar, un codazo en la clavícula le disuade de sus intenciones. Se oye un gruñido de dolor en la desigual batalla.

—¿Pero qué mierda de mundo tenéis? ¿Dónde están las jodidas armas? Todo el día buscando y esto es lo único que he encontrado.

Lucifer saca una navaja multiusos del bolsillo, levanta la visera del casco de su rival y se la pone frente a los aterrados ojos del agente que sólo acierta a balbucear. Entonces, saca una de las hojas con el pulgar y sin dudarla un instante, la hunde en la parte posterior del muslo de su víctima, que profiere un tremendo grito de dolor mientras nota como el metal gira en su interior.

—Bueeno, es la primera utilidad que le veo al sacacorchos. ¡Es más divertido que la navaja!

Acto seguido, arranca totalmente el casco de la cabeza de la víctima y le profiere un golpe con el puño en la nuca que le deja totalmente inconsciente.

—Y tú eres la “seguridad”...

Sacudiendo la cabeza, Lucifer se pone en pie con parsimonia y arranca del cinturón del vigilante su arma reglamentaria. La observa durante unos segundos con gesto de desdén y se dirige hacia la moto, que continúa arrancada. Saca un mapa del bolsillo trasero, un raro “souvenir” que pervive sólo para el encanto del

turista pero que hoy parece útil para evitar una geolocalización por GPS. Siendo así, el propio dispositivo electrónico integrado en la moto no es más que un inconveniente, del que Lucifer se deshace arrancándolo y lanzándolo con desprecio a escasos metros del agente.

—Segunda a la izquierda... Dos rotondas... —Mira el plano unos instantes más. Lo arruga y lo arroja contra la pared.

—Pfffff... Pregunto por el camino.

Con su cabeza aún embutida en la media y sus facciones convenientemente desfiguradas, sube en la motocicleta, engrana la primera velocidad y acciona el acelerador hasta su tope. La rueda trasera chilla bajo sus pies dejando atrás una gran estela de humo y goma quemada, antes de perderse en el horizonte a gran velocidad.

—Como la ‘madera’ no tenga mejor material que éste, va a costar un huevo y parte del otro —piensa mientras zigzaguea entre las oscuras calles de la ciudad.

Paralelamente, en la confluencia entre “Raimundo Fernández Villaverde” y la Calle “Atienza”, José Torres se encuentra tumbado en su sofá. En mitad de una llamada telefónica, se afana en explicar a su mujer los pormenores de su reciente intervención en la radio. Desde hace unos meses, su insistencia en ideas contrarias al sistema le ha traído no pocos quebraderos de cabeza. Y es por esto que su familia no reside habitualmente junto a él. Quiere pensar que es un gran sacrificio en aras de la libertad de pensamiento.

—Sí. He lavado el coche y he venido directamente a casa. Ahora me estaba quedando “frito” delante de la televisión —dice. Escucha su interpelación al otro lado y concluye—. Muy bien. Cuidaos mucho y dale un beso a Óscar. Nos vemos en un par de días.

Entre bostezos, casi realizando un titánico esfuerzo, se despide.

—Igualmente, cariño. Hasta luego.

Cuelga el teléfono con una sonrisa y suspira mientras se frota la frente. Fija de nuevo la vista en el televisor y se dispone a relajarse durante unos minutos más antes de caer dormido.

De pronto, entre la negrura, una voz que viene desde el recibidor de su casa le deja petrificado.

—Me sorprende que encuentre algo interesante para ver con tanta programación sometida al sistema.

José da un respingo y sólo acierta a parapetarse en el sofá. Entrecierra los ojos intentando ver entre la penumbra y lo que distingue, le deja desconcertado.

—¡Monseñor Olmedo! ¡¿Qué hace Vd. Aquí?!

—Puedo estar aquí. La ley lo ampara —dice el prelado acercándose lentamente con sus manos a la espalda.

José no da crédito a sus oídos y reacciona:

—No. No. Eso no es así. Ustedes tienen acceso a cualquier vivienda en calidad de legisladores siempre y cuando se sospeche de la posible ejecución de un delito.

—Ahh. Formalismos... —dice Olmedo mientras continúa su distraído paseo por el salón.

—Padre, haga el favor de decirme qué hace Vd. En mi salón y de qué se me acusa.

Olmedo Sonríe.

—De falta de Fe podría hacerlo. Sin duda alguna, hijo mío. Bien que podría.

José, confuso, mesa sus cabellos mientras intenta ordenar sus ideas y mantener el control.

—Mire. Con el debido respeto. No tiene Vd. Derecho a estar aquí ahora mismo. Haga el favor...

Olmedo se detiene. Clava su vista en su interlocutor y sentencia:

—Sin embargo, eso no es lo que pensamos nosotros, mi querido José.

De entre las sombras, surgen dos figuras más. Dos corpulentos monjes en completo silencio, perfectamente ocultos bajo su hábito. Si la Iglesia fuese un tablero de ajedrez, la figura del monje ocuparía el lugar del peón: A medias entre el devoto servicio a su credo y el trabajo sucio. En lo que a estos respecta, llevan la cabeza cubierta, las manos en posición de oración y se podría decir que parecen andar de una manera... Extrañamente inhumana. Sin duda, son la figura menos reconocible por el ciudadano común. Siempre en un segundo plano y al completo servicio de la Iglesia.

Intentando no dejarse llevar por el pánico, José concluye que no le conviene una posición de debilidad. Lejos de derrumbarse, se enfrenta con decisión a los intrusos.

—Oh, no ha venido sólo. No me lo diga: Encarcelamiento, excomunión y vergüenza pública. ¿Va a ser tan amable de decirme qué delito no cometido me van a atribuir?

— José —susurra Olmedo—... Tu problema precisamente es que sigues sin tener ni puta idea de lo que está ocurriendo aquí.

Antes de que pueda asimilar las palabras, José Torres se ve derribado en el suelo por las dos aterradoras figuras. Intenta gritar, pero una mano se lo impide. De pronto oye un crujido y comprende que acaba de romperse un hueso de su pierna. El dolor es tan insoportable que no puede dejar de moverse y, justo entonces, puede notar perfectamente cómo una mandíbula se clava en su pecho.

Presa del pánico, fija sus ojos en uno de sus atacantes y descubre tal horror en un rostro no humano, que encuentra fuerzas para soltar un brazo e intentar agarrar un objeto con el que defenderse. Vano esfuerzo, pues el pie de Olmedo pisa su antebrazo haciéndole crujir desagradablemente contra el parqué. Lo último que siente es una especie de cuchillas, o garras, que están destripándole vivo. Luego: Brumas. Y por fin... La nada.

Olmedo saca un pañuelo de seda blanca de su bolsillo y enjuaga las pequeñas gotas de sangre que salpican sus zapatos. Frota con cuidado y comienza a hablar.

—Está claro que las oscuras compañías que frecuentaba nuestro querido José, acabaron pasándole factura en su propia casa. Es un ejemplo de lo que puede ocurrirle a todo aquel que intente renegar de la Santa Madre Iglesia —realiza una pausa, piensa y continúa. Se oficiará un funeral pasado mañana. No olvidéis enviar mis condolencias a su esposa y familiares cercanos.

Finalmente, camina unos pasos hacia la puerta de salida dejando a sus dos criaturas infernales jadeantes sobre el cuerpo del desdichado.

—Y ahora, dejad toda la escena preparada mientras yo me quito este aqueroso olor a cerdo.

Capítulo 10: No codiciarás los bienes ajenos.

Hace medio minuto, en la Plaza de las Regiones todo parecía presagiar una noche sin mayor historia. La comisaría de Entrevías hacía años que había dejado de ser un hervidero de problemas. Desde entonces, tan sólo se utilizaba como edificio administrativo, aunque contaba con una dotación más que notable de personal y armamento. Suficiente para poder dar respuesta a una gran amenaza, si ésta se produjese.

El último gran arsenal del Sur de Madrid...

Hace quince segundos, Montse, oficial con trece años de experiencia, se apoyaba como cada noche en el mostrador y revisaba superficialmente sus redes sociales. Sujetando las gafas en la punta de la nariz, se acomodaba en la mejor postura posible para soportar su interminable turno de siete horas. De aquí al amanecer. Noche tras noche. La misma rutina de los últimos nueve años y, sin embargo, era soportable y hasta casi agradable.

Hace diez segundos, un zumbido lejano comenzaba a hacerse más y más intenso. Cuatro después, el ruido consiguió llamar la atención de Montse. Tras dos más, Montse comprendió que se trataba de una moto a gran velocidad.

Hace un segundo, le extrañó que un vehículo se atreviese a circular así...

Ahora, una Piaggio Liberty 125 acaba de atravesar las puertas de entrada volándolas por los aires sin piedad. Montse tiene tiempo de ver la rueda delantera ante ella cuando una desagradable figura ha saltado de la misma y le ha agarrado por el cuello. Incapaz de otra reacción que no sea gritar, ni siquiera acaba de entender algo cuando nota el frío tacto de un revólver calibre 38 en su sien.

La mano que le sujeta, golpea su cabeza contra la pared provocándole instantáneamente una brecha en la nuca. Sus aterrados ojos sólo aciertan a clavarse en la cara desenfocada que la mira con ojos fuera de sí.

—¡Armas! ¡Dime ahora mismo donde está el almacén o te saco los ojos por la nuca!

Montse no es capaz de reaccionar, aunque su instinto sí lo hace. Sin emitir más que un sollozo, señala hacia una puerta ubicada al fondo del pasillo que queda a su izquierda.

Con un gruñido, Lucifer agarra su cabello y comienza a arrastrar su cuerpo. El dolor es insoportable. Ella, por su parte, intenta no perder pie, porque empieza a ser muy consciente de que si cae al suelo, eso no frenará la marcha de su agresor. Caminan cuatro, cinco metros cuando, de pronto:

—¡Policía nacional! ¡Alto!.

Han llegado refuerzos. Los compañeros de la dotación que estaban en las plantas superiores acaban de entrar en escena alertados por el estruendo. Quince policías con diversos grados de veteranía, pero ninguno de ellos muy acostumbrado al uso de la violencia como método de contención, miran incrédulos la escena tratando de entender la situación. Mientras, tratan de recordar cómo deben actuar en grupo ante una situación como ésta.

—¿En serio? Yo esperaba encontrar aquí butaneros —Responde Lucifer mientras interpone el cuerpo de Montse entre el suyo y los policías—. ¡Vamos, “titi”! ¡Más deprisa! —Le espeta sin dejar de avanzar, ahora de espaldas, hacia el almacén.

—¡Quieto donde está! ¡Deténgase ahora mismo y tire el eso! —vuelve a espetar el policía de, aparentemente, mayor rango.

—Ya me gustaría, con lo lenta que va la zorra, pero si lo hago me disparáis.

La sensación de incredulidad entre los policías es ahora máxima. No sólo por el último comentario, sino por el total y completo desprecio de aquel sujeto hacia la autoridad.

Paulatinamente, Lucifer alcanza la puerta de bajada al almacén. Pregunta su código de acceso a una desencajada Montse y lo introduce en el teclado, que responde con un pitido sin dejar lugar a dudas de que lo ha hecho correctamente.

El oficial vuelve a alzar la voz.

— ¡Señor, le repito que...!

—Joder. En verdad sois un público realmente hostil —Dice Satán mientras apoya su codo en las llaves de la luz. Luego separa a Montse medio metro de sí, como si quisiera ofrecerla de trofeo ante los agentes—. Vale. Ahora vamos a jugar a “vaca va”. No pestañeéis que empiezo. ¿Estáis listos?

Conscientes de que algo indeseado va a suceder, todos los agentes martillean el percutor de su arma reglamentaria mientras miran con ojos como platos a su interlocutor. Él, sonríe por última vez y luego dice:

—Uno... Dos... ¡Y tres!

Las luces se apagan. Montse es empujada hacia los agentes a la vez que el sonido de varias ráfagas de disparos se apodera de la noche. De pronto, en la comisaría de Entrevías se ha desatado un infierno muy particular y no tiene aspecto de remitir en los próximos segundos. Un equipo de desentrenados policías nacionales se apostan en los recovecos que encuentra entre las paredes, puertas hacia otras estancias y el propio mobiliario, mientras disparan a un solo hombre con todo lo que tienen. Sin embargo, en pocos segundos ya cuentan con más de una baja en sus filas. El sargento, preso de la locura, intenta escupir órdenes sin saber muy bien qué está diciendo entre el caos de gritos y disparos.

—¡Vamos, joder! ¡Disparad! ¡Fuego! ¡Abatid a ese tío!

—¡Dos compañeros heridos! ¡Repito! ¡Hay dos heridos!

Montse, aún permanece arrodillada en la línea de fuego con la cabeza entre las manos. Sin ser capaz de hacer ningún movimiento, ha tenido suerte durante los primeros diez segundos. La misma que se le escapa ahora al recibir un disparo de sus propios compañeros, de manera que su vida se acaba antes de que pueda darse cuenta siquiera.

—¡No! ¡Noooo!

Se alza, entonces, la voz de Lucifer.

—¡Pero mira que sois burros! ¡Le habéis dado a la gorda!

—¡Maldita sea! ¡Montse...! ¡Avanzad!

Viéndose sin parapeto, Lucifer retrocede hacia el sótano perdiéndose de espaldas por la puerta de acceso sin dejar de disparar. En su cabeza está clara la cuenta de cargadores empleados en la refriega. Le queda uno y la mitad de otro.

—¡No ceséis el fuego! ¡Baja las escaleras!

—¡Cortadle el paso por el otro acceso!

—¡Sargento, Hernández se muere!

—¡Atendedle, por amor de Dios! ¡Y matad a ese hijo de puta!

—¡Vamos, vamos! ¡Está entre las sombras! ¡Disparad a las sombras!”.

La única voz en calma, se burla divertida de la situación.

—Menudo vocabulario... Esto está lleno de pecadores.

Un nuevo disparo alcanza en el abdomen al policía que ya se lanzaba escaleras abajo tras Lucifer.

—¡Aaargh! ¡Agente herido!... ¡El puto cabrón me ha dado!

—Que por mí no os cortéis en las blasfemias. ¿Eh? Lo digo por vosotros, que queréis ser respetables miembros de la sociedad.

La oscuridad es casi total, y sólo los fogonazos de los disparos hacen que se atisbe levemente la demoniaca figura que destroza todo lo que encuentra a su paso.

—¡Cubridme! ¡No dejéis que entre ahí dentro!

—¡No es humano! ¡Nadie puede ser tan rápido!

—Caliente, caliente. Hablando de lo cual... De lo “caliente”, vamos...

Lucifer consigue acceder al almacén de armamento, de donde emerge tras un instante con una granada en la mano. A escasos metros de la amenaza, los policías a duras penas consiguen entender lo que está a punto de pasar.

—¡No! ¡Está loco!

Se oye un leve “clic”.

—¡¡¡ A CUB...!!!

La explosión desatada a continuación es audible a más de cinco kilómetros de distancia. Desde el exterior del edificio, se puede apreciar perfectamente el temblor de todas las paredes aunque la estructura —construida para perdurar— consigue mantenerse en pie aun debilitada. Una bandada de gorriones abandona la copa de un árbol cercano y no pararán hasta sentirse bien seguros, a una considerable distancia.

Paulatinamente, el silencio...

Transcurren los primeros instantes de relativa calma cuando, desafiando a la lógica, los restos de la puerta trasera chirrían sobre sus goznes y se abaten lentamente. Desde dentro, emerge una figura que podría pasar por cualquiera excepto por ser el autor de semejante incidente.

Lucifer dentro de su destartalada identidad, arrastra trabajosamente un improvisado saco hecho con los restos de una cortina. La cabeza le humea literalmente y sangra por varios sitios del cuerpo a través de su ajironada ropa, pero no parece gravemente herido. Su pesada carga contiene armamento suficiente como para

invadir una ciudad pequeña. Y a fe que ése parece ser el objetivo.

—Coff, coff... Maldito cuerpo de mierda.

Desciende lentamente los dos pequeños escalones que se encuentran en la puerta y gira a la izquierda, por donde comienza a perderse entre las sombras ante los ojos de los vecinos más valientes, que no están escondidos debajo de la cama y asoman la cabeza tímidamente desde los alféizares de las ventanas para escudriñar qué ha podido ocurrir. Horas más tarde, ninguno de ellos será capaz de dar una descripción de los hechos muy precisa.

—Muy espectacular, pero la próxima vez debería pensar antes de joder la moto —Piensa El Caído antes de perderse en la noche como un mal recuerdo—. Dos mil putos kilos de artillería para arrastrarlos con este cuerpo...

Y cuando ya nadie es capaz de distinguir ni siquiera un movimiento. Una sentencia surge cual epitafio desde detrás de la esquina. Como un susurro...

—¡Que además tiene el pito pequeño!

Capítulo 11: Purgatorio.

Transcurren eternos minutos antes de que la primera dotación de antidisturbios, Guardia Civil y demás fuerzas de seguridad del estado, tomen literalmente la calle y acordonen el perímetro. Luego un trabajo hercúleo para contener a la prensa, posicionarse adecuadamente y analizar el lugar, terminan arrojando una serie de sorprendentes conclusiones que un decano policía está a punto de conocer.

Mario Suárez Martín es un cansado sabueso que ha vivido mejores épocas en su vida. Alistado en el cuerpo hace más de treinta y cinco años, su vigor inicial ha ido mermando a golpes de leyes mal hechas, reglas no escritas y fronteras que nadie con dos dedos de frente se atrevería a traspasar. Ahora, no muy lejos de su jubilación y con un destacado puesto de Comisario, su preocupación más acuciante consistía en dejar pasar los años suficientes para poder acudir a los partidos de su equipo favorito y hacer la compra en el supermercado sin necesidad de llamadas como la que acaba de recibir.

Su pelo cano podría hablar de mil batallas de las que muy poca gente tiene conocimiento y que, por otra parte, tampoco interesarían demasiado. Es jugador más que ocasional de Mus, abuelo de tres nietos y consumidor compulsivo de un café tan negro como el propio asfalto. Su aspecto, recién despertado, con barba de tres días y vistiendo una ridícula camiseta interior del revés debajo de un jersey, resulta fiel reflejo de la premura con la que ha tenido que abandonar su domicilio. Porque el mayor pasatiempo de Mario hasta esta noche, era ver pasar el tiempo en “su” comisaría.

Hoy todo ha cambiado...

Las pupilas se agudizan en sus ojos entrecerrados cuando pasa por debajo de la cinta policial sin ser capaz de apartar la mirada de su objetivo. Varios policías despejan el camino a su paso, conscientes de que no es el mejor momento para decir una sola palabra. Trece pasos más y llega hasta la puerta donde, tras asomarse, esta vez no puede contener una mueca de sorpresa y horror. Entonces, un oficial se sitúa a su altura, esperando recibir instrucciones. Mario habla.

—¿A qué hora ha sucedido esto aproximadamente?

—Cero horas y veintisiete minutos, señor. Un testigo nos informa que se levanta de la cama alarmado por fuertes ruidos en la calle. Primero piensa que se trata de una reyerta sin más, pero al producirse la deflagración se percata de que todo el estruendo es mucho más que eso.

—¿Y se oye una explosión y nadie se inmuta o sale de su casa?? —inquire Mario, sin girar la cabeza.

—Bueno... Ya sabe de la prohibición de observar el exterior de las viviendas, llegadas ciertas horas.

—Tanto cura y tanta norma van a volvernos más gilipollas de lo que ya somos —sentencia Mario.

—No use ese tono, comisario. Creo que vienen hacia aquí los “grandes”.

—Sí. Tenemos mierda suficiente para todo el mundo. Hacía tiempo que no se veía algo así... Años —apostilla—. Respecto a tu recomendación...

—¿Señor?

—No me toques los cojones si no quieres ir a patrullar a pie la Casa de Campo... Y ahora mira a ver si me consigues un café que no me haga vomitar sólo con verlo.

No son necesarias más palabras. El abochornado oficial agacha la cabeza y se dispone a cumplir estrictamen-

te con sus órdenes.

No hay tiempo para más. Un espectacular Mercedes Concept clase S metalizado con lunas tintadas, acaba de detenerse frente a la escena del crimen. Mario cierra los ojos un segundo y esconde el labio inferior bajo sus incisivos, consciente de lo que está a punto de suceder.

Del espectacular vehículo, sale una pálida figura de aspecto enfermizo. De todos los personajes que un policía puede encontrarse en esta decadente ciudad, sin duda el peor de todos es “Chupa-chups”; también conocido como “Ricardo Fanjul Hernández”. Su presencia es desagradable desde un punto de vista psicológico. No se puede decir que vista mal —un impecable traje negro siempre ha sido su seña de identidad— hieda o tenga algún tic morboso. Simplemente, con él al lado parece como si el hecho de respirar fuese más complicado. Su cabeza, permanentemente rapada, deja al descubierto un cráneo ovalado que se sustenta por dos hebras de hilo a modo de músculos del cuello. Nadie podría asegurar exactamente cuánto tiempo lleva como director operativo del cuerpo de policía, pero hay apuestas que hablan de doscientos años. Probablemente exageren... O no.

Siendo una parte indisoluble del mismo, al mismo tiempo nadie podría decir exactamente qué vida llevaba fuera de su labor. No es que importase pero no dejaba de ser un detalle más que definía una personalidad complicada. A modo de conclusión, se podría decir que su sola presencia ya solía ser sinónimo de problemas.

Los había.

Mario observa la escena maldiciéndose por dentro, tratando de ocultar una mueca de desagrado mientras reflexiona para sus adentros lo difícil que resulta llamar a este personaje “Sr. Fanjul”, cuando es evidente que parece un “Chupa-chups”.

—Suárez, ¿qué ha pasado aquí? —inquire entonces el director, a modo de saludo.

—Sí, eh... Parece que ha habido un altercado en comisaría y....

—Un altercado.

—Un... Asalto, señor, con varias bajas entre nuestros agentes.

—Un asalto con apropiación indebida de enormes cantidades de armamento reglamentario, comisario. Por un altercado, yo no dejo la cama a media noche.

—Sí, señor.

—¿Cuántos han llevado a cabo la acción armada?

La oportunidad en la vida lo es todo. La falta de la misma, mortal. El atolondrado oficial, café en mano, regresa a la escena a tiempo de escuchar la pregunta de Fanjul, y decide intervenir facilitando toda la información que conoce.

—Con su permiso, señor, el testigo ocular con el que contamos declara que vio salir a una sola persona después de la explosión. Hombre blanco, pelo oscuro, vaqueros y camiseta oscura. Aparentemente de complejión y estatura normal, no puede concretar más por la lejanía del contacto visual.

Mario, en su interior, se propina una sonora palmada en la frente, aunque por fuera permanece impertérrito.

—¿Una sola persona? ¡¿Esto lo ha hecho una sola persona?!

—Sí, señor. Así es.

—Gracias, oficial, puede retirarse —Sentencia Mario antes de que una palabra más pueda destrozar a todos los presentes. Horas más tarde, el oficial comenzará su primera ronda de muchas en la Casa de campo.

El terrorífico “Chupa-chups” clava su mirada en Mario. Casi se podría decir que no hay vida alguna en ella.

—Una comisaría entera de policía abatida a manos de una sola persona...

—Sí, señor... Estamos evaluando...

—¡Eso es, Mario! ¡Vaya y evalúe cómo un individuo puede convertir un centro de ley en el matadero local de la ciudad! ¡Evalúe cómo piensa decírselo a las familias de los fallecidos y qué va a narrar su informe, que mañana leeré a las ocho de la mañana!

—Sí, señor —Se despide el comisario dudando si acatar con temor las instrucciones, lo que suena más conveniente, o aumentar por su cuenta el número de víctimas. El recuerdo de su mujer le inclina por la solución más inteligente.

Fanjul se aleja entonces unos metros, se cerciora de estar absolutamente a solas y saca su teléfono móvil para realizar la llamada que menos desea hacer. Tras cuatro tonos, al otro lado la inconfundible voz del Padre Olmedo.

—Ricardo, ¿qué pasa ahí? Tengo información demasiado confusa para creerla antes de que confirmes nada.

—Es todo cierto, Padre, el calado de los acontecimientos es tal y como se dice.

—Quiero a los responsables de esto ante mí. Vivos. Córtales las manos a todo el que se niegue a informar, y dale máxima prioridad a la solución. Esto debe estar cerrado y resuelto en cuarenta y ocho horas. ¿Está claro?

—Perfectamente, Padre.

La ausencia de sonido al otro lado de la línea deja patente que ésa ha sido la despedida. Hacía mucho que Fanjul no notaba el nudo de su oscura corbata clavado en la nuez, pero ahora siente la profunda necesidad de aflojarla un dedo. Regresa sobre sus pasos y observa al comisario salir de dentro de la escena. Éste se cubre parte de la cara con el brazo, de manera que no se sabría decir qué emoción intenta ocultar, aunque es fácil suponerlo.

—Mario, necesitamos...

—Director, El que fuera que hizo esto, rompió la puerta subido en una moto, se arrojó de ella y acabó con todo el mundo que se puso por delante —interrumpe el comisario.

No sin cierta sorpresa, “Chupa-chups” continúa escuchando.

—La propia moto pertenece a un vigilante jurado, encargado de vigilar varios establecimientos. Acaban de encontrarle con varios huesos rotos y una profunda herida por objeto punzante. Por lo que hemos podido entender, fue atacado también por un solo hombre.

Su tez se torna cada vez más sombría, a la vez que las palabras siguen brotando de los labios de Mario.

—El agredido mide más de un metro noventa, pesará unos noventa y cinco kilos y ni siquiera tuvo tiempo de girarse. Está vivo únicamente porque su atacante decidió que hoy no era su hora. Si quiere saber mi opinión...

—No, no la quiero —zanja Fanjul.

Y entonces se gira y emprende la marcha, dejando al comisario preguntándose qué clase de animal es más primitivo, si el que comete un asesinato o el que se queda contemplando sus consecuencias como si viera una tormenta con la única motivación de que la lluvia no llegue a alcanzarle.

Capítulo 12: En el nombre del Padre.

Diez horas antes del Apocalipsis...

Los goznes de una vieja puerta chirrían como volviéndose a quejar una vez más. Van como dos millones de veces en las que repiten su trabajo desde la última ocasión en que fueron lubricados. Se encuentran tan dejados de lado como su dueño. Al menos del que fue su dueño, pues hoy Salvador está lejos de ser el “Salvador” de hace tan sólo unas horas. La puerta, que pareciese hecha de cartón-piedra, se abre suficientemente para que la luz de la escalera ilumine el recibidor. Detrás de ella, resoplidos que dan fe de la dificultad de andar varios kilómetros y subir cuatro pisos por las escaleras. Sobre todo si se hace arrastrando un peso muerto de armas que supera ampliamente la centena de kilogramos. Lucifer da una última patada a tres bolsas de deporte de dudosa procedencia y camina los pasos justos para cerrar la puerta tras de sí. Luego, aún jadeante, trata de recuperar el resuello con la mano en el estómago y el cuerpo encorvado.

—Necesito una audiencia —acierta a susurrar.

El apartamento, perennemente en penumbra, vive envuelto en un interminable zumbido proveniente de la nevera. Maltratado durante los últimos años por un propietario al que le importaba menos que nada, es el triste sustituto de un chalet de dos plantas que ya no tenía sentido mantener, puesto que el hogar que conformaba se quebró abruptamente en el fatídico día señalado. Apenas 45 metros cuadrados divididos en un pequeño salón-cocina, baño y habitación principal. Muebles pre-montados a medio ensamblar, platos y cubiertos en el fregadero, ropa sucia por el suelo... No. No se trata precisamente de una vivienda acogedora.

Sin embargo, Lucifer no le hace ascos en estos momentos. Entregado a sus propios asuntos, tarda una eternidad en recorrer los metros que le separan de la alcoba. Una vez en ella, las propias paredes y una raída y decolorada butaca marrón, sirven como apoyo en su propósito de llegar hasta la cama. En estos momentos, se diría que es un auténtico oasis en mitad del desierto. Satán se deja caer sobre el colchón sin inmutarse por el sonido de los muelles y el golpe del cabecero contra la pared, cierra los ojos y entra en un sueño tan reparador como sobrenatural.

En La Ciudadela, conscientes de los últimos acontecimientos, un nuevo cónclave de Apóstoles —los más cercanos a Dios—, discuten la situación con El Todopoderoso mientras esperan la llegada del Caído. Santiago, Pedro y Juan tratan de entender, que no cuestionar, el camino emprendido por su señor.

Tiene la palabra Pedro:

—Señor. ¿Tú estás satisfecho con cómo se están desarrollando los acontecimientos?

—No es la palabra que usaría, hijo mío, pero sigo teniendo fe en que el resultado final merezca la pena.

—Es que cuesta tanto depender de alguien tan siniestro —interviene ahora Santiago.

—Lo sé. Como sé que si de ti dependiera, él no estaría donde está ahora —replica El Padre.

Lejos de sentirse comprendido, Santiago frunce el ceño y se encomienda una vez más a su escasa paciencia. Sabe perfectamente que es lo único a lo que puede agarrarse ahora. Sin tiempo para más, la puerta se abre ante la sorpresa de los contertulios, y de ella emerge la figura de Lucifer, quien entra con aire absolutamente decidido oscureciendo un tanto la escena.

—Hola, tíos, espero que no os importe que haya entrado por la puerta principal. Ahí fuera se han quedado un par de “mindundis” algo “cardiacos”.

—¡Santo...! Yo me ocupo... —Dice Juan levantándose de su asiento y saliendo de la escena con toda la premura de que la que es capaz.

Lucifer sigue con su andar impasible, se cruza con el propio Juan, se dirige hacia los Apóstoles y, cuando todos dan por hecho que va a tomar asiento, contrae el puño y suelta un terrible derechazo a Santiago, quien despega literalmente los pies del suelo antes de caer totalmente panza arriba en el suelo.

Aun habiendo recibido el impacto, el propio Santiago es el primero en reaccionar. Fuera de sí trata de incorporarse, mientras Pedro se abalanza literalmente sobre él para que no lleve a cabo sus intenciones.

—¡Quieto, hermano, quieto! —Es lo único que alcanza a repetir Pedro entre la tensión del momento.

—¡Le mato! ¡Suéltame, Pedro, que te juro que esta abominación acaba ahora mismo su vida!

Sin mayor solución de continuidad y ante la gravedad de la escena, Dios se interpone entre los contendientes y levanta el puño con incierta pero amenazadora intención. Sin un atisbo de duda en su rostro, actúa transmitiendo la sensación de que el poder de un millón de estrellas estuviese a punto de desatarse.

—¡PARAD AHORA MISMO!

Todos lo hacen. De pronto la escena se sume en el más absoluto de los silencios nacidos desde el más respetuoso de los temores. Sin embargo, el único que mira al Padre con gesto desafiante y media sonrisa, es el propio Satanás.

—¡Dame un sólo motivo para no enviarte a la urna, Lucifer! ¡Uno sólo! —dice El Todopoderoso.

—Te daré varios —responde Lucifer con inusitada calma—: Un cuerpo herido que necesita curación, una identidad sin medios suficientes para poder alcanzar tu maravilloso propósito, un organismo que se cansa... ¡Creo que has olvidado con quién tratas!

—Veo que con el monstruo de siempre, que ni siquiera es capaz de respetar las vidas de una comisaría repleta de inocentes, si estos se interponen en su camino— replica ahora Dios.

—¡Y también el único que conoce un par de trucos para romperle la cara a tu estúpido apóstol, aun en este estado “fantasma”!

Sabedor de quién tiene la sartén por el mango en esta conversación, el Altísimo reprime el gesto y trata de reconducir la situación hacia la calma.

—Es de bienaventurados reconocer los errores. Obtuso de mí, además del lógico camuflaje, pensé que la humildad podría otorgarte algo de redención.

—Pues puedes guardarte tus lecciones de campamento para los anormales que te las pidan —replica Lucifer.

Santiago y Pedro ya están en pie. Juan, que ha regresado a tiempo de contemplar el final de la escena, asiste la misma desde la puerta, sin saber muy bien qué decir.

—Pero acepto tus disculpas. Siempre son agradables cuando provienen de un dios —Sentencia Satán sin poder reprimir una leve mirada de reojo a un Santiago que daría su vida por poder medirse con él.

Aliviado pero con gesto firme, El Todopoderoso insta a que todos tomen asiento. Nadie ha olvidado la posición que ocupa en este juego. Se necesitan. Necesitan la colaboración de los demás. Siendo así, parece

que ésta durará algún tiempo más, por el momento... Nuevamente rebelde, Lucifer declina la invitación del Padre. Permaneciendo de pie, cruza los brazos en posición dominante y se dispone a exponer las nuevas que trae.

—Vale, el tema está así: Ahí abajo todo el mundo está tarado con la puta Iglesia. Se ve que mis “cabrones” han hecho un buen trabajo. Su autoridad es total, y va a ser difícil encontrar una fractura en ese sistema.

—La hay, aunque no lo creas. El problema es alimentar la esperanza del que vive preso del miedo —interviene Pedro.

—Vale. Yo no voy a perder un minuto de mi tiempo en ello. Sólo necesito saber dónde está el capullo de tu hijo— Mira al Padre—. O le traigo rápido, con el menor enfrentamiento ante toda esa chusma, o estamos bien jodidos.

—Pero ya sabes que han conseguido que su paradero esté totalmente oculto a nuestros ojos. Se necesita que alguien nos dé esa información —vuelve a apuntar Pedro.

—Eso corre de mi cuenta, pero si consigo recuperar al mamón. ¿Luego...?

—Le traerás ante nosotros de la única manera posible —Dice Dios ocultando una infinita tristeza en sus ojos.

—No... Eh... ¿Quieres decir...? ¿”Cargándomelo”? —La cara de Lucifer se ilumina por un momento.

—¡De la manera más rápida e indolora que exista! —brama Santiago—. Y hazlo lejos de cualquiera de ellos, pues no sabemos si pueden ser capaces de usar su cuerpo contra nosotros, incluso después de muerto —apostilla—. Finalmente, antes de que lo preguntes: Al finalizar tu tarea, debes deshacerte de su cuerpo mediante cremación, discretamente.

Aún asimilando la noticia, Lucifer da un par de pasos. Todos saben que con las cartas ya presentadas sobre la mesa, esta audiencia está a punto de alcanzar su final, que en esta situación siempre es un alivio para todos... Excepto para uno.

—No me lo quería creer. ¡Esto mejora a cada momento! —dice por fin Lucifer.

Continúa caminando lentamente, la niebla que anuncia su despido empieza a invadir lentamente la estancia. Todos los presentes quisieran replicar las palabras del Caído, pero son conscientes de que ninguno tiene fuerzas, ni casi argumentos, para ello.

—Caballeros, disfruto tanto de su compañía que casi me arrepiento de haber abandonado el cielo. De saber que esto era tan divertido, me hubiese replanteado quedarme —apunta burlonamente Satán—. Y ahora si me lo permiten, tengo que ir a sumir a la humanidad en un perfecto caos.

Nuevamente esa sensación de desasosiego, de estar en el filo de la navaja. Sentimientos muy negativos en los corazones de los que se quedan. Todo invita a una profunda reflexión personal, cuando la voz de Lucifer vuelve a romper el momento.

—Ah, “Santi” —añade—, buena mandíbula. Estoy impresionado. Esperaba que hablastes como un discapacitado tras el golpe, pero al final sólo lo haces por tu tara natural”.

Ante la provocación, Santiago se lanza, ahora sí sin poder ser sujetado, hacia la voz, pero sólo consigue agarrar humo que se escapa entre sus dedos. En el camino a la Tierra, Lucifer soltará una sincera carcajada al oír detrás de él un: <<Malnacido>>, que se perderá como un lejano eco en la distancia.

Capítulo 13: Pereza.

Dos horas y treinta minutos antes del Apocalipsis...

Físicamente recuperado, un divertido “Salvador” abre los ojos tras un sueño que podría calificarse como fructífero. Por primera vez, siente de nuevo una sensación casi olvidada: La libertad. Y es que, aunque no lo reconocería ni a costa de perder la vida, se podría decir que está disfrutando de su nuevo cometido. De hecho, le parece tan retorcido que hasta le encanta.

De tan buen humor se encuentra el Ángel Caído, que canturrea por lo bajo mientras se alimenta de lo poco que aún presenta la destartada nevera. Una melodía inventada que habla sin complejos de “patear culos” no deja de surgir de su boca. Parece que es tiempo de ponerse a trabajar. Con sumo cuidado, como el estudiante aplicado que se dirige a clase, prepara una mochila donde incluye un subfusil, dos pistolas de 9mm, varios cargadores, granadas y otros dos cuchillos de supervivencia. Además, en una de las bolsas de deporte, incluye un M4, un AK-47, dos escopetas recortadas y munición como para abastecer a un pequeño ejército.

Con los preparativos hechos y el recuerdo del escorzo de Santiago en el aire antes de caer al frío suelo, un pletórico Lucifer abandona su piso y comienza a bajar la escalera para inaugurar el día. Aunque, paradójicamente, éste ya se encuentra próximo a su ocaso.

<<Pa-te-ar. Pa-te-ar>>, sigue repitiendo cuando, de pronto, un murmullo de voces provenientes de la planta baja detiene sus pensamientos. Desciende el último tramo de escaleras y extrañado, descubre a siete personas reunidas en el portal de su edificio.

El más cercano a la escalera, se gira y dice:

—¡Hombre! Bien hallado nuestro presidente y administrador de la comunidad. Pensábamos que se había olvidado de la reunión, Salvador.

—... —Es todo lo que acierta a responder un sorprendido Satán. Al fondo, dos señoras de mediana edad cuchichean entre ellas. Una de ellas comenta a la otra:

—¿Lo ves? Lleva encerrado en casa todo el día, por eso no ha ido a misa de tarde.

—A saber qué ha estado haciendo durante todo este tiempo. No he oído la ducha ni la televisión desde casa —sentencia la segunda.

Ante toda expectativa de reacción... Lucifer se rasca una ceja sin apartar la vista de la reunión.

—Bueno, pues ya que estamos todos no perdamos más tiempo... Decíamos que las obras de la fachada no nos dejan dormir a ninguno, ya que empiezan demasiado temprano —continúa el vecino.

—Sobre las 7 de la mañana. Lo sabemos perfectamente todos —apostilla otro.

Mientras tanto, una de las señoras insiste en voz baja:

—Yo le oí llegar ayer de madrugada. Este se ha pasado toda la noche borracho y con cualquier “golf” de la calle.

—No me extrañaría nada. Está perdido desde lo de su familia. Mírale qué pintas tiene —replica la segunda.

En éstas, el vecino más cercano a la escalera, concluye:

—[...] Una situación totalmente insostenible, por lo cual creo que deberías aportar una solución como presidente, Salvador —Y esto provoca que todos al unísono, dirijan su mirada al referido.

—¿Quizá una queja al Santísimo Defensor del ciudadano?

—Santís... —balbucea éste.

—¿Propones directamente un escrito al ayuntamiento? ¿Una carta formal?

—For... ¿Mal?

Segundos de desconcierto. Un nuevo cuchicheo entre las vecinas:

—Dios mío, mírale. Está ido. Como en otro mundo.

—Drogado, hija mía. Este hombre se droga. Que te lo digo yo.

Volviendo en sí, “Salvador” adopta una pose interesante. Carraspea y entonces dice a modo de introducción:

—Bien... Si el problema es el ruido que hacen a las 7 de la mañana, habrá que hacer más ruido que ellos para que les rompa los cojones —dice—. Aporread los cristales, tirad cosas por la ventana o poneros a follar como bestias. Veréis como dejan de trabajar al momento.

Con su última palabra, Lucifer comienza a caminar entre los vecinos en dirección hacia el portal. A medida que lo hace, comienza a escuchar tras de él:

—¿Que hagamos qué?

—¿Qué ha dicho?

—Eh...

—¿Cristales?

—Pe... La fachada...

—¡Puri, dime que he oído mal!

—¡Señorseñorseñorseñor!

En ese momento y ya con la puerta abierta, se gira y sentencia:

—¡Follar contra las ventanas! ¡He dicho follar, hostias! ¡Joder, fornicar! ¡Lo que parece que no habéis hecho en vuestra puta vida!

Y justo antes de desaparecer hacia la calle, un último apunte mirando hacia las vecinas.

—¡Y aquellas dos bolleras, que se froten entre ellas!

Llegados a este punto, tras la imborrable intervención, pasará mucho tiempo antes de que vuelva a convocarse una nueva reunión de vecinos.

Una vez dejado atrás un rosario de admiraciones e interrogaciones, Lucifer continúa animadamente su camino. Dobla varias veces las esquinas y se pierde por una calle principal.

—Santísimo “Defenpollas”... Carta formal... Pff.

Siete minutos más tarde, un callejón prácticamente nacido para quien quisiera ocultarse le ofrece lo que estaba buscando: Una alcantarilla que desciende hasta la red madrileña de saneamiento, desde donde poder recorrer grandes distancias a través de túneles y redes de transporte público pasando desapercibido. Un privilegio más que le ofrece el conocimiento de un antiguo bombero. Dedicar una mirada hacia ambos lados y “Salvador” levanta sin esfuerzo la tapa, de más de ochenta kilogramos.

—¡Puagh! El sentido del olfato, claro —Acierta a decir antes de perderse en su interior con otra sarta de irreproducibles blasfemias.

Lo poco que conserva la ciudad de antes de la gran guerra es el bullicio que acumula en sus, por otro lado, grises días. Quien esté planeando hacer algo que sea mínimamente contrario a la ley, necesita tener claro el objetivo al que se dirige, que éste no llame la atención en exceso y todo pueda ejecutarse al milímetro. Si hiciésemos una lista de lugares que cumplieren esos requisitos, un claro candidato estaría localizado en Leganés. Concretamente en la parroquia de San Isidro Labrador.

Objetivo fijado, pues. Mientras tanto, A una distancia inimaginable, casi se podría decir que el Edén contiene al unísono la respiración.

Capítulo 14: Lujuria.

Una hora y cuarenta y cinco minutos antes del Apocalipsis...

Una ojeada a vista de pájaro en cierto punto de Leganés, nos desvelaría una alcantarilla cuya tapa ha sido desplazada varios metros de su sitio. Sin embargo, no es el factor que más destacaría en el paisaje, porque contemplar una figura humana escalando la fachada de una parroquia, posiblemente debería suscitar aún más interés. Quien lo está haciendo usa sus increíbles habilidades para hacerlo de manera absolutamente invisible ante posibles curiosos y con una buena cantidad de peso a sus espaldas. El hecho de que el sol empiece a caer en el horizonte, se convierte también en una inestimable ayuda para ello.

Una vez en el techo, de firme plano, Lucifer se guía a través de sus sentidos para calcular la ubicación de la sacristía. Con todo el sigilo posible, busca una rendija y se felicita por encontrar un hueco en la fachada desde donde poder observar lo que está ocurriendo dentro de ella, consciente de que el sacerdote no está impartiendo ceremonia alguna a esas horas. Lo que alcanza a ver no puede más que provocarle una mueca de sorpresa seguida de una sonrisa. Incluso, no puede reprimir que una leve exclamación de sorpresa se escape de entre sus labios.

Dentro, el sacerdote está entregado a una ardua faena, que se sitúa lejos de cualquier acto espiritual. De hecho, se encuentra encima de una mujer, también de ámbito eclesiástico por sus ropajes de novicia... Concretamente los que ahora se encuentran en el suelo. Ambos se pierden en salvajes movimientos rítmicos, incapaces de ocultar sus jadeos. No parece precisamente la manera más romántica de hacer el amor. Ella le estira el pelo hacia atrás, obligando a que el prelado alce la cabeza. Todo mientras es insultado y conminado a hacer aún mejor su labor.

—A esto le llamo yo integración con las costumbres humanas, macho —Acierta a decirse “Salvador” teniendo que contener nuevamente una risotada.

Ahora escala de vuelta la fachada, en dirección a la puerta principal.

—Casi les voy a dejar que acaben. Sería una putada que no les aprovechara el último de su vida —piensa.

De un felino salto, se sitúa en frente del portón. Recoloca su mochila, rebusca y saca algo de dentro de ella.

—O mejor no —Dice ahora de manera bien audible.

Camina dos pasos, atraviesa la puerta y distingue unas quince personas en distintos estados de oración. Dispersados en varios bancos, unos se encuentran arrodillados, otros con la cabeza entre las manos y alguno incluso intercambiando confidencias en voz baja con su vecino de ubicación.

—¡Hola! —Saluda Lucifer asegurándose de que su mensaje llega a todos los presentes.

—Tenéis diez segundos para salir corriendo antes de que lance esta granada y voléis por los aires. Si dejáis de “patear”, habláis con alguien o miráis hacia atrás en los próximos veinte minutos, me encontraréis cualquier noche frente a vuestra cama y os arrancaré los pulmones... ¿Alguna pregunta?

Apenas ha concluido la frase, un exaltado de personas pasa a su lado en desbandada con la rapidez que exige saber que sus vidas están en peligro. Corriendo, apoyando un bastón... Cada uno como puede, se afana en escapar. Cinco segundos después de que la horda haya salido, un bólido en forma de ser humano sobre una silla de ruedas cierra la extraña procesión, pasando como un auténtico avión caza al lado de Satán, que se mantiene absolutamente impávido.

Tras cerrar las puertas ahora, con lento caminar y canturreando el estribillo que repite desde que despertara: <<pa-te-ar, pa-te-ar>>, se dirige al confesionario, donde encuentra un timbre desde el que reclamar los servicios del guardián de la Iglesia. Lo pulsa y espera. En la sacristía, ante el primer aviso del mismo, el esforzado sacerdote hace oídos sordos, dada la insistencia de su compañera. Ante el segundo, acierta a blasfemar entre jadeos deseando que el llamante se electrocute por un mal contacto eléctrico. Cuando llega el tercero, la concentración empleada en su labor ha desaparecido completamente.

—¿Qué hacesss, “pedazo de mierda”? ¡No paresss ahora! —exclama fuera de sí la mujer.

—¡Cállate, hostia! ¡Sólo necesitamos que alguien asome aquí la cabeza y se forme un escándalo en la puta parroquia!— Responde él recolocándose la ropa interior y recomponiéndose la sotana —. ¡Aunque más vale que sea el mismo Papa o van a oírse las hostias hasta en Carabanchel!

Con semejante amenaza como epitafio, el prelado abandona la estancia e ingresa en la zona pública de la parroquia. Tal es su frustración, casi imposible de atemperar, que ni siquiera se fija en que no hay ni un solo feligrés ocupando los bancos, lo que no ha ocurrido jamás durante las horas en que la estancia permanece abierta a los fieles. Abre el confesionario y acierta a atisbar una persona al otro lado. Su primer impulso es sacarle a rastras del mismo y hacerle puré a golpes. Pero conoce bien sus obligaciones, por lo que toma asiento al otro lado de la celosía y se dispone a escuchar sin prestar atención alguna.

—¿Qué ocurre, hijo mío? —dice a modo de apurado saludo.

—Padre, he pecado —se oye como respuesta—. Me acuso de odiar tanto a mis hijos que deseo su muerte.

—¿¿Cómo dices?? —La furia inicial deja paso a la sorpresa, ante tal anacrónica afirmación en los tiempos actuales.

—Sí, padre. Soy un ser atormentado. Una simple falta por su parte me ha despertado el más asesino de los instintos.

—Pero, hijo mío. ¡Eso que dices es muy grave! Dime al menos en qué consiste esa “falta”, como tú la llamas.

—Pues... Una simple chiquillada que retrasó mi actividad laboral un tiempo.

En una sociedad que se distingue por el control exhaustivo, detectar un delito, un pensamiento o un acto fuera de la normalidad es suficiente como para tener al origen del mismo bajo control. El modelo a seguir no es importante, sí lo es mantener el orden impuesto.

—Pero... Eso no es excusa para pecar de ese modo. Tus pensamientos son tan horribles que tendré que dar parte de los mismos para someterte a una purga de fe. ¿Eres consciente?

—Oh, suena terrible.

—Aceptar la voluntad de Dios es un regalo, no un castigo, hijo. Ahora contesta a las siguientes preguntas, y recuerda que toda la conversación quedará registrada para su posterior estudio.

—De acuerdo, padre.

—Bien. Dime tu nombre completo.

Del otro lado de la reja, de pronto brota una voz totalmente distinta, helada como un témpano y firme como el cemento.

—Oh, llámame sencillamente: “Papá”.

Ante la respuesta, extrañado y sin entender muy bien la actitud de su confesado, el prelado alza la vista para dirigirla hacia él. Es lo último que llega a atisbar antes de que la celosía sea literalmente atravesada por una cabeza en la que brillan dos ojos inyectados en sangre, seguida de dos brazos con enormes cuchillos en cada una de sus manos. Antes de cualquier posible reacción por parte del sorprendido párroco, ambas hojas atraviesan sus antebrazos a la altura de la articulación, dejándole literalmente ensartado contra el tablón de madera de la parte trasera del propio confesionario.

Tras un grito absolutamente demoníaco, el sacerdote intenta hacer un inútil esfuerzo por liberarse. La sotana comienza a adquirir el tono encarnado de la sangre, y por encima del dolor, esa visión le enfurece hasta el infinito.

—¿Qué has hecho, subnormal?! ¡No tienes la más mínima idea de lo que puedes causar atacando a un siervo de Dios! —exclama.

—Qué curioso. Y yo que creo que sé perfectamente lo que estoy causando...

Tras un segundo de pausa, Lucifer asesta un sonoro beso en la frente de su interlocutor.

— Tu mala hostia.

La ira del sacerdote no puede ser mayor. Su cara ha dejado de parecer la de un humano: Los ojos carecen de pupilas, la nariz es más afilada, sus dientes son ya más propios de una bestia. Sólo desea matar.

—¡Puto bastardo! ¡Es lo último que has hecho en tu vida! ¡Libérame ahora mismo y, con suerte, tu muerte será algo más rápida!

A modo de respuesta, Lucifer apoya su codo en la pared lateral, cuidándose de guardar bien las distancias con la mandíbula de su agredido. Mientras tanto, pisa sus pies para impedir ser atacado por sorpresa de alguna manera. En esta posición, habla pausadamente.

—Haz el favor de dejar de agitarte que me estás manchando de sangre —dice—. Y, como creo que aún no sabes muy bien lo que ocurre aquí... Será mejor que lo veas —concluye clavando su mirada en los ojos del sacerdote.

Ira y desconcierto es lo que emana la expresión del ensartado, aunque inconscientemente obedece y se centra en la mirada de Lucifer. De pronto, es la sorpresa la que se convierte en su emoción principal, y las pupilas carmesí que tiene enfrente, le llevan a sentir el horror más absoluto.

—No... Puede ser... Tú deberías...

—Ser mierda al sol dentro de una urna en el cielo. Lo sé. La vida es impredecible. ¿Verdad?

—Pero te... —balbucea el aterrorizado sacerdote.

—Entregamos, “vendimos”, “jodimos”... Sí, pero... Sssscht. Silencio. El jaleo se ha oído y según mis cálculos deberían quedar... Tres, dos, uno... ¡Ahora!”.

Satán prácticamente vuela hacia su izquierda para recibir el ataque letal del demonio en forma de mujer que llega de la sacristía.

—¡Hola, cariño! —Dice desequilibrándole lo suficiente como para que se estrelle contra una columna y consiga eludir unas garras que se dirigían directas a su cuello—. Entiendo el mosqueo. ¡No te he dejado ni correr!

La mujer, ya vestida con sus hábitos de novicia, representa un tipo de siervo con un rango similar al de los frailes, y por tanto comparten funciones. El “trabajo sucio” que precisa toda organización a la altura de esta Iglesia, necesita de un nutrido grupo de soldados para su prosperidad, y está claro que lo hay. En cualquier caso, tampoco es que Satán tenga mucho tiempo de averiguar mucho más, pues recuperándose del golpe, esta letal enemiga ya está preparada para continuar el combate.

—¿Quién eres?

—Una pesadilla, tu ejecutor, la némesis, el presidente de la comunidad... ¡Lo que te suene más terrible!

—¡Mátale! ¡No le des una sola oportunidad o nos destruirá! —grita angustiado el sacerdote, aún clavado en el confesionario.

El segundo ataque es aún más letal que el primero. Lucifer logra esquivarlo a duras penas, y esta vez, tres afiladas uñas que parecen de acero, logran hacer brotar sangre de su brazo izquierdo y teñir levemente su camiseta rasgada. Definitivamente, el demonio ha puesto en él todo lo que tiene.

—¡Será posible! Dos milenios en un frasco y te vuelves una tortuga. ¡Mira lo que has hecho! —exclama Lucifer a la vez que extrae el subfusil UZI y comienza a disparar.

La ráfaga es atronadora. El demonio con forma de mujer consigue esconderse por milímetros tras unos bancos, que saltan en una lluvia infinita de astillas alrededor de ella. Cuando el primer cargador llega a su fin, la novicia consigue reponerse y alza uno de los propios bancos, de más de dos metros de ancho, lanzándolo contra su contendiente.

Lucifer lo parte literalmente con la cabeza, mientras grita:

—¡Y no sé coser!

Comienza una segunda ráfaga de disparos, y ésta sí consigue su objetivo, alcanzando con una de sus balas la pierna izquierda del demonio. Éste chilla de dolor pero consigue parapetarse tras el altar mayor y, tras un gran salto, alcanzar el techo de la parroquia, con el objetivo de aprovechar la ventaja de la altura para atacar.

Lucifer ha agotado el segundo cargador. Su agresora lo sabe, como es consciente de que se encuentra en el ahora o nunca. Gruñe reuniendo todas sus fuerzas y emplea la terrible potencia de sus demoniacos músculos para lanzarse literalmente de cabeza, buscando el mayor impacto posible al aterrizar sobre su rival hundiendo en él garras y dientes. Por su parte, a modo de respuesta, Lucifer exclama:

—¡Al final tocará mancharse del todo!

En una maniobra casi imperceptible para el ojo humano, extrae de su mochila una de las 9mm. Un segundo después, realiza un escorzo tal que consigue capturar a su atacante en el aire. Ambos caen al suelo y ruedan tres metros. Sin embargo, está claro quién lleva el control de lo que sucede. Sin conceder más tiempo de reacción, al detenerse, Lucifer introduce el cañón del arma en la boca del demonio. Tres disparos revientan su cabeza. En una escena realmente atroz, trozos de cráneo y masa encefálica vuelan por el suelo, desparrándose por un diámetro de varios metros a la redonda.

Durante los siguientes instantes, que parecen eternos, el silencio. Tras ellos, sin mediar palabra. El Caído arroja con asco el cuerpo, que aún continuaba sosteniendo. Se incorpora, recoge las armas y avanza con

decisión hacia el sacerdote, quien es incapaz de realizar el más mínimo ruido, como tratando de pasar desapercibido.

—A tomar por culo. Fin del recreo. Esta situación es tan típica que no me voy a molestar en contarte las condiciones. ¿Dónde le tenéis? —dice.

—¿A... Quién? —responde aterrado el religioso.

—Perfecto. Cada uno en su papel. Muy bien —concluye cuando ya ha llegado ante su interlocutor. Rebuscando en sus bolsillos, un amenazador Lucifer, con el hedor a muerte aún adherido a su cuerpo, acerca su rostro hacia el de su interrogado y le susurra:

—Qué ojos más bonitos. Déjame presentarte al “señor sacacorchos”...

Capítulo 15: Avaricia.

En los estudios de Prado del Rey, una consternada Laura se dispone a iniciar una vez más su programa radiofónico nocturno. Sin embargo, éste no es un día más. No al menos cuando se cumplen 48 horas de la muerte de uno de sus últimos contertulios. Aún faltan unos segundos para el inicio del mismo, y es un buen momento para soltar nervios mientras dialoga con su técnico de sonido, que se encuentra al otro lado del cristal, en la sala de control adyacente al estudio.

—Me parece increíble. Anteayer estaba aquí enfrente tan locuaz. Tan vivo...

—El mundo se ha vuelto loco. ¿Verdad?

—Pero ya no es sólo eso, Jaime. No es tan sólo el mundo. Hay algo en el ambiente. En nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy muy segura. El otro día hablaba con él mientras bajábamos en el ascensor y parecía como si quisiera transmitirme algo. No en sus palabras —se interrumpe buscando ordenar sus ideas—... Es muy confuso. Era muy confuso. Y era algo que daba miedo. No quise escuchar porque sólo imaginar que... Ponía la carne de gallina.

—No te entiendo muy bien, Laura, pero si crees que no te encuentras bien puedo...

—No. Gracias, “Jota”. No me entiendo ni yo y estoy bien. Hay un programa por hacer.

—Ok. Perdona la falta de sutileza, pero salimos al aire en medio minuto. ¿Preparada?

—Sí. Vamos allá.

—Perfecto. Entra cabecera y cuando acaba comienzas tú. Todo como siempre. Suerte —Tras lo cual, Jaime mueve un par de controles con su mano derecha, y gesticula con la otra—. Eso es. En tres, dos, uno...

La penumbra se adueña del estudio. Atenuar las luces es una liturgia que se repite en este programa día a día en la búsqueda de un ambiente íntimo y acogedor. De pronto, la joven llena de dudas que era Laura hace un minuto, se transforma en una experta comunicadora que ha sabido ganarse la posición que ocupa por méritos propios. Con increíble maestría, ajusta su auricular derecho para que abarque completamente el oído, echa un último vistazo a sus notas y se dispone a hacer el monólogo al que tiene acostumbrada a toda su audiencia.

—Muy buenas noches a todos y bienvenidos a vuestro programa. Hoy no podemos empezar sin hacer referencia al trágico suceso ocurrido en el día de anteayer en nuestra ciudad y del que teníamos constancia unas horas después: Don José Torres, quien debatía animadamente en este mismo plató, catedrático de Filosofía y Teología entre otros muchos títulos, ha sido hallado muerto en su domicilio víctima de una agresión tan atroz que ha dejado su cuerpo prácticamente irreconocible —Al mismo tiempo que habla, rescata de entre sus notas una en especial y prosigue—. Las primeras hipótesis barajan la idea de algún ajuste de cuentas, venganza o respuesta a algún negocio sucio en el que pudiese estar participando la víctima, habida cuenta de que ni la puerta ni las ventanas del domicilio fueron en ningún momento forzadas. No se ha encontrado tampoco ninguna huella indicativa del agresor o agresores, por lo que se deduce que ya se encontraban en el interior de la vivienda, o bien accedieron a ella bajo consentimiento de la víctima —Mira ahora hacia varias declaraciones extraídas de la prensa—. Su desconsolada viuda ha negado rotundamente este extremo, afirmando que su marido sólo trabajaba en pos de la libertad de las personas. La Iglesia ha expresado por su parte su profundo dolor por los hechos ignorando las diferencias que mantenían con Torres pues, según han

expresado: “un hijo de Dios está por encima de cualquier discrepancia”.

Cambia ahora la postura, un gesto inconsciente que realiza siempre que llega el momento de separar información de opinión.

—Ésta es la noticia pura y dura. Por mi parte, sólo puedo decir que no sé muy bien qué comentar al respecto en un momento como éste... Quizá que estamos tan sobrecogidos como cada uno de vosotros. Que nuestra confusión se une al abatimiento y que desde aquí enviamos nuestro más profundo pésame a su esposa y familiares —realiza una pausa y prosigue—. Nadie sabe cuándo puede pasar a ser una víctima más y nadie sabe cuál puede el próximo escenario de una tragedia de semejante calibre.

En la parroquia de San Isidro Labrador, una figura tan sonriente como aterradora, extrae el sacacorchos de un demonio inerte mientras repite la última frase que dijo éste en vida.

“Monasterio de El Escorial...”.

Capítulo 16: Limbo.

Cincuenta y cinco minutos antes del Apocalipsis...

Las puertas de la parroquia de San Isidro Labrador se abren lentamente, casi como si estuviesen horrorizadas por lo que acababa de ocurrir en su presencia. Un edificio que se erige en torno a la fe y el recogimiento ha experimentado, sin duda, el episodio más violento en su historia, y también el más rocambolesco. Tras crearse un espacio suficiente como para que quepa una persona, de su interior surge una figura “humana” altanera, desafiante... E inusual. Con una mochila sobre sus hombros y una bolsa de deporte en la mano. Su aspecto no puede disimular, aun con un rápido acicalado en la pila bautismal, que ha participado en algo mucho más serio que una simple escaramuza.

Después de unos pasos, Lucifer alcanza la verja que separa el recinto vallado del resto de la calle. La comienza a cruzar con paso firme y decidido, justo en el momento en el que un individuo que no atraviesa el mejor de sus estados y está cerca del peor, se aproxima a entablar conversación con él. De apariencia lamentable, aspecto sucio, lento caminar, cojera ostensible y harapos a modo de prendas, el extraño deja claro que el vagabundeo continúa siendo aún una lacra en los nuevos tiempos. Por otro lado, tampoco parece la persona más despierta de Leganés, por lo que probablemente no se ha percatado del escándalo que ha ocurrido dentro de la Iglesia, o simplemente le trae sin cuidado.

El pobre desgraciado se dirige a “Salvador”:

—”Peddone” que le “molezte, zeñor”. Hace “doz díaz” que no como nada. No “tdabajo” debido a mi “paldaliz”, que me coge medio “cuedpo” y “tdez cuadtaz padtez” de la “cada”. No me “pedmiten entrad” en la “Iglezia podque” dicen que lo que tengo “ez” un “caztigo” de “Dioz”.

Denotando un discurso que no por ensayado y repetido, deja de ser conmovedor, el vagabundo continúa.

—Vivo en la calle. Mi “mujed” me abandonó cuando comenzó la “enfedmedad” y “ze” llevó todo. “Cadezco” de “dinedo” y “medioz pada conzeguidlo”. “Pod cadidad”, “pod Dioz” bendito “ze” lo pido. ¿”Zedía uzted” tan amable de “ofdecad” una ayuda?”.

Ante semejante discurso, escuchado por Lucifer con estoicidad e interés, éste reacciona aguantando la mirada a su interlocutor durante unos segundos. Acto seguido, introduce su mano para rebuscar en la bolsa de deporte mientras responde:

—Sí, claro —Y coloca una Glock 26, la pistola más pequeña de su arsenal, en la mano del vagabundo—. Toma, tiene la de la recámara.

Ante la atónita mirada del pobre desgraciado, Satán continúa su camino durante unos pasos. De pronto, cayendo en la cuenta de algo, se gira con tiempo justo para decir:

—¡Así que procura no fall...!

Tarde. Se oye un disparo y, acto seguido, gritos y alaridos de dolor, además del sonido inequívoco de un cuerpo rodando por el suelo.

—Raza de gilipollas... —sentencia mientras continúa su camino.

Capítulo 17: Soberbia.

El comisario Suárez, Mario, se encuentra otra noche más aborreciendo su profesión en el tanatorio de la M-30. Por si fueran pocos los acontecimientos recientes en su comisaría, su cometido ahora es también el de buscar alguna clase de relación con la muerte del catedrático Torres. La violencia del crimen podría tener alguna conexión con el desconocido que asaltó la comisaría en Entrevías, por lo que se encuentra tratando de mantener la cena dentro del cuerpo mientras examina junto al médico forense el cadáver en cuestión.

—Joder.

—Nada que apetezca mirar mucho tiempo, ¿eh?

—No es precisamente un cuadro de “El Greco”, no —responde Mario—. Admito que tengo que remontarme muchos años atrás para recordar algo parecido. Tanto ensañamiento y de manera tan inhumana.

—Es extraño. Las heridas que provocaron su muerte son certeras, lo que denota que “el” o “lo” que le mató era suficientemente inteligente para saber cómo hacerlo.

—¿”Lo”? —El instinto del viejo sabueso emerge en el inspector.

—Pues... Es que no hay humano que pueda tener suficiente fuerza física como para separar a un hombre por la mitad sólo con sus manos, o incluso lo que le han hecho en los dientes a este pobre diablo.

—¿Y eso le lleva a...? ¿Tengo que introducirle monedas para que continúe? —se apresura un molesto Mario.

—Un simio o una bestia similar de gran tamaño perfectamente adiestrada, casi con la lucidez mental de un ser humano. Eso o...

Con el ceño fruncido, pero ahora por interés, Mario mira al doctor, que le sostiene el gesto, encoge levemente los hombros y concluye:

—Algo que no he visto jamás.

Parece que Mario quiere decir algo, pero antes de poder articular palabra, un iracundo “Chupa-chups” Fanjul aparece en la escena con la suavidad de una bola de demolición.

—¡Suárez! ¡Doctor! ¿Qué se supone que es esto?

—¿Señor?

—¡Doce hombres! ¡Doce policías en una sala contigua y ustedes desperdician su tiempo con el cadáver de un traidor a La Palabra!

—Pero, sr. Álvarez. Yo personalmente he solicitado al comisario que... —trata de excusarse el forense.

—¡Usted no es nadie aquí para solicitar nada! ¡Dedíquese a hacer su trabajo, que es explicar qué ha pasado con esos profesionales!

—Señor, con todo el respeto: Llevamos más de dos horas sacando conclusiones acerca de esos cuerpos —trata de mediar Mario.

—¡Cállese, Suárez! ¡Aún sigo esperando el informe! —interrumpe de nuevo Fanjul.

—¿Qué?

—¡El informe! ¡El jodido informe que debería ya estar encima de mi mesa! ¡No sé qué coño hace aquí perdiendo el tiempo cuando hay un psicópata suelto que ha asesinado a doce compañeros!

Aguantando una bola de pelo de gato deslizarse a través de su garganta, Mario acierta a responder estoicamente:

—Sin falta. Encima de su mesa a las siete de la mañana.

No hay tiempo para más. Sale de la estancia y del propio sanatorio forense con los ojos clavados en el suelo. En días sucesivos, el chapista tendrá faena intentando sacar la patada que hundió la puerta del coche-patrulla.

—Ahora, doctor. Informe de situación. Qué hay de nuestros compañeros. —inquieta mientras tanto “Chupa-chups”.

El doctor coge entonces una tablilla donde tiene los detalles de la masacre de Entrevías.

—Pues... Dos de ellos fallecieron por disparos limpios en cabeza y abdomen. Tres más por heridas múltiples en puntos muy específicos del cuerpo, que provocan un desangramiento irrecuperable. La única mujer presenta una bala disparada desde un arma del propio cuerpo de policía. Por lo que parece un accidente durante el fuego cruzado —prosigue—. Excepto ése, todos los disparos se efectúan desde la pistola sustraída al vigilante de seguridad. Cada impacto es de una certeza sobresaliente, habida cuenta de que se trata de un solo agresor en movimiento, que tiene que recargar un arma, contra doce policías entrenados.

Finalizada la primera página, dobla ésta por encima de la tablilla y continúa la exposición.

—Sin embargo, la causa principal del resto de fallecimientos es, sin duda, la granada. Ésta explota a escasos centímetros del grupo y aloja suficiente metralla en cada uno de sus componentes como para producir la masacre. A juzgar por el devastador efecto de la misma, el agresor debió ser suficientemente hábil como para ocultarse detrás de uno de los cuerpos, evitando así la onda expansiva.

—Y todo ello, prácticamente en la oscuridad —sentencia Fanjul, sin poder disimular muy bien su honda preocupación—. De acuerdo, puede retirarse a dormir —añade.

—Buenas noches —dice la voz del forense, aunque no refleja lo que realmente desea.

“Chupa-chups” permanece inmóvil hasta asegurarse de que los pasos del doctor se han perdido en la distancia. Su siguiente acción precisa de discreción absoluta. Por otro lado, tampoco le conviene en absoluto mostrar debilidad delante de nadie, y es algo que no va a poder remediar en los próximos instantes. De nuevo con toda la desgana del mundo, extrae su teléfono del bolsillo. Marca un número que conoce perfectamente de memoria y que nadie podrá encontrar tanto en sus contactos como en el historial de llamadas. Tras dos tonos, una voz terriblemente familiar.

—Dime, Ricardo.

—Padre. Estoy en el depósito.

—¿Y bien?....

—Todo ha ido como debería. No habrá investigación oficial sobre lo de Torres. Técnicamente es un ajuste de cuentas.

—Me place oír eso, hijo. ¿Y sobre el otro asunto?

—Si... Eh... Bueno. Parece ser que se confirman las conclusiones preliminares y...

—¿Una sola persona?

—Eso es, uh...

—No me gusta. No me gusta nada, Ricardo. Se supone que te responsabilizas de un grupo de profesionales preparados para enfrentarse a cualquier circunstancia.

—Lo sé, monseñor. Es una auténtica deshonra. Yo...

—No quiero disculpas. Quiero que sea la última vez, que todo quede en menos que un recuerdo y que se vigile cualquier conato de filtración. ¿Puedes darme eso?

—Así se hará. Tiene Vd. mi palabra.

—Dame hechos, Ricardo. Palabra sólo hay una, y es la de Dios.

Vuelve a sonar un clic abrupto que da la conversación por finalizada antes de que Fanjul pueda responder. En su lugar, apoya la espalda en la pared. Desliza su mano por la frente y suspira, aunque lejos de hacerlo por estar aliviado.

Capítulo 18: Anunciación.

Veintiocho minutos antes del Apocalipsis...

Tras un frenético comienzo en el que se ha hecho un repaso a la actualidad informativa, el programa radiofónico de Laura continúa con su programación habitual. Es momento de una de las secciones que más aceptación tiene, pues es aquella en que se da voz al oyente para que pueda comentar, discrepar o aportar algo al desarrollo del espacio. También existe la posibilidad de consultar o debatir experiencias propias, lo que le da un punto de improvisación que resulta amablemente fresco para la audiencia.

Tras dos llamadas en el que se han recogido sugerencias y opiniones sobre la actualidad, Laura se dispone a escuchar a su tercer oyente cuando le dan paso desde la sala de control.

—¿Sí? ¿Buenas noches?

—Buenas noches, Laura. No tengo mucho tiempo...

—Vaya, qué prisas tienes. Vamos por partes, si te parece. ¿Cómo te ll...?

—No. Lo estoy diciendo en serio, así que por favor escúchame.

Sorprendida por la premura, aunque consciente de que muchas de las historias que mejor resultado dan para el programa comienzan de manera inesperada, Laura entonces calla y escucha.

—Hay mucha más gente de lo que parece que no estamos de acuerdo con lo que está ocurriendo en nuestra sociedad. Tanto control desde la Iglesia nos está machacando. No nos deja ser libres para pensar —comienza la voz—. Torres lo sabía. Llegó muy lejos investigando todo esto y probablemente descubrió cosas que eran demasiado incómodas para ellos.

Muy consciente de lo que se está emitiendo por antena, Jaime, el técnico de sonido, hace un gesto a Laura e interviene por línea interna en sus auriculares con la máxima premura.

—”Lau”. ¿Corto? ¿Quieres que corte a este tío?

Ante su sorpresa, Laura extiende la mano, en un claro gesto de que no haga movimiento alguno, mientras el oyente continúa su exposición.

—Tenemos que despertar, Laura, tú y todos. Siempre has tratado de ser objetiva en toda tu carrera, y ahora sólo te pido que no cierres los ojos a este tema. Algunos ya lo hemos hecho y tratamos de organizarnos, pero necesitamos ayuda. Ayuda por parte del que pueda darla.

—Escucha un momento: Pero yo... —intenta intervenir ella.

—Perdona, no tengo más tiempo si no quiero acabar como él. Ha sido un placer, y gracias por no censurarme en estos segundos.

Dos intentos de Laura por seguir comunicándose sin éxito resultan ser la confirmación de que, evidentemente, esta persona ya no se encuentra al otro lado del teléfono. Ante el shock que acaba de apoderarse del estudio, y siendo consciente del impacto que seguro ha producido fuera de él, Laura vuelve a arrimarse al micrófono. Al otro lado del cristal, Jaime simplemente no sabe cómo reaccionar.

—Yo... Sinceramente admito todas las opiniones, aunque no estoy segura de haber obrado bien al respec-

to. Creo que este hombre tenía algo que decir y... Se ha hecho escuchar. En cualquier caso... —le resulta imposible medir más sus palabras—. Creo que cada uno tendrá que sacar sus propias conclusiones de lo que acabamos de vivir.

No sería descabellado decir que en este preciso instante, una buena cantidad de hogares se acaba de quedar sin habla a lo largo del todo el país.

Capítulo 19: Ira.

Catorce minutos antes del Apocalipsis...

Dentro del coche patrulla, Mario está para pocas bromas. Una parte de él no puede más que contar los días que quedan para jubilarse, dejar el cuerpo y olvidarse de “tragar” tanta mierda. Ahora recuerda sus primeros años, donde todo era tan insultantemente sencillo: Existían delitos, había ley y él era un novato con ínfulas y sueños decidido a hacer cumplirla, no una marioneta al servicio de un chupatintas puesto a dedo por los representantes de una religión. Aunque ésta fuese su religión.

Sin embargo, por otra parte había muertos. No unos cualquiera, sino sus compañeros. Era la mayor conmoción que le había sucedido a la ciudad, y apostaría que al país, en el último lustro. Y curiosamente había tenido que ocurrir en su jurisdicción. O lo que es lo mismo: Que era su maldita responsabilidad. Pero tenía que existir el “Chupa-chups” para ni siquiera dejarle libertad de movimientos, claro. El panorama era tan oscuro que costaba imaginarse alguno más desfavorable. En éstas, casi parece que estuviese desahogándose frente a su superior cuando comienza a hablar solo.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? ¿Qué ha llevado a todas las fuerzas de seguridad a ser los calienta-braguetas de los curas? —dice—. Destrozan a un hombre sin antecedentes penales, amanece sin un solo órgano del cuerpo en su sitio y no es motivo de investigación. ¡Putos lameculos!

Y en pleno monólogo se encuentra Mario cuando, de pronto, una comunicación aparece en el salpicadero de su automóvil: Una llamada de máxima prioridad desde la jefatura de policía.

—Comisario... No sé muy bien por dónde empezar... Ha ocurrido algo.

—Joder, Sanz, habla de una maldita vez. Empiezo a estar hasta los huevos de jugar a las adivinanzas.

—Señor... Debe ver esto Vd. Mismo. Una parroquia en Leganés. Le envío la ubicación al GPS.

—¿?

—Un... Sacerdote, señor. Un sacerdote y una monja... Destrozados. Hemos recibido el aviso por parte de alguien que huía despavorido a kilómetro y medio del lugar. Dice que fue obligado por la fuerza a salir del escenario y...

—¡Suficiente! ¡No toquéis nada y aseguraos de cerrar bien las puertas! ¡Llego en unos minutos! —dice mientras cuelga la llamada.

Las ruedas del vehículo triplican sus giros por minuto en menos de un segundo, el ruido a goma quemada es la prueba de la cantidad de neumático que se queda pegado literalmente al asfalto. Suárez coloca y conecta la sirena del techo a la vez que hunde el pedal del acelerador hasta que éste sólo encuentra alfombrilla en su recorrido. Mientras el navegador empieza a indicarle la ruta, siente que no ha deseado jamás como hoy ser capaz de teletransportarse.

—¡Me cago en mi puta estampa! ¡Un cura! ¡Un puto cura y una monja en su misma parroquia! —brama—. ¡Madre de mi vida! ¡Se nos va a caer hasta el último pelo! ¡No me lo puedo creer!

A pesar del poco tráfico que se encuentra circulando en la ciudad, hay suficientes obstáculos para que el comisario haga eslalom a través de cada uno que se encuentra en su camino. En respuesta a su temeridad, la calle comienza a llenarse de sonidos de claxon que le acompañan en cada volantazo.

—¡Apartad, cojones, que es día laborable, joder! ¡Tendríais que estar todos ya durmiendo!

Ya en la M-40, se descubre ocupando todos los carriles a medida que avanza. El vehículo no es ninguna broma. Todos los agentes de la ley están dotados con unidades capaces de aguantar una persecución detrás de vehículos de alta gama. Es así que a fe que éste le está ofreciendo sus mejores prestaciones para alcanzar su destino. Sale de la autopista jurando que si se encuentra un control de policía que le detenga, les acribillará con su propia arma. Tiene suerte; la M-421 está despejada y en unos instantes se encuentra sorteando varias rotondas y deteniéndose delante del lugar del crimen, con una maniobra que podría enseñarse en cursos de conducción extrema.

Con la misma premura con la que detiene el vehículo, Mario sale de dentro para encontrarse con una zona acordonada y tres indicativos de la policía asegurando el lugar. Cuando alcanza al primer agente, y sin detenerse, exclama a modo de saludo:

—¿Cuándo ha ocurrido?!

—Buenas noches, señor. La información que manejamos habla de menos de una hora. Quizá 45 minutos.

—Bien. No quiero que salga de aquí ni una sola palabra. Alejad a los curiosos, rodeadlo todo y haced correr la voz entre la gente de que se trata de un simulacro.

—¿Un... Simulacro, de madrugada, señor?

—¡Eso he dicho! ¡Un puto simulacro! ¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí, señor —responde el agente muy consciente de que no se le ocurre, o no es conveniente decirlo.

—Llamad a Fanjul. Que sea él el que maneje la situación ante los de “arriba”.

—A la orden —exclama un segundo agente que ha oído la conversación.

—¡Y nada de periodistas! Sólo necesitamos preguntas y fotos inoportunas.

Con sus agentes aprestándose a cumplir órdenes, Mario se centra en acceder al escenario del crimen. Envuelve su mano derecha con un pañuelo que saca del bolsillo y la apoya en el picaporte lo imprescindible para poder acceder sin alterar absolutamente ninguna prueba. Lo hace a la vez que en su cabeza se dice a sí mismo:

—A ver qué coño...

Lo siguiente que sus ojos llegan a contemplar, lleva su asombro al límite. Sus párpados son incapaces de abrirse aún más para ofrecerle mayor campo visual. Si lo de la comisaría fue dantesco, lo que ahora tiene ante él no ha tenido, sin duda, parangón en toda su carrera policial. Una zona de guerra. Así podría calificar, si se lo pidieran, lo que se presenta ante él. Paredes acribilladas a balazos, bancos destrozados, el altar absolutamente ultrajado. Todo ello de por sí debería ser suficientemente perturbador, pero no es absolutamente nada ante las dos figuras humanas que tiene ante él, ambas reventadas hasta ser prácticamente irreconocibles.

De entre las dos, destaca sobremanera la del que parece que era el sacerdote. Es absolutamente imposible reconstruir el aspecto de su cara. Empotrado contra el suelo, muestra tantas heridas por objeto punzante que el término “ensañamiento” parece una simple broma. Se consiguen atisbar lo que parece que son vísceras y restos de partes blandas alrededor de él. Los dedos de las manos están rotos, semi-amputados, y la mandíbula desencajada a la fuerza.

Y, sin embargo, ni siquiera esto es lo peor; ni la mujer descabezada del fondo. Sin duda alguna, lo que acaba de coronar la escena como salida de un museo de los horrores, es lo que está escrito en la pared con la sangre de esos dos pobres desgraciados. Sobre una estrella de cinco puntas, puede leerse perfectamente la frase: “PRODITORES AD PATREM. Cuya traducción literal en nuestro idioma es: “Traidores ante el padre”.

Probablemente es imposible predecir cómo se puede reaccionar ante algo así. Por parte de Mario, llegados a este punto, ya sólo es capaz de articular un <<Oh, joder...>> que contiene tal amalgama de sentimientos que casi parece una bomba reventando, al salir de sus labios.

Capítulo 20: Y del hijo.

Cinco segundos antes del Apocalipsis...

La noche se presenta especialmente oscura, pesada y calurosa. No corre un mínimo de brisa ante la puerta principal del Monasterio de San Lorenzo del Escorial. Se podría decir que es difícil hasta respirar bajo un cielo en el que la luna parece menos luminosa de lo habitual, quizá consciente de lo que se avecina. Es un bochorno pegajoso, extraño, casi fantasmal. Del tipo en el que cualquier mortal elegiría un aparato de aire acondicionado y una bebida colmada de hielo. Sin embargo, estos son unos instantes mucho más trascendentes que eso; mucho más decisivos que el clima casi asfixiante. No en vano, esta noche hay en juego todo un destino, y por ello se presienten más miradas que nunca puestas en el preciso lugar en el que nos encontramos.

Tres insectos se afanan por entrar en una oscura hendidura tras notar la presencia de un visitante inesperado a estas horas de la noche. Hace un buen rato ya que el horario de visitas se ha acabado, y nadie tiene motivo alguno, ni siquiera turistas, para acercarse a un monumento sacro-religioso en pleno recogimiento. Evidentemente, esto es así si ese alguien no se llama “Lucifer”. El Caído lleva dos minutos parado delante de la puerta, recibiendo información, concentrándose, contemplando su objetivo y visualizando la manera de alcanzarlo. Es perfectamente conocedor de lo que le espera tras ella, como sabe que tiene que ejecutar cada uno de sus movimientos con absoluta precisión. Llegar hasta aquí era lo fácil, pues no se necesita de ninguna vigilancia cuando el miedo ejerce su función como debe, pero ahora, el motivo de su resurrección, el gran reto y la llave hacia la libertad se esconde detrás de estos muros.

Al fin, da un paso hacia adelante y, sin demorarse más, asesta dos patadas seguidas a la puerta a modo de llamad. Tras unos segundos de incertidumbre, desde el otro lado de la misma se acierta a escuchar una voz que inquiere:

—¿Quién es?! ¿Quién osa...?!

Una frase que nunca finalizará. Por el contrario, un agujero del tamaño de un balón de baloncesto se abre violentamente en la añeja madera del portón desde donde, tras un tremendo empujón, emerge Lucifer equipado con el M4 y un AK-47 en cada mano, además de un saludo especialidad de la casa:

—¡Hola, pequeños hijos de puta! ¡”Papi” ha vuelto!

Tras dos cuerpos caídos que ya no se levantarán más, y a modo de respuesta, un tercer individuo se lanza con velocidad inusitada a repeler el ataque, mientras da la voz de alarma con un acento bastante familiar:

—¡¡INTRUSSO!!

—”Papi”, “papi”. Nada de “Intrussso” —replica Satanás a la vez que coloca una certera y mortal ráfaga de balas en la cabeza de su agresor acertando en su frente.

La agilidad sobrehumana de estos seres demoniacos —los mismos que acabaron con la vida del desdichado Torres— les permite movimientos prácticamente imperceptibles al ojo humano. Varios de ellos ya casi alcanzan la posición de Lucifer, atravesando todo el patio que tienen ante ellos a una velocidad más propia de un depredador que de un ser humano. Por otro lado, desde las puertas laterales de la entrada, a izquierda y derecha, irrumpen dos y cuatro respectivamente, pero son recibidos instantáneamente por una lluvia de proyectiles. Lucifer, rodilla a tierra con los brazos en cruz, dispara eliminándolos con la facilidad de quien se quita varias moscas de encima. Tras ello, reincorporándose y avanzando sin dudar, finalmente accede al patio, no sin antes recibir a un nuevo enemigo que ha conseguido penetrar por uno de los arcos laterales. Nada más acceder a ellos, se encuentra de frente con un cañón humeante, que le devuelve al infierno antes

de poder reaccionar siquiera.

El desconcierto entre los demonios es patente. Se mueven entre la incredulidad y la agresividad que da la desesperación. Aun así, intentan comunicarse con la esperanza de lograr cierta sincronía de movimientos.

—¿Cómo puede “ssser” él? ¿Cómo ha vuelto?

—¡Rodeadlo! ¡Atacad por los “ladoss”!

Mientras Lucifer aprovecha todo el elemento sorpresa a su favor, en medio del caos, sabe que su mejor arma es intentar que éste no baje un punto su intensidad. Para ello utiliza su inagotable verborrea como si fuese un arma más de su arsenal.

—Vuelvo por amor, ¿por qué si no? —dice—. Y ya que estamos: ¡Menudo “sarao” tan guapo os habéis montado aquí, hijos de puta!

Se lanza cuerpo a tierra, de manera que pueda apuntar mejor. Se deshace del AK y planta en el suelo el M4 con la intención de hacer un barrido general. Con el arma bien afirmada, apoya la culata en su hombro y ésta comienza a cumplir obedientemente su misión de vomitar fuego y plomo. La cortina de muerte se mantiene durante siete segundos seguidos consiguiendo despejar momentáneamente el patio. El tiempo justo para poder ponerse nuevamente en pie y continuar avanzando.

—Y no... — comienza a decir pero se interrumpe al momento. No tiene tiempo de pronunciar la siguiente palabra. Alza la cabeza y ve cómo uno de los seres diabólicos se abalanza a por él desde detrás, en las alturas, donde ha llegado trepando por los laterales de la fachada interior.

—¿Pero a dónde vas tú, pequeño cabrón?! —exclama mientras rueda por el suelo y recupera una posición menos comprometida. Por puro instinto, prácticamente sin apuntar, consigue acribillar a su objetivo, que cae al suelo herido de muerte.

Tiempo justo para mirar hacia arriba. Desde las ventanas comienzan a salir más y más demonios; soldados del infierno. Todos con la destreza suficiente para moverse por las paredes como si de enormes insectos se tratasen.

—¡Ahora que “esstá” en el “sssuelo”! ¡Ejecutadle!

—Uh, oh... Sois un grupo encantador, ¿verdad? —responde El Caído.

Sin embargo, Lucifer también cuenta con habilidades sobrehumanas. Consigue zafarse de dos atacantes estrellando la culata de la UZI en la mandíbula de uno de ellos, y aprovecha el hueco generado para saltar hacia la pared que da a la biblioteca, que se encuentra ubicada en el propio acceso al Patio de los Reyes. Asiéndose con una mano, consigue balancearse y alcanzar la cornisa que se encuentra a media altura. En la misma maniobra, golpea a una nueva criatura, a la que desequilibra y hace caer encima de otra que ya estaba subiendo hacia él.

Un cambio de cargador a la velocidad de la luz, y una nueva ráfaga de proyectiles.

—¡Entiendo que queráis jugar, pero papá tiene “curro” y está cansado! —grita—. ¡Sólo pido un poco de jodida consideración, hombre! —exclama mientras consigue volver a despejar de demonios doce metros a su alrededor.

Ahora aprovecha la ventana abierta más próxima e introduce medio cuerpo dentro de la propia biblioteca. En ella, encuentra una decena de demonios que ya están acudiendo al escuchar el escándalo.

—¿Se puede? —pregunta con sorna mientras extrae una granada de su bolsillo trasero, arranca la anilla y la deja rodar hacia el terrible grupo.

Dos segundos después, un tremendo salto de varios metros consigue alejarle del infierno que él mismo acaba de desatar. Una fuerte explosión lanza demonios, o lo que queda de ellos, fuera de la biblioteca, cuyas ventanas escupen los cristales de sus ventanas prácticamente rozando a nuestro protagonista.

—¡¿Veis cómo me acuerdo de vosotros?! ¡No iba a volver sin traeros nada!

Alcanzando de nuevo la cornisa contraria, ahora extrae de su mochila una botella de dos litros llena de material inflamable y tornillería, recurso inspirado por cierta motocicleta que le fue tan útil hace unas horas y un profundo conocimiento sobre el fuego.

—¡Y por todos los cumpleaños vuestros que me he perdido... A soplar!

Absolutamente desatado, Satán arroja la botella con fuerza y, en el momento justo en el que más daño puede hacer a sus enemigos, dispara una certera ráfaga hacia ella, haciéndola quebrarse y produciendo la esperada reacción química que consigue explosionar y expandir la metralla. Ésta se hunde sin remisión en la carne de todo el que se encuentra próximo, que cae ahogado en dolor. Aun así, una de las criaturas consigue zafarse, incluso ardiendo y herida, y trata de alcanzar al parricida. Vano esfuerzo, al ser acribillado en mitad del salto en el que buscaba su yugular.

—¡Vaya, parece que el fuego os jode bien! ¿Quién lo diría? Se regocija Satán a la vez que deja la UZI en su espalda para sostener varios artefactos sus manos.

Lucifer agradece haber pasado su primera noche en la Tierra preparando “cócteles de impacto”. Sus recién adquiridos conocimientos a través del cuerpo de Salvador, le han llevado a hacerse con ácido sulfúrico y clorato de potasio, elementos perfectos para crear letales bombas incendiarias. Dicha mezcla en conjunción genera una reacción exotérmica que inflama el combustible con el que comparte recipiente. Una porción de aceite de motor para que las llamas se adhieran a cualquier persona, animal o cosa al explotar, y el resultado es absolutamente devastador.

—Realmente me siento decepcionado conmigo mismo, que toda esta “chusma amariconada” fuera capaz de traicionarme... —reflexiona en alto mientras desata el caos.

Comienzan a volar los artefactos, impactando en demonios, paredes, suelo... La concentración de combustible, metralla y químicos, consigue producir suficiente caos y destrucción para que Lucifer salte de nuevo al patio, donde recupera el AK-47.

—Pero, ¡ey! ¡No hay mal que cien años dure!... ¡¿O debería decir: “bien”?!

Ahora sí, vacía el resto de su mochila, de donde caen varios cargadores para su metralleta. Introduce el primero, amartilla y comienza a disparar, cubriendo el patio de cadáveres, casquillos y desolación. Uno detrás de otro, los enemigos van cayendo como fruta madura. Incontables balas que dan muerte sin piedad, sin descanso, sin tregua. Cuando, por fin, cesa el fuego, se pueden contar más de cincuenta criaturas que han dejado de existir, abrasados, tiroteados o ambas cosas al mismo tiempo.

—Eso es. Y ahora que os habéis ido todos a “dormir”...

Uno de los cuerpos cercanos a él mueve un brazo, quién sabe si de manera consciente. Como respuesta, satán hunde el pie en su cráneo, finalizando cualquier conato de amenaza con un desagradable crujido.

—¡He dicho, TODOS! —Mira a su víctima de reojo con infinito desprecio—. Me pregunto: Por qué sólo habéis salido vosotros, dónde está el resto... Y si se puede cenar algo por aquí.

Satán deshace el camino recorrido hasta la entrada. Respira aliviado al ver que en el portón continúa, escondida en una sombra, la bolsa de deportes con el resto de armamento. Sabe que lo va a necesitar, así que coge prácticamente todo lo que tiene y se apresta a volver adentro, no sin antes asegurarse de que el estruendo no ha atraído aún a indeseados visitantes: fuerzas de la ley, seguridad, etc. Por los curiosos no hay ningún temor. Una vez más, nadie va a tener la osadía de acercarse, y va a pasar tiempo antes de que algún valiente se atreva a afrontar las consecuencias por dar la alarma sobre algo que está ocurriendo en el interior de una sede cristiana.

Sin embargo, la idea sigue martilleando su cabeza, mientras vuelve a atravesar el camposanto en el que ha convertido el Patio de los Reyes. Camina en dirección a la entrada de la basílica mientras piensa: <<No pueden ser tan pocos. ¿Dónde está el resto? ¿Cómo es posible que no hayan venido con la que acabo de montar?>>. A medida que traspasa el punto medio de su recorrido a través de patio, oye un ruido de fondo hacerse más y más fuerte cada vez. Cuando lleva tres cuartas partes del camino, es evidente que hay un estruendo sobresaliente dentro de la iglesia. Finalmente, al alcanzar la puerta, sólo el espectacular aislamiento al que está sometido el edificio, consigue que lo que quiera que esté pasando en su interior, no sea audible en varios kilómetros a la redonda. Del mismo modo, ésta parece la explicación a sus preguntas anteriores. Un segundo antes de averiguar por fin lo que está ocurriendo, Lucifer oculta su metralleta de corto alcance, sujetándola bien oculta entra espalda y mochila, preparándose para cualquier cosa que le espere dentro.

—¿Qué coño está pasando aquí? —se pregunta mientras empuja la puerta de entrada, sorprendentemente cerrada sin echar llave alguna.

La respuesta es la más inesperada de todas las posibles: Ante él, se haya lo que sólo puede ser calificada como la madre de las bacanales. Centenas de eclesiásticos de todo rango y condición en una orgía de alcohol y desenfreno. Ruido y música a todo volumen y una estampa más propia de cualquier macro-festival en el que se nade en el exceso. Lucifer estaba listo para cualquier cosa... Excepto para esto.

—¡"Joooooooooder"! ¿Es orgullo de padre lo que siento? —no puede evitar decir mientras se escabulle dentro de la basílica y se une a la muchedumbre, pasando totalmente inadvertido entre el estruendo y la congregación de seres demoniacos en sus formas más terribles, lejos de la forma humana que les presenta ante la sociedad. Un rápido recuento revela un resultado desalentador. El número de los aquí presentes es fácilmente el cuádruple, si no más, de los que han caído fuera. Es por esto que es consciente de que tiene que improvisar. Y tendrá que improvisar bien.

Tras recorrer unos metros entre cuerpos sudorosos, algún que otro empujón y muy poco sitio, de pronto una idea se dibuja en su mente. Comienza a sacar buena parte del resto de su producción de bombas incendiarias, que tan buen resultado han dado, y empieza a rociar con ellas puntos estratégicos de la estancia, además de criaturas absortas o demasiado borrachas para caer en cuenta de que les vierten algo encima. Lucifer es cuidadoso. Se toma más de media hora en el proceso porque no es algo que pueda hacerse a la ligera y sin tener perfectamente calculado.

—Vale que repito truco pero, ¿qué culpa tendré yo de que estos cabrones ardan tan bien? —piensa mientras recorre metros y metros de lado a lado repitiendo su ritual.

Cuando la gasolina se acaba, es el alcohol, presente en enormes cantidades, quien sirve de sustituto. Derramando vasos, botellas, etc. Lucifer llega asegurarse de poder crear un buen "espectáculo" cuando todo a la vez entre en combustión. Mientras se sorprende de encontrarse todo tipo de prácticas adultas dentro de jaulas habilitadas al efecto que cuelgan desde el techo, se toma unos minutos más para admirar todos y cada uno de los "entretenimientos" al servicio de los asistentes. No es algo gratuito, pues al mismo tiempo barrunta cuál es el mejor modo de que comience su siguiente movimiento. Sin duda, uno de los más delicados a los que se

ha enfrentado en mucho, mucho tiempo. Finalmente, la respuesta le llega de un modo con el que no contaba en absoluto.

—Eyyyyy, colega. ¿Qué pasa?... ¿Dónde has dejado el hábito? —acierta a dirigírsele divertido uno de los demonios. Por su atuendo: un sacerdote.

—Hola, mamoncete. ¿Cómo va la juerga? ¿Bien? —responde Lucifer, mientras piensa que tendrá que valer este método como gran comienzo.

—Bufffff... Calla, colega. —dice prácticamente eructando—. Estos cabrones del Escorial cada día se lo montan mejor... Vaya “movida tocha” que se han marcado.

—Ya veo, ya. Somos muchos por aquí, ¿no?

—Sí... No sé... Alguien por ahí arriba anda algo paranoico. Nos han mandado aquí unos días a ver qué pasa y tal.

Música para los oídos de Satán. La confirmación de que la información extraída a aquel pobre diablo, en toda la extensión de la expresión, era fidedigna: Aquí tienen confinado a su gran objetivo. Si han acumulado semejante dotación del infierno es porque tiene que haber algo valioso que custodiar... O alguien.

—Lo de siempre. Sus movidas... Bueno, anda, bebe. —inquieta Satán, sin mostrar sus pensamientos, mientras amorra una botella de whisky a su contertulio. En el proceso, se asegura de que se derrame una gran parte del líquido en su sotana quien, tras beber el licor prácticamente de un trago y bañarse con buena parte del mismo, acierta a decir tambaleándose:

—Hostias, macho. ¡Está cojonudo! ¡Qué grande eres!

—Casi gasolina pura. ¿Eh? —responde con la ironía del doble sentido—. Lo mejor, siempre para mis amigos, pero no se lo digas a nadie. Vamos... ¡A la salud de Lucifer!

—JAJAJAJAJA. Maldito hijo de puta — responde el prelado tras un nuevo eructo—. ¿Dónde estará ya ese marica?

—A saber. Lo mismo anda por aquí, hincando los cuernos al que se deja.

—Jajajajaja. ¡Serás cabrón!—ríe el prelado a carcajadas. Acto seguido, gira la cabeza y ante la vista de una sensual novicia como la que Lucifer tuvo ocasión de devolver al averno, olvida en el acto la conversación y se aleja de su “amigo” profiriendo alaridos y manteniendo el equilibrio a duras penas—. ¡EH, TÚ! ¡GÍRATE, GOLFA, QUE VOY!

Con todo dispuesto, una vez más Satán se pierde entre la muchedumbre. No resulta difícil en absoluto, pues el ambiente es ensordecedor y caótico. Altavoces enormes cuelgan de varias cadenas asidas a las paredes. Varios borrachos se sujetan o simplemente dormitan en las esquinas tratando de no ahogarse en vómito, mientras los que aún se tienen en pie bailan, beben y se entregan a toda clase de placeres. Cualquier fiel que pudiese contemplar el espectáculo, palidecería de tal manera que necesitaría ayuda inmediata para poder recuperarse de lo visto aquí esta noche.

De pronto, sin previo aviso, el tabernáculo de la basílica, que ha sido vigilante privilegiado desde su creación en 1.587, vuela por los aires desde detrás del altar mayor. El suceso sólo es advertido por los más cercanos, puesto que el sonido de la fiesta continúa siendo atronador. En éstas, los pocos que alzan la vista, intentan comprender, sin éxito, qué hace un cuarentón asido al retablo central de la basílica con gesto desafiante; aunque parece divertido. Desde la tercera altura, sosteniéndose abrazado a la cruz de Cristo, Satán

sujeta en su mano derecha el último cóctel de impacto, guardado para esta ocasión. Mientras en la izquierda tiene preparada la UZI.

—¡Atención todos! ¡Foto de familia! —exclama para los que pueden oírle.

Localiza con la vista a su “reciente mejor amigo”, y antes de que pueda haber el menor conato de reacción, arroja el artefacto con fuerza y precisión inusitadas hacia él. Justo en el momento en el que éste va a alcanzar su objetivo, una ráfaga de la metralleta provoca su explosión a escasos treinta centímetros del ahora ardiente infeliz.

Como lógica respuesta y bañado en llamas, el sacerdote corre sin rumbo, prendiendo fuego sin remisión todo aquello que encuentra a su paso y es susceptible de inflamarse. En segundos, la fiesta se torna en un caótico desconcierto. Pero la victoria está muy lejos de estar al alcance, y Lucifer lo sabe bien. Como si fuese una certera predicción, segundos después varias novicias, las más cercanas, han saltado hacia él con el claro objetivo de partírlle literalmente en dos. A su vez, Satán se deja caer hacia el vacío y consigue de este modo eludir el ataque. No hay tiempo para pensar. Según toca el suelo con sus pies, extrae uno de los cuchillos de supervivencia y raja en canal la garganta de un fraile, que yerra en la única oportunidad de la que dispondrá para derrotarle. De pronto ya no hay música por los altavoces, aunque el nivel de ruido no ha hecho más que aumentar por cuenta de los gritos y el desconcierto. En medio del mismo, los que saben qué está ocurriendo, tratan de atacar a su responsable.

—¡Llévadle contra la pared, vamos! —grita una de las novicias, aún desde el retablo

—Dejad de decir esas cosas, que me estáis poniendo cachondo, nenas —tiene tiempo de replicar Satán mientras abre un hueco de dos metros entre él y sus agresores, a fuerza de balas.

Un instante después, el mismo mundo parece dejar de girar cuando uno de los presentes reconoce su inconfundible esencia con total claridad:

—¡Maldito cabrón! ¡Es él!... ¡¡ES LUCIFER!!

Quien llega a escuchar las palabras se queda literalmente petrificado. Todos excepto el mencionado, que no deja de impartir lecciones de cómo formar un ejército de un solo hombre. Caen dos sacerdotes, un monje, dos novicias más...

—¡Acabas de joderles toda la sorpresa, garrulo! ¡¿Y ahora les vas a decir quiénes son los Reyes magos?!

—contesta El Caído, mientras observa de reojo como la muchedumbre comienza a agolparse en torno a una puerta lateral.

—Y, ¡¿por qué cojones...?! —dice mientras se zafa de la pared donde tenía apoyada la espalda mediante un poderoso salto de tres metros y medio, que le ofrece una ventaja clave para apuntar. Tras ello, y tras un apoyo desde las alturas, modifica su trayectoria y desciende disparando casi un cargador entero, que le permite generar un espacio ante la propia puerta—... ¡¿Defendéis con tanta ansia esta puerta?! —apostilla, dirigiendo sus pasos y sosteniendo el fuego en dirección a ella.

La defensa de la entrada se hace aún más férrea. Por cada metro que gana, Lucifer encuentra más y más resistencia. El exhaustivo reconocimiento que ha hecho de los planos del lugar, le dicen que se trata de los antiguos aposentos del rey Felipe II, pero los acontecimientos le están desvelando que debe de haber mucho más en ellos.

—Oh, vamos... Que me encantan las sorpresas” —bromea mientras hunde la culata de su arma en una nariz que prácticamente desaparece de la cara en que se hallaba.

Ahora, sin más resistencia momentánea entre muertos y enemigos entre llamas, Lucifer cierra el puño izquierdo, hincha los músculos del mismo y libera tal golpe en la puerta que atraviesa literalmente la madera. Antes de que un vigilante, que se encontraba detrás de la misma pueda reaccionar si quiera, se lleva parte del impacto y siete balas desde el ombligo hasta el entrecejo. Todo ello sin haber tenido tiempo ni de llegar al suelo, dada la violencia del ataque. En lo que dura un parpadeo, Satán ha llegado hasta donde se encuentra el cuerpo. Lo toma de ambos tobillos, y con un giro sobrehumano, lo lanza tras de él hacia sus perseguidores, haciendo que ochenta y seis kilos de carne, a la misma velocidad de un coche en autopista, impacte en los cuerpos de sus perseguidores. Con ello, calcula que la maniobra le dará unos quince segundos más de tiempo.

Sin un segundo que perder, un rápido examen del habitáculo hace que clave sus experimentados ojos en el regio retrato que cuelga en la pared de la derecha. Tras ello, avanza hacia él con decisión mientras dice:

—Perdona, Felipe. No es nada personal, pero me da que el último “capullo” que acabo de “escoñar” te estaba poniendo ojitos, y quiero saber la causa.

Rasga el lienzo, y con gesto triunfante descubre una oquedad en la piedra tras el mismo, donde se encuentra una llave que parece ser lo que estaba defendiendo la muchedumbre en la basílica.

—¡Ajá! Si tú eres lo que busco, entonces voy por buen camino. Y ahora... A barrer los restos de la fiesta —dice cogiéndola con rapidez y situándola en un bolsillo desde donde no podrá perderse.

Llegado este momento, descuelga de sus hombros el M4, donde ha permanecido paciente desde el final de la escaramuza del patio principal. Parece que es su hora de entrar en escena. Lucifer comienza a disparar llevando el gatillo hasta su límite, a la vez que vuelve a salir en dirección a la basílica. Un cargador, dos, tres... Prácticamente dos minutos de auténtica orgía de violencia, a fuerza de la cual, El Caído retorna al lugar de donde partió. Y sólo encuentra ya restos de fuego y cadáveres.

—¿Ya está? —piensa—. Pero. ¿Tal hatajo de maricas parí?

Sin embargo, es suficientemente listo para saber que una retirada de estas características tiene un motivo, y que es seguro que no le va a gustar. Todos están heridos de diversa consideración pero no todos han muerto. En cualquier caso, él continúa vivo y ahora mismo se encuentra en un punto de la incursión que hubiese firmado antes de comenzar su asalto. Con esto en la cabeza, camina siempre junto a la pared lateral, donde poder abarcar la mayor cantidad posible de campo visual. Se dirige, según su propio plan, al patio que conforma la réplica al de la entrada, mucho más recogido y sereno, frente a la grandilocuencia del principal. Se trata del conocido como “Patio de los evangelistas”. Presidido eternamente por las estatuas de los cuatro sagrados notarios de la historia de Jesucristo... Al menos la que oficialmente se hace predicar.

Además de crujidos y chisporroteos causados por las llamas, ningún sonido altera la quietud. Demasiada paz que presagia que algo se está urdiendo no muy lejos de allí. Por toda precaución, Lucifer sostiene aún la M4 en una mano y la UZI en la otra. No quiere sorpresas de ninguna clase. Llega hasta la puerta que accede al patio, empuja la misma con máximo cuidado y accede a un corredor, donde le recibe una bocanada de tortuoso calor. Es el momento de atravesar el pasillo transversal que da acceso al exterior, siempre rodeando la gran basílica. Camina con pasos que se hacen eternos dentro de un cuerpo que suda hasta unos límites en que es preciso secar sus ojos en los hombros desnudos que asoman por su camiseta de tirantes. Finalmente, una nueva puerta al fondo del pasillo le conduce hacia su siguiente objetivo.

Le recibe la noche cerrada. No sobra la luz por ninguna parte; tampoco enemigos; sólo negrura y bochorno. Con la esperanza de que la búsqueda concluya lo antes posible, Satán se interna en el patio siguiendo su liturgia de pasos cortos y mirada fija en cualquiera de los recodos que pudiese ocultar a alguien hostil. De pronto, un leve sonido... Extraño, ahogado pero turbador. Algo ha parecido moverse en el punto central de la estancia. Una sombra. Una sombra que no es precisamente pequeña. Enfocando la vista mejor que cualquier

ser humano en la Tierra, Lucifer necesita unos instantes más para distinguir qué o quién se encuentra frente a él, a poco más de veinte metros. Finalmente, cuando lo hace, exclama:

—Hombre, no me jodas... —Con una mueca que se encuentra a caballo entre la sorpresa y la burla.

Capítulo 21: Envidia.

En los estudios de Prado del Rey, hace ya tiempo que “La vida a través de Laura”, uno de los programas estrella de su parrilla radiofónica, ha finalizado su emisión. Sin embargo, su protagonista y conductora principal continúa en el estudio con la vista fija en los papeles del guion, aunque muy lejos de prestarles atención. Al lado, su inseparable técnico de sonido intenta sobrellevar la situación sin saber muy bien cómo hacerlo. Tras un rato de sepulcral silencio, al fin intenta romper el hielo y, al mismo tiempo, paliar un tanto su terrible incertidumbre.

—Laura. Sobre lo que ha pasado hoy... ¿Qué crees que va a ocurrir ahora?

—¿Qué va a ocurrir? —responde ella sin alterar un ápice su postura—. Que se acabó el programa, la radio y mi carrera. He consentido que alguien dude de la misma Iglesia en directo —dice—. Básicamente estoy acabada.

Es un hecho tan innegable que ninguno de los dos tiene algo de fuerza para rebatirlo. El silencio reclama entonces su espacio, y el ambiente de la habitación comienza a parecer cada vez más y más tenso. De pronto, Laura suspira, parpadea y, comenzando a recoger sus papeles, interrumpe la escena abruptamente.

—Sólo queda ya una cosa por hacer.

—¿El qué? ¿A dónde vas ahora? —replica Jaime con total desconcierto.

—Jaime, si he hecho lo que he hecho es porque creo más que nunca que aquí pasa algo que no termino de entender muy bien.

Como si se tratara de una sucesión de acontecimientos debidamente ensayada, de pronto suena un teléfono de uso interno.

—Dame unos segundos para salir de aquí y cógelo. Son ellos. —dice—. Esto no va contigo, así que no tengas miedo. Diles que me he ido y que no sabes a dónde.

Las lágrimas en sus mejillas son la confirmación de una despedida que sale desde lo más profundo del corazón. Entonces, ante un superado técnico de sonido, Laura deja el que será su epitafio en el lugar donde había llegado a alcanzar el que siempre fue su sueño desde adolescente.

—Diles que he dimitido... Adiós.

Para cuando Jaime quiere corresponder al saludo, ya es demasiado tarde, pues sólo se encuentra él en el estudio. Entonces, su mano temblorosa se aproxima casi sin fuerza al teléfono, sin saber muy bien qué hará tras descolgarlo.

Capítulo 22: Jericó.

Mientras tanto, en Leganés, un vehículo de alta gama pero suficientemente sobrio para resultar discreto, se detiene delante del escenario del crimen. Como era previsible, dentro de él viaja Fanjul, quien ha venido pisando los talones a Mario. Aunque con menos pericia al volante y, quizá, más respeto por su propia integridad física.

Tras apearse del mismo, vuelve a repetirse una escena que no por vivida se está volviendo más agradable. De hecho, es exactamente al contrario de ello. Al pie de la parroquia aguarda el comisario. Manos en los bolsillos, chicle de menta mascado nerviosamente y un rictus de alguien que sabe que se han cruzado unas cuantas líneas rojas en las últimas horas, a cual más grave que la anterior. La situación está llevando a que las formas se pierdan exponencialmente. Es por esto que Mario escucha por primera vez en su servicio policial un exabrupto de su jefe. No uno cualquiera, sino de los que haría sonrojar a cualquier beato. No obstante, tampoco es un hecho que le sorprenda lo más mínimo, a la luz de los acontecimientos.

—Suárez, esto es —trata de decir Fanjul—...

—Una locura. Lo sé.

—Pero, ¿tú tienes idea...?

—Sí. Jamás hemos podido ni imaginar algo tan gordo como lo que nos viene encima. Por mi parte, lo único que puedo ofrecerle es intentar acondicionar un poco la escena o los cuerpos antes de que lleguen.

—¿Está loco? —dice Fanjul con cierto escándalo—. ¿Qué le lleva a Vd. A sugerir la modificación sustancial del escenario de un crimen?

—Probablemente las ganas de vivir, señor—responde Mario con la vista perdida en el horizonte. Sin inmutarse.

—Es tarde para eso, comisario —responde “Chupa-chups” situándose al lado de Mario y prácticamente imitando su postura. Dejando claro, en definitiva, que entiende perfectamente su reflexión. Luego, se produce un silencio de varios segundos que en otra situación sería incómodo, pero ahora resulta hasta casi reparador—. Llegarán en menos de quince minutos. Aproveche para llamar a cualquiera que tenga como ser querido y decirle que va a pasar mucho tiempo fuera de casa —dice entonces Fanjul, comenzando a caminar con paso lento—. Ahora, si me disculpa, yo voy a hacer lo propio.

Mario acepta el consejo. También ahora se viven momentos indicados para aceptar buenos consejos.

Capítulo 23: Gula.

Mientras tanto, Lucifer aún no ha terminado de construir una posible reacción ante “lo” que ha aparecido delante de él. Para las crónicas mitológicas, su nombre es el de “Cerbero”. De cara a encontrárselo en noche cerrada, ante tus ojos y en un patio cercado por paredes de espesa piedra, podríamos decir que es el terror mismo, sujetado por una cadena. Alzándose dos metros y cuarenta centímetros desde el suelo hasta su lomo, se encuentra un can de tres cabezas. Su piel, entre negra y rojiza da la impresión de estar formada por volcanes en continua erupción. Cada músculo de su cuerpo es como roca en movimiento, y a modo de cola, una serpiente se encuentra adherida a su cuerpo, tan amenazante como cualquiera de sus fauces.

Cuenta la leyenda que con sólo mirarle, podría petrificar a cualquier ser que le desafiase. Si no fuese así, sus garras de león o su también poblada melena de pequeñas serpientes, constituían una garantía de muerte más que segura para sus adversarios. Se supone que Lucifer está ante el ser que guarda las puertas del infierno, por lo que, de ser así, es un hecho que éstas se encuentran perfectamente protegidas.

—El bueno de Cerbero... ¿Qué tal, chico? —saluda Lucifer como quien se encuentra con un vecino en mitad de un paseo. Queda claro que, al menos, El Caído es capaz de sostenerle la mirada sin volverse literalmente una estatua de piedra—. Veo que sigues siendo la mascota de mis pequeños hijos de puta. Tú y yo nunca fuimos íntimos, pero he de reconocer que eras efectivo en lo tuyo —añade.

Guardando una distancia prudencial y sin apartar la mirada de él ni por un segundo, Satán rodea al guardián, que hace lo propio, acomodando el cuerpo con leves movimientos para asegurarse de fijar al intruso.

—Es lógico que te tengan aquí. Hay algo realmente valioso que custodiar. ¿Eh? Aunque no sé cómo piensan que lo hagas estando...

Antes de poder conjugar el participio del verbo “amarrar”, Cerbero da un brutal tirón con su cuello, y reduce la resistencia de la gruesa cadena a poco más de un folio en manos de un niño. De pronto, ya no hay nada que retenga a la bestia.

—Uh-oh —tiene tiempo a decir Lucifer en la siguiente décima de segundo—...

Es todo el privilegio del que disfrutará. Con un gruñido atronador, El can deja atrás la fuente central, los cuidados setos constituidos de refinado boj y todo lo que se interpone entre él y su objetivo. Casi antes de poder reaccionar, un salto de varios metros le lleva abalanzarse sobre Lucifer, quien sólo a duras penas consigue rodar lo suficiente hacia su derecha y evitar así una muerte segura.

Mientras ejecuta la maniobra, El Caído consigue distinguir en el patio los restos de seres que en cierto momento debieron estar vivos. Esto le espolea aún más para no formar parte del postre. La maniobra le ha desprendido la M4 de las manos, pero aún conserva la fiel UZI para defenderse. Apunta al animal, se dispone a apretar el gatillo cuando, de pronto, la serpiente —que es mucho más que una simple cola— alcanza su brazo, hundiendo sus colmillos y obligándole a soltar el arma.

—¡Argh! ¡Dolor! —exclama.

En el momento en que la propia serpiente se dispone a encogerse, llevándose por el camino a su presa en volandas, Lucifer consigue anticiparse, girarse y estrellar la cabeza del animal asido a su brazo contra la fría piedra del suelo.

—¡Maldita sensación humana!

La bestia acusa el golpe. La serpiente ha soltado a su presa, pero es ahora cuando una de las tres cabezas, la

más cercana a Lucifer, abre sus fauces y se lanza contra él. Un último giro a la desesperada, consigue que sólo la mochila sea la que recibe el ataque, pero el resultado es tan catastrófico que hace que todas las armas caigan por el suelo de manera desordenada, al tiempo que Lucifer vuelve a desequilibrarse.

Sólo la increíble agilidad del Maligno consigue mantenerle en pie. No sólo eso, sino que ahora aprovecha la inercia del golpe para saltar encima de la propia cabeza, y desde ella, esquivando las otras dos, se impulsa hacia el lomo por encima de la siseante melena de la bestia. En un último movimiento felino, sus gemelos le impulsan en un tremendo salto que concluye aterrizando con ambos pies sobre el cráneo central, que acusa el golpe al instante y deja colgando del cuello su cabeza inerte. El animal brama de dolor.

—¡Me jode que me duela algo! ¡Y todo lo que me jode...! —grita.

Se desliza por la parte inútil del animal como quien baja de un tobogán, rueda hacia adelante y consigue los metros suficientes para deslizarse y alcanzar uno de los cuchillos de supervivencia que se encontraban en el suelo.

—¡Me cabrea! —sentencia.

Ahora son los ojos de Lucifer los que brillan en la oscuridad. El color compite con el de su propia sangre, que no deja de manar del brazo. Bestia y aún más bestia se miran a los ojos. Cerbero agazapado, Satán en cuclillas. No es fácil discernir quién es el que inicia el siguiente ataque, pues ambos se abalanzan sin remisión hacia su contrario. Lucifer Salta, le recibe. El ímpetu consigue que ambos choquen, caigan al suelo y rueden. Durante un momento, Lucifer desaparece en el amasijo de víboras, dientes y carne que trata de acabar con su vida. De pronto, la cabeza izquierda consigue agarrar una de sus pierna y le lanza por los aires, yendo a estrellarse en uno de los arcos de los pasillos laterales, y cayendo varios metros hasta el suelo.

De la boca de Satán ahora también mana sangre. Sin embargo, al incorporarse, no sin esfuerzo, en su mano se encuentra aún palpitante, la cabeza de la cola-serpiente. Alrededor del animal, también hay varias cabezas de reptil que han perdido su cuerpo a manos de Lucifer.

—No ha estado mal. Pero creo esto es un dos a uno... —dice desafiante.

Tras reparar en su grave herida, por primera vez desde que empezó el combate Cerbero no ataca a tumba abierta. Comprende demasiado bien la clase de enemigo que tiene delante y muestra la precaución necesaria. Sin embargo, lejos de la rendición sin haber dado hasta su último aliento, su instinto de depredador sólo le permite acabar el combate de una manera. Lentamente, comienza a ir a un lado y a otro, sin apartar en ningún momento la vista de “Salvador”. Buscando el punto débil. Buscando el momento...

—Los dos lo sabemos. ¿Verdad? La siguiente es la última para mí o para ti —dice su oponente adivinando sus pensamientos—. ¿Y bien? ¿Qué hacemos entonces?

Y el animal hace aquello para lo que fue engendrado. Pone hasta su último gramo de fuerza en lanzarse hacia su enemigo, que hace lo propio mientras grita un sonoro: <<¡Claro que sí!>>. Esta vez son milímetros los que separan los colmillos de la cabeza de Lucifer, quien consigue zafarse por debajo de su atacante. Por el camino, agarra el trozo de cadena que aún cuelga del collar de Cerbero y, en un hercúleo movimiento, tira de ella, haciendo que pierda el equilibrio. Satán aprovecha este impás para rodear los cuellos de su enemigo y tirar con una fuerza que podría partir en dos a un caballo. En dicha postura, consigue aguantar a duras penas varios zarpazos sin aflojar un ápice la presión.

Cuando el animal está a punto de expirar. Justo en ese momento, Lucifer suelta un tanto la cadena. Lo justo para que la bestia pueda tomar el oxígeno suficiente para seguir vivo. Entonces grita:

—¡Debería partirte en dos por todo esto, pedazo de cabrón!

Ambos jadean sin fuerzas para mucho más.

—Pero sé reconocer a un engendro con cojones, y sé que tú sabes algo que yo necesito, y que me lo he ganado machacándote.

Lucifer mira a los ojos de Cerberos, y dice con voz de hielo:

—¿Dónde está?

Tras unos segundos, el animal no emite un sólo sonido, pero la respuesta se dibuja certera en la cabeza de Lucifer. Al hacerlo, éste suelta la cadena y deja a su enemigo malherido, tumbado lateralmente pero no muerto. Una cabeza trata de reanimar a la que no muestra señales de consciencia. La tercera observa de reojo a su enemigo. La lucha tiene un claro vencedor. Claro, que el coste no ha sido poco. Si de por sí el físico humano de Lucifer no parece gran cosa, verle ahora, tintado en sangre, cojeando ostensiblemente y sujetándose un brazo, inspiraría poco menos que caridad... Si no se es consciente de a quién oculta esa débil apariencia.

Y así, el señor del averno se dispone a afrontar una etapa más en su odisea hacia el todo o la nada...

Capítulo 24: Conversos.

En el barrio de Puerta de Ángel, distrito Latina, Laura camina por las calle apresuradamente. Después de un apresurado viaje en taxi, rezando para no ser reconocida, ha decidido elegir dicho destino por dos buenas razones: Conoce el barrio al dedillo por haber sido el de sus abuelos paternos, y es el destino más cercano que le permite escabullirse de los controles policiales y evitar su captura, que a buen seguro, ya se habrá ordenado.

Con esta terrible sensación, transita por la calle Paseo Perales. Tras permutar sus habituales gafas por las de sol, trata de pasar lo más desapercibida posible. Le ayuda la noche y la oscuridad. Aun así, en estos momentos se encuentra muy lejos de sentirse segura.

—Loca... Estás loca. ¿Qué se supone que acabas de hacer con tu vida? —piensa para sus adentros—. Estás casada, joder. Tenías un futuro... ¿Y ahora?... No puedes ir a casa. Es el primer lugar donde te estarán esperando.

Dobla una esquina, apaga del todo su dispositivo móvil para dejar de ser rastreable y entonces piensa en algo en lo que no había caído hasta ahora.

—Dios mío, Alfredo. No te dejarán en paz.

El celo profesional, que alguna vez había sido motivo de algún pequeño rifirrafe entre la pareja, se revela ahora como la primera causa del giro incierto que acaba de dar su vida. Sin embargo, al mismo tiempo es innegable que algo no está encajando en la sociedad actual, y los acontecimientos de las últimas horas han supuesto la chispa necesaria para ejercer su auténtico empeño: Descubrir qué está ocurriendo.

Aun así, los sentimientos son irreprimibles.

—Te quiero —repite entre lágrimas—. Es posible que lo dudes, pero... Te quiero.

Gira la cara al cruzarse con un autobús nocturno. Es vital no dar una sola señal que llame la atención. Bastante complicadas están las cosas ya como para tener que huir en plena noche y continuar sumando cargos a los que ya de por sí sabe que se le imputarán. Camina unos metros más mientras trata de decidir el itinerario que tomará. Lo único que sabe con certeza es que no puede detenerse ni por un segundo. Ahora no.

De pronto, sin venir a cuento, un susurro se escapa de una ventana situada en la planta baja del edificio por el que camina.

—Pssst. Laura.

—¿Qué?! ¿Quién es?! —responde impulsivamente, para taparse la boca un segundo después, consciente de su tono de voz.

—Chsssst. ¡Baja la voz! ¿Quieres que nos maten a los dos?— replica la misma voz confirmando el error.

Por toda respuesta, Laura se aproxima prudentemente a la ventana, sin dejar de disimular como si esperase a alguien pacientemente.

—¿Quién es Vd. Y qué quiere? —pregunta ahora con todas las precauciones de las que es capaz.

—Lo mismo que tú. Y te agradezco haber hecho lo que tenías que hacer con la llamada que has recibido.

—No... No estoy muy segura de lo que he hecho.

—Como todos al principio. Todos hemos estado como tú ahora mismo en alguna ocasión, por eso te ofrezco que vengas al lado de los que nos hacemos preguntas. Podemos ayudarte y tú también puedes ayudarnos — dice la misteriosa voz.

—Pero... Ni siquiera te veo la cara — responde Laura en un mar de dudas.

—Primero derecha. Haz lo que debas —recibe como respuesta.

Laura alza la cabeza, dejando bien visibles los surcos de sus últimas lágrimas. Mira al infinito durante unos instantes que parecen eternos y, acto seguido, comienza a andar hacia el portal desde dónde procedía la voz. Mientras lo hace, a cada paso, es consciente de que es el momento de que su instinto sea el que guíe sus pasos, aunque su cabeza esté gritando lo contrario.

Capítulo 25: Y de su espíritu... ¿Santo?

Unos sesenta kilómetros al Noroeste de la posición de Laura, en el imponente edificio monumental conocido como “El Escorial”, transcurre una de las noches más atípicas que sus muros hayan podido observar desde su lejana creación. El propio aire huele a muerte a lo largo del monasterio. No en vano, a estas horas se cuentan ya por decenas los seres que han saboreado su gélido néctar.

Dentro, en el sendero de ruina en el que ha convertido Lucifer su visita, el trayecto le lleva a una nueva estancia: “El panteón de los reyes”. La lista de los monarcas que descansan para siempre en su interior, ha escrito una buena parte de la historia de España. Veintiséis sepulcros habilitados al efecto, que convierten el lugar en uno de los más solemnes del país. Lucifer no puede dejar de rendirse ante la evidencia: <<¿Dónde iba a estar el Rey de los Judíos sino entre sus iguales?>>... Tan irónico como genial.

Una vez que ha accedido al recinto, le reciben unas escaleras que se hunden en sus entrañas. Lleven a donde lleven, ya no es el momento de mirar atrás.

—Con descenso a los infiernos incluido... Me siento como en casa —Piensa, mientras comienza a recorrerlas.

Consciente de que no se encuentra en condiciones de repeler un nuevo ataque en masa, “Salvador” toma todas las precauciones posibles a cada paso que da. Agudiza sus sentidos en busca del mínimo signo de hostilidad pero no termina de encontrar ninguno. Lejos de alegrarse, redobla aún más las precauciones. Ya casi ha llegado a su destino, y eso convierte todo en algo más peligroso aún. Al fondo, en la estancia circular que presenta las sepulturas en todo su esplendor, no parece haber movimiento alguno. Entra en ella prácticamente de espaldas, consciente de que el siguiente imprevisto puede venir tras sus pasos. Camina tres metros y medio más hacia el interior y ya se encuentra en el punto exacto donde Cerberos dijo que encontraría al vástago de Dios.

Casi está a punto de maldecir al diabólico can, pues está claro que en ese lugar no se encuentra nadie, cuando su sobrehumano sentido del oído capta un leve ruido. Algo se ha arrastrado bajo sus pies. Juraría que ha sido algo metálico. Probablemente los eslabones de otra cadena. No es momento para sutilezas. Un pequeño escalón sobre una losa de tamaño considerable conduce tras de sí al altar, sobre el que destacan un crucifijo y dos candelabros que contienen la imagen de dos ángeles custodios. Sin pensarlo dos veces, Lucifer reúne gran parte de las fuerzas que conserva, levanta ambos puños y golpea brutalmente la propia losa, que cruje en clara señal de haberse fracturado. Un segundo golpe, y ésta se quiebra totalmente, liberando una estancia subterránea y contigua, que nada tiene que ver con la solemnidad del regio lugar.

—El pudridero... El de verdad.

Dentro de la mística que rodea el Panteón de los Reyes, una pequeña estancia de dieciséis metros cuadrados, situada en el primer descanso de las escaleras, a la derecha según se accede al mismo, guarda los restos de aquellos monarcas que aún no han terminado literalmente de pudrirse. Se estima que permanecen en dicha habitación, de suelo granítico y techo abovedado, unas tres o cuatro décadas, antes de encoger su propio tamaño por efecto de la descomposición y ser trasladados a su sepulcro final. Sin embargo, Cerberos no ha mencionado nada acerca de buscar en dicha estancia. Ha hablado del Panteón de los Reyes, lo que ha dejado claro que existe algo más en él de lo que dicen las guías oficiales.

Lucifer desciende hacia la habitación, si es que dicho espacio puede mencionarse así, y observa tirada en el suelo la figura derrotada de un hombre de pelo largo y sucio, costillas marcadas, heridas por todo su cuerpo y claros síntomas de estar absolutamente drogado e inconsciente. Sin lugar a dudas, sabe que ha encontrado al hijo de Dios.

—¿Y esta piltrafa es la que se supone que va a salvar al cielo? —exclama sin acabar de creerse lo que ve.

Sin tiempo para más reflexiones, coge al demacrado Jesucristo, le carga encima de su hombro y descerraja un tiro a la argolla que le retenía atado a su terrorífico destino. Espera unos segundos a que se desvanezca el ruido y comprueba que nada ni nadie parece acudir tras el estruendo. Sólo entonces, inicia el camino de vuelta. Y así, mientras vuelve a ascender hasta el panteón, no puede reprimir apostillar:

—El redentor. Pfffff...

Mientras abandona la estancia y recorre el camino que le separa de las puertas que conducen a la salida Sur del edificio, se felicita por el estado físico de su rescatado, tan raquítico que no supone una carga excesivamente pesada. Es importante que sea así, pues es un momento en el que sus fuerzas son ya un bien escaso. Muy escaso. El objetivo está aún más cerca. Las tres puertas de salida se convierten ya en un hecho ante Lucifer. Majestuosas, intimidantes... Sin embargo, lo que realmente le importa es que nadie parece acechar en las proximidades. Ése es, sin duda, el verdadero factor crucial.

Lejos de elucubrar más sobre ello, Lucifer piensa que ha tenido acción y violencia más que suficiente por esta noche. Empuja la pesada puerta central y un suave tono rojizo ilumina toda la estancia. En el exterior, amanece con un sol de verano seco, ardiente e inmisericorde. La noche se acaba, y los horrores parecen quedar más lejos a medida que la puerta continúa abriéndose. Unos pasos más y los dos fugados se encuentran en los preciosos jardines que rodean el histórico monasterio. Encargados expresamente por Felipe II, quien fuera gran amante de la naturaleza, estos se componen de una docena de parterres complementados con fuentes y estanques que dotan al conjunto de una plasticidad digna de admirarse. Su vasta extensión y su combinación de sencillez y belleza, hacen del lugar un paraje reservado para todo aquel que busque la tranquilidad, la paz y la hermosura.

Sin embargo, Satán sigue sin tiempo ni ganas para pararse a admirar absolutamente nada. Acarreando el cuerpo de Jesucristo, con dos cargadores y una simple pistola a modo de defensa —el resto de armamento se quedó en el panteón a modo de peaje para poder acarrear el cuerpo del desdichado Jesús—, se dispone a atravesar los últimos metros que le conducirán a la Carretera de la Estación, lugar donde espera un utilitario biplaza hábilmente escondido antes del inicio de la escaramuza. Su vía de escape hacia el éxito.

—Aire fresco por fin... Tanto olor a sagrado me pone enfermo —se dice intentando insuflarse ánimos—. Un paseo y la libertad, cabronazo. ¿No piensas darme las gracias? —inquiere ahora a un Jesucristo que no muestra apenas ninguna consciencia—. Tanta pureza y sois unos desagr...

Un leve sonido detrás de él... Un movimiento captado casi por un inexplicable sexto sentido es lo que le lleva a girarse como un rayo, apuntar a la altura de una hipotética cabeza y disparar. Algo ha estado a punto de llegar hasta él... Y “algo” es una palabra que se ajusta perfectamente a la realidad.

—¡Hola, no nos han presentado!—exclama.

Una bravuconada más al objeto de distraer al posible enemigo y conseguir una décima de segundo más que le ayude a comprender la situación. Sin embargo, cuando enfoca la vista, piensa que casi merecería más la pena haber permanecido en la más absoluta de las ignorancias. Con desagradable sorpresa, lo que se encuentra ante él son cerca de tres decenas de cuerpos humanos en distintos estados de putrefacción, algunos prácticamente esqueletos, que se abalanzan buscando matar. De pronto comprende el porqué de la ausencia repentina de todos sus “hijos”. Evidentemente, se ha convocado a quiénes son aún más letales que ellos. Recuerda haber estudiado en la zona un pequeño cementerio a poca distancia, y ahora parece que su importancia es mucho mayor que la imaginada en un principio.

—¡Me cago en la puta! —Es todo lo que El Caído tiene que decir a modo de saludo mientras, además, recuerda que un segundo cementerio municipal no está a más de diez kilómetros del lugar en el que se encuentra,

por lo que esto puede ser simplemente el anticipo de lo que se dirige hacia ellos.

—¿De ahí habéis salido, cachos de mierda?! —grita mientras comienza a disparar su arma con certera puntería. Aunque ninguna bala yerra, éstas sólo parecen detener un poco el avance de estos seres.

La huida se convierte en frenética. Disparos, patadas, golpes... Todo vale en el objetivo de terminar de cruzar los jardines y alcanzar la calle que, por fin, dará acceso a la carretera. En un momento determinado, Lucifer dispara en la sien de uno de los fallecidos, sin ojos ni nariz, mientras arranca media mano de un morisco a otro, que casi le había atrapado por el cuello.

—¡Voy a matar a tu padre, pedazo de cabrón! ¡Más vale que rece para que me revienten aquí mismo...! —grita en el propio oído de su liberado, mientras le arroja al otro lado del murete que deja atrás, por fin, al monasterio.

—¡Porque me tiene negro!

Último cargador, Lucifer lo utiliza para quebrar articulaciones esenciales en el desplazamiento de los putrefactos cuerpos. Esto le dará los metros necesarios para hacer su propio salto, coger a Jesucristo del cabello y arrastrarle en su huida ignorando sus balbuceos de dolor.

—¡Apóyate las putas manos y calla, inútil! —dice a modo de consuelo.

Consigue diez, luego quince metros. Lo hace dejándose todas las fuerzas en una carrera que lleva al límite sus propias capacidades sobrehumanas. En ese momento, se gira. Tiene el tiempo justo para ver cómo tres cuerpos ya están encima del murete. Momento perfecto para tener un as en la manga. Para ser exactos, éste emerge de su calcetín, en forma de un pequeño interruptor que había pasado desapercibido hasta ahora mismo.

—¡Traca final, hijos de puta! —tiene tiempo a decir mientras lo pulsa.

No hay mejor embajador que Lucifer para inaugurar el infierno que desata su acción. Ésta revela un gran número de cargas de explosivo C4, colocadas estratégicamente desde la puerta de salida hasta prácticamente el murete que acaban de dejar atrás. Si buscaba cubrir su huida, esto es exactamente lo que Satán y su rescatao necesitan ahora mismo. La violencia de la deflagración, provoca una orgía de piedras, polvo, fuego, carne y huesos volando por los aires. Los propios Lucifer y Jesucristo, son lanzados por los aires varios metros por la tremenda onda expansiva que se desata.

Diez segundos es el tiempo que “Salvador” necesita para recuperar la consciencia. Con la vista borrosa, oídos que no dejarán de zumbar en un buen rato y la sensación de que no todas las costillas se encuentran donde deberían estar, concluye que, sin embargo, no es momento para ponerse a hacer recuento de órganos funcionales. Se levanta trabajosamente, agarra el brazo de Jesús y comienza a arrastrarse, más que andar, hacia el punto en el que le va la vida que continúe situado su vehículo.

—Tenía... Que haberme... Quedado en l... La jodida urna... —dice, ya no sabe si a su acompañante, a sí mismo o al cielo.

Finalmente, la visión más alentadora de la noche. El coche sigue en el punto donde lo había dejado. Presumía que ningún policía local pasaría durante la noche por el sitio donde la Iglesia había decidido guardar tan profundo y valioso prisionero. Habría órdenes de arriba. Ahora constata que la corazonada había resultado cierta. Una vez alcanzado el vehículo, Lucifer abre la puerta. Realiza un último esfuerzo para arrojar a su rescatado sin ninguna clase de cuidado hacia el asiento del acompañante. Entra en el coche prácticamente incapaz de doblar las piernas para realizar la maniobra y, una vez dentro, gira el cuello para echar un último vistazo hacia el monasterio, donde todo sigue siendo caos y polvo.

—Por menos de esto a alguno le han llamado “artista” —bromea con media sonrisa.

Arranca el coche y hace chillar las ruedas, consciente del poco tiempo que le queda para que las primeras patrullas de la policía, y seres aún más peligrosos, se personen en el lugar del siniestro. Ya en carretera, comienza a negociar curvas al límite de la capacidad del vehículo, mientras deja flotando en el aire la frase que conforma el epitafio de toda la operación:

—¡Ten cuidado con la sangre, hostias! ¡No salpiques con la puta sangre!.

Capítulo 26: Amén.

Media hora más tarde, en Leganés, el director operativo de la policía, Ricardo Fanjul, comenzará a temblar literalmente como una hoja, mientras recibe las novedades en su dispositivo móvil. Mario Suárez sopesará sus opciones reales de solicitar la jubilación, e incluso la baja voluntaria. Sin embargo, no lo hará. No al menos cuando se vea enfrente de su tembloroso superior y del Padre Olmedo, quien mantiene una expresión en su rostro que consigue helarle la sangre en las venas de un modo que nadie hizo jamás.

Las crónicas en las sucesivas 48 horas hablarán de varios hechos extraordinarios que por primera vez en mucho tiempo no cuentan con la justificación pertinente de la Santa Madre Iglesia. Primero rumores, luego noticias, finalmente hechos contrastados. Desgracias a las que la máxima autoridad Pontificia no es capaz de ofrecer una explicación suficientemente creíble. Durante el transcurso de este tiempo, se encontrará un número sorprendente de cadáveres, todos ellos en el interior o alrededores de uno de los monumentos más representativos de la provincia, que se descubrirá como terriblemente dañado. Aunque se decretará un silencio forzoso, llegará a ser de dominio público que los fallecidos son en su gran mayoría los propios frailes de la orden de San Agustín que moraban en su interior. Extrañamente, también aparecerán restos humanos que parecen haber sido extraídos del pequeño cementerio situado a poco más de dos kilómetros de la “zona cero”.

En su versión oficial, la Iglesia reducirá el número de decesos a siete. Quien se atreva a contradecirla, se enfrentará a una pena de excomunión directa, además de las procedentes responsabilidades penales y otra clase de castigos mucho más oscuros, ajenos al conocimiento público. Sin embargo, tanta confusión generará un movimiento social de desconfianza hacia ciertos patrones de doctrina que antes eran incontestables. Por ello, la Santa sede se verá obligada a tomar medidas de urgencia, de manera que no se recordará una conmoción semejante desde tiempos anteriores a la gran guerra.

El programa de Laura cambiará de presentadora repentinamente. Aunque la justificación oficial será que ha sido enviada como corresponsal al extranjero, esto sólo se convertirá en un motivo más para que la ciudadana comience a hacerse preguntas incómodas.

En definitiva, nadie pone en duda ya que estos sucesos significan un antes y un después en el propio orden mundial. Sus consecuencias se tornan impredecibles y nadie se atreve a apostar lo que puede ocurrir en los próximos días, meses o años.

Todo ha cambiado.

Epílogo.

Una reunión extraordinaria ha sido convocada en La Ciudadela. El salón central de la morada de Dios es testigo de la presencia de los doce Apóstoles sentados en riguroso orden alrededor del Creador. También en esta sagrada tierra, los acontecimientos sucedidos en las últimas horas son de dominio público, por lo que se entiende este gabinete de crisis, o al menos de reflexión, convocado por el Altísimo. Antagónicamente a la calma que impera como norma general, la tensión es palpable durante el diálogo. Los alimentos dispuestos alrededor de la mesa prácticamente no se han tocado porque nadie parece tener hambre. Y es en este preciso instante, cuando Santiago se encuentra interpelando a Dios Padre.

—¿Brusco?... Padre, esa criatura ha organizado un caos sin parangón en la Tierra. Ha puesto sobre aviso a nuestro enemigo y ha sumido en la confusión a la humanidad entera. Tú, en tu infinita sabiduría, calificas su comportamiento como... “Brusco” —dice—. Ayúdame, te lo imploro, porque ni yo ni mis hermanos lo logramos entender.

—Es fácil, Santiago —responde Dios, siempre desde un aura de paz y sabiduría—. El objetivo principal ha sido cumplido. Ninguno de nosotros debemos olvidar que estamos contra las cuerdas, y el hecho de “cumplir” es la mayor meta a la que podemos aspirar en estos oscuros tiempos —añade—. Una intervención de Lucifer jamás puede ser guiada por la lógica o la cordura. Sin embargo, cuando se llega a un estado de necesidad como el nuestro, se hace indispensable asumir este riesgo.

Los ojos de sus discípulos muestran un esfuerzo sincero por entender. Sin embargo, el miedo es tan intenso...

—Es evidente que su estilo no puede ser más contrapuesto al nuestro, pero sería de necios negar que, a su manera... Es terriblemente eficaz.

A modo de reacción, un pequeño murmullo va tomando forma en el propio salón. Dios Padre sabe que se necesita tiempo para asimilar todo lo que está sucediendo. Si no es fácil para todo un dios, si hasta él mismo tuvo dudas más que razonables. ¿Qué les puede pedir a sus hijos? Sin embargo, de pronto el murmullo cesa de golpe, pues una voz tan desagradable como familiar, irrumpe desde el fondo de la sala.

—Eficaz y triunfador nato. No lo olvides.

El rumor se torna revuelo en apenas un segundo. Las preguntas, reacciones de asombro y gestos de tensión se apoderan de los presentes, que saben perfectamente a quién pertenece ese tono. Todos están alterados menos el más poderoso de la sala.

—¿Él? ¿Aquí?

—¡Santa Misericordia!

—Acércate, Lucifer, te estaba esperando —dice El Padre, consiguiendo que su voz resuene por encima del resto, sin necesidad de alzarla.

—No seas cínico. Sabes que ya llevo aquí un rato —replica el aludido.

—Sí, pero tu presencia no constituía motivo alguno para interrumpir la disertación de mis apóstoles.

—Ok. Pues ahora que has acabado de jugar con los niños, mándalos al recreo, que los mayores tenemos que hablar —concluye un ofensivo Lucifer.

Con cara de pocos amigos y el ceño fruncido ante la enésima salida de tono de su díscolo embajador, El Padre hace un gesto y, entonces sí, dulcifica hasta el extremo su expresión para solicitar a sus discípulos que abandonen la estancia. Poco a poco, aunque de mala gana, todos obedecen. Cada uno de ellos evita de una manera u otra arrimarse al Caído, quien les mira con gesto burlón y desafiante. Algunos son el vivo reflejo del pavor en su rostro, otros cuchichean mientras escudriñan al Maligno de reojo. La tensión es casi insopor- table. De hecho, el único que mantiene la mirada de manera desafiante hacia el Príncipe del Mal es, una vez más, Santiago quien, además, se asegura de ser el último en abandonar el salón.

Cuando casi lo ha hecho, Satán le guiña un ojo, le lanza un beso y, antes de que pueda haber reacción por parte del apóstol, se cierra la puerta de la estancia, de manera que prácticamente le golpea y empuja contra sus hermanos. El último truco de Lucifer consigue el efecto esperado. Del otro lado de la puerta se oyen golpes, patadas y alaridos propios del que está fuera de sí. Santiago necesitará de otro buen rato para conseguir aplacar su ira. Por el contrario, El Caído no puede dejar de reír por cada grito que escucha.

—Me mata —dice divertido mientras se acerca al Creador.

—Un día dejaré de tolerar tus salidas de tono para con mis hijos y entonces dejarás de reírte. En la urna, Lucifer.

—Sí. Y necesitarás como a ocho millones de los de ahí fuera para que te ganen la guerra.

Dios Padre sabe que ésta es una conversación que no acabará bien, así que simplemente comienza a caminar con las manos en la espalda, haciendo ver que ignora el último comentario.

—¿Y bien? Me lo vas a explicar de una vez o qué —inquire Satanás.

—Lo desconocía. No sé cómo pero consiguieron ocultarme la existencia de esos desdichados que te atacaron en las afueras del Escorial. Por alguna razón han conseguido hacerlo, como con Cerberos. Tienen algún control sobre sus engendros que me impide conocer sus intenciones, existencia y paradero —responde El Creador, algo turbado.

—Bien, pues ya sabes que existen. Ahora dime qué son —dice Satán disimulando el asombro que siente ahora por ver tan vulnerable al Todopoderoso.

—Reclutas, Lucifer. Almas ya muertas, prisioneras en sus propios cuerpos que tratan de ganarse su turno para entrar en el infierno.

—Jodidas malas noticias. —apostilla El Caído.

—Sí. Si ahora les mantienen en la Tierra es porque tienen suficientes fuerzas de combate como para permitirse seleccionar a quiénes incorporan. Exactamente al contrario que nos sucede a nosotros —apunta preocupado Dios Padre.

—Normal. Si aquí organizaras alguna que otra juerga, alguno más querría venir, digo yo.

—Tu sarcasmo pierde con los años. Ahórratelo —dice Dios Padre, observando de reojo el gesto burlón de su contertulio y retomando la trascendental conversación. —Ahora comienza nuestro siguiente movimiento en este juego, Lucifer. Tendrás que regresar a La Tierra y esperar la llegada de mi hijo, que se producirá en unas horas. Con él de regreso, podremos terminar de definir una estrategia efectiva.

—Espero que valga para algo más que la última vez que nos cruzamos —se burla Satanás.

—Dalo por hecho. Te aseguro que he tomado las medidas necesarias para que aprenda la lección de cara al

futuro.

—Nada, tranquilo, que si se descarría vuelvo a enviártelo de nuevo —ahonda Lucifer con ojos chisposos y gran sonrisa.

—Mejor que dejes estar ese tema, Lucifer. No quisiera tener que enfadarme.

El gesto es ahora de incredulidad sobreactuada

—¿Por qué? ¿Acaso no tenía que matarle? —inquire.

La habitación se torna carmesí, El Creador parece crecer un metro mientras mira a Satán y exclama con voz sepulcral.

—¡No con un sacacorchos!

Y mientras retoma de nuevo su estado natural, Lucifer hace lo posible por contener una risa que casi se escapa.

—Y deja de jugar con fuego, porque hasta la paciencia de un Dios tiene sus límites.

Efectivamente. Hasta Satán sabe que hay un punto donde no es conveniente ir más allá. Por eso, sin querer ni necesitar cruzar una palabra más, cierra los ojos y comienza a desvanecerse lentamente. Destino: La Tierra. Por parte del Señor, tampoco hay nada que añadir a modo de despedida.

Dos horas después, la posición del Caído no es la más acorde a la imagen mitológica que se tiene de él. De hecho, se encuentra en su domicilio —aunque el verdadero Salvador tendría algo que decir sobre esto— y más concretamente en el cuarto de baño, donde alivia sus necesidades fisiológicas más básicas.

—Es que no me jodas... Cada doce horas necesitas dormir. Si no comes, te mueres. Tienes mocos, caspa, cera en las orejas... ¿Pero qué clase de basura de ser es éste?

Y mientras finaliza la maniobra y tira de la cadena, continúa hablando consigo mismo.

—Pero cuando crees que ya nada puede ser más patético... Tócate los cojones —Regresa a la habitación, donde se deja caer en la cama mientras continúa su reflexión—. Porque, vale, los pedos tienen su gracia. Más en espacios reducidos y con gente —dice—. Pero no me digas que apretar el culo sentado en esa cosa y que se te hinchen los ojos para que salga una tonelada de mierda es ni medio normal.

En estos pensamientos se halla sumido cuando, de pronto, alguien llama a la puerta de su piso. Su reacción es inmediata. Antes casi de que se disipe el sonido del timbre, Lucifer ya tiene un automática en la mano y está al lado de la puerta dispuesto a enfrentarse a cualquier situación.

—¿Quién es? —pregunta.

—¡Tu madre, que vuelve de tirarse al vecino por quince euros! —contesta una extraña y fina voz desde el otro lado.

Es la última respuesta que esperaba, por lo que no puede evitar que se le escape un sentido exabrupto.

—Pero, ¿qué coño...?

—¡El de tu madre! ¿No te lo acabo de decir?

De pronto, recuerda a quién espera, y está claro que no es precisamente el hijo que dignifica a un Dios. Ahora sí, baja el arma y se dispone a abrir la puerta, esperando recibir a Jesucristo, tal y como quedó pactado con el Creador.

—Espabila, que vamos a hablar tú y yo de lo que es una muerte rápida. —oye justo antes de saciar su curiosidad y abrir la puerta de par en par.

Al hacerlo, ahora sí que se queda absolutamente descolocado y sin capacidad de reacción. Ante él se encuentra una preciosa niña de entre siete y nueve años. Ojos enormes y azules, pelo castaño recogido en dos coletas. Unos pantalones “leggings” rosa con dos mariposas en cada muslo, dan continuidad a una camiseta blanca con un arcoíris dibujado en el pecho. Se trata, sin duda, de la niña más bonita que haya en muchos kilómetros a la redonda. Sin embargo, la expresión de su rostro y esa mirada, deja bien claro de quién se trata en realidad. Ante el increíble panorama, lo único que acierta a decir Lucifer es:

—No puede ser...

Y, a modo de respuesta, escucha:

—De momento, cuidado con tu siguiente comentario porque te puedes quedar sin pelotas.